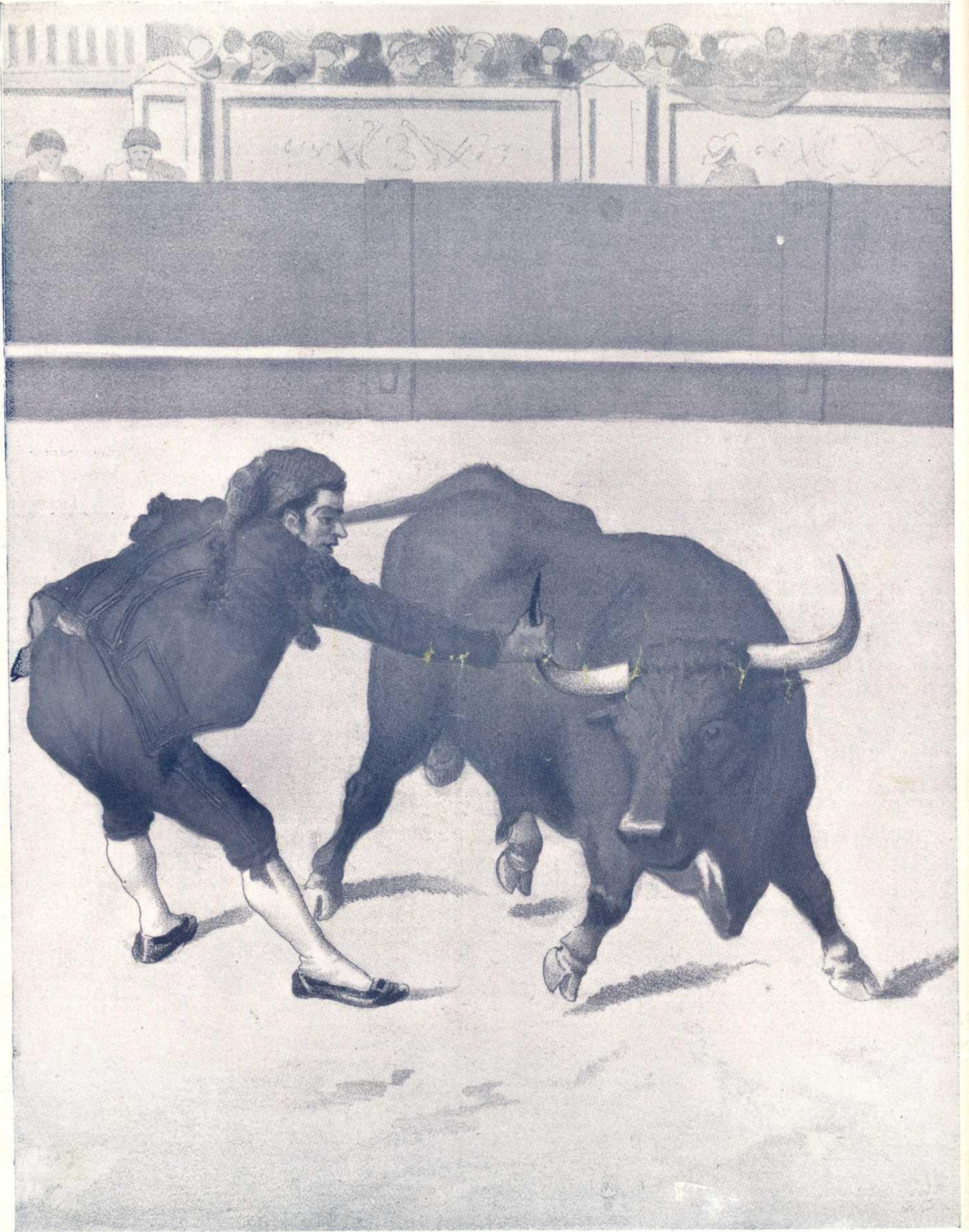


El Ruedo



2
Ptas.



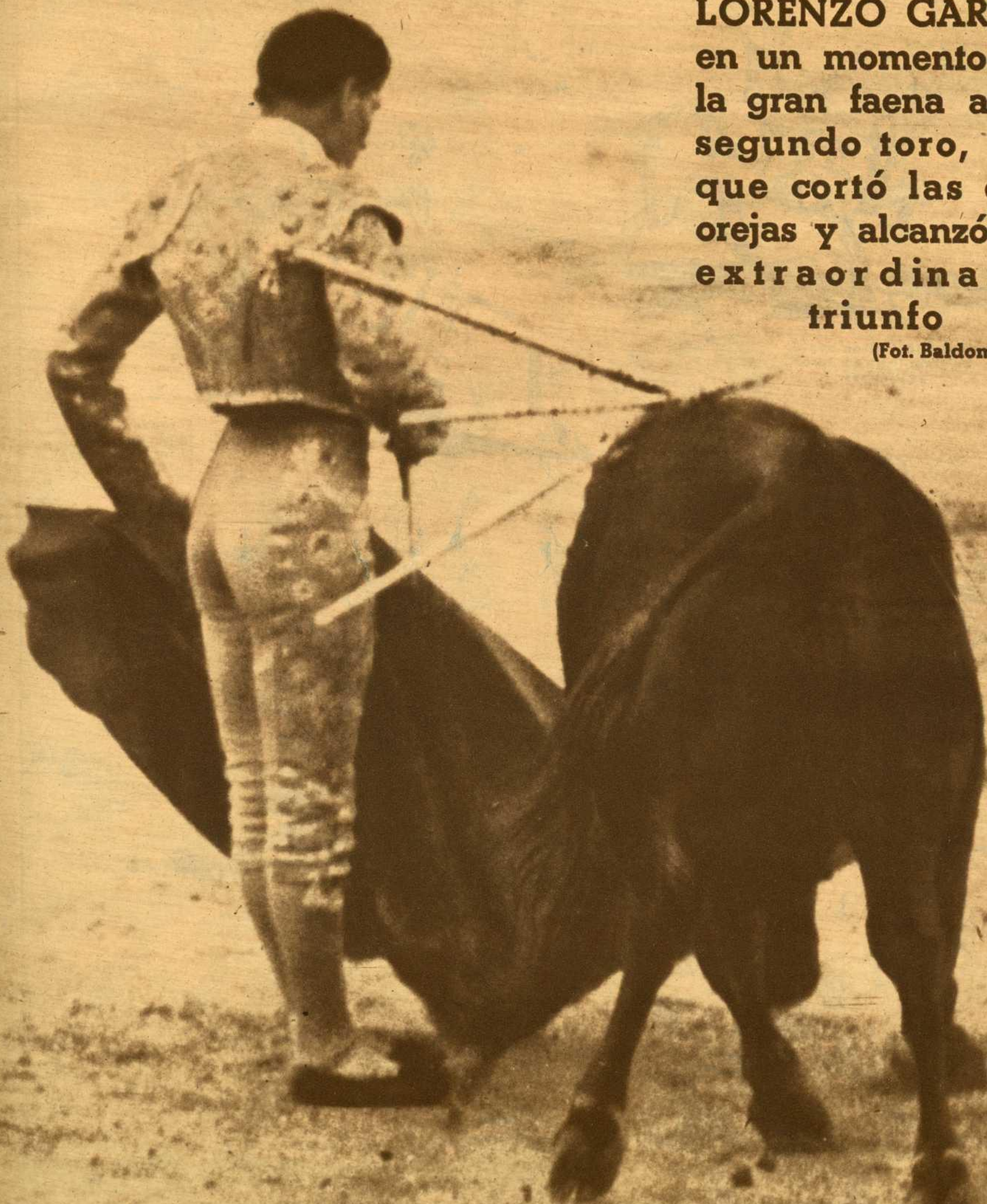
El coleo de Martincho

(Dibujo de J. Chaves.)

EL DOMINGO, EN MADRID

LORENZO GARZA,
en un momento de
la gran faena a su
segundo toro, del
que cortó las dos
orejas y alcanzó un
extraordinario
triunfo

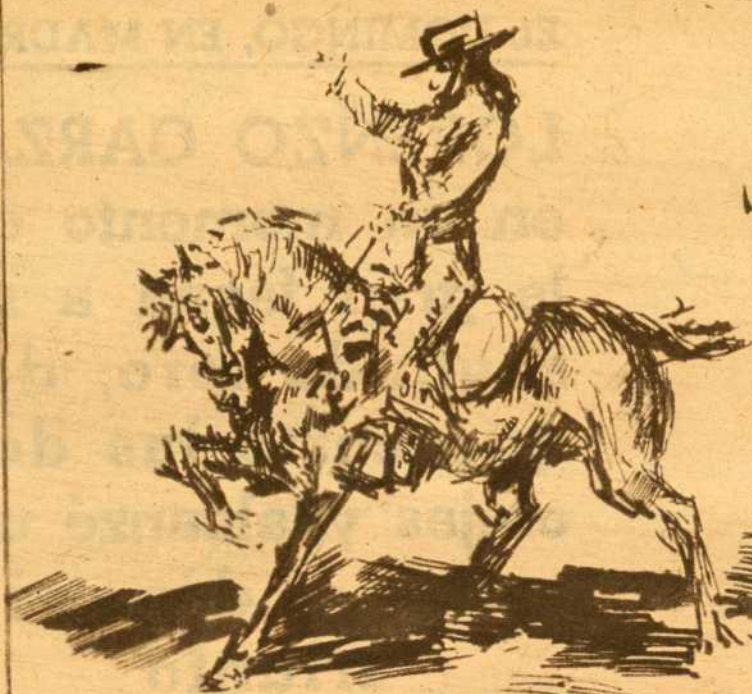
(Fot. Baldomero)



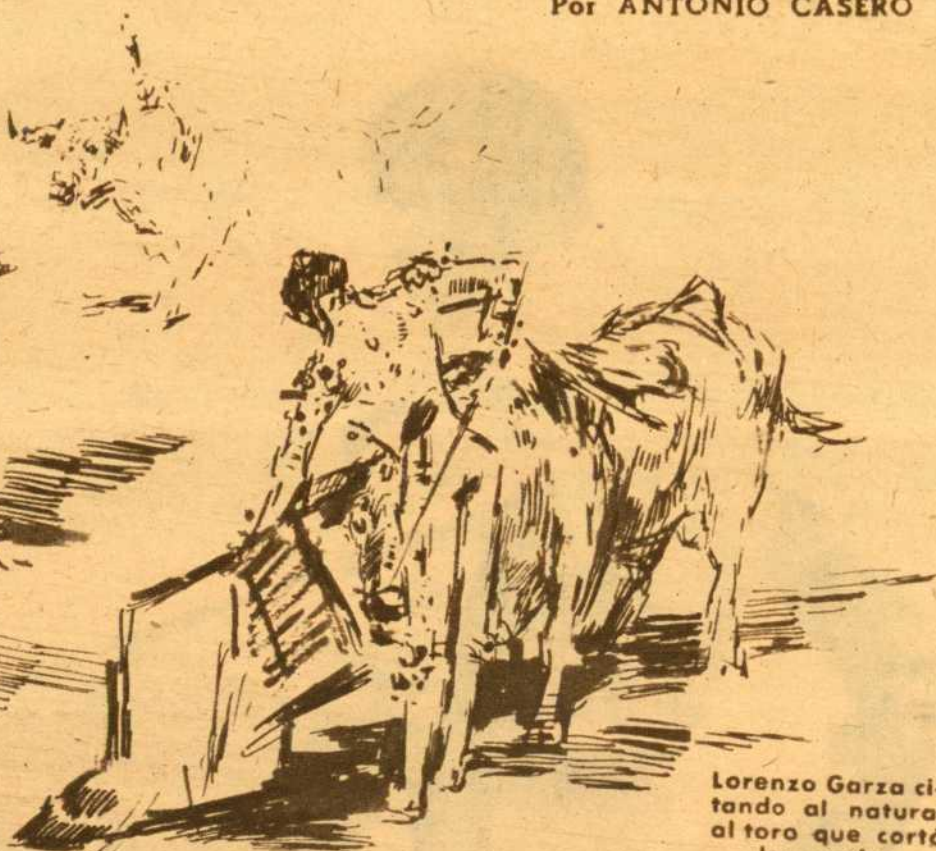
EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

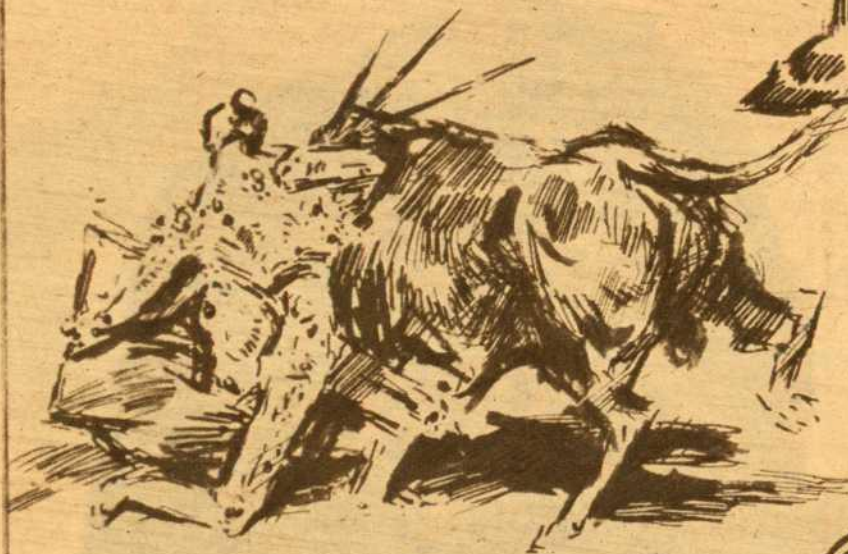
Por ANTONIO CASERO



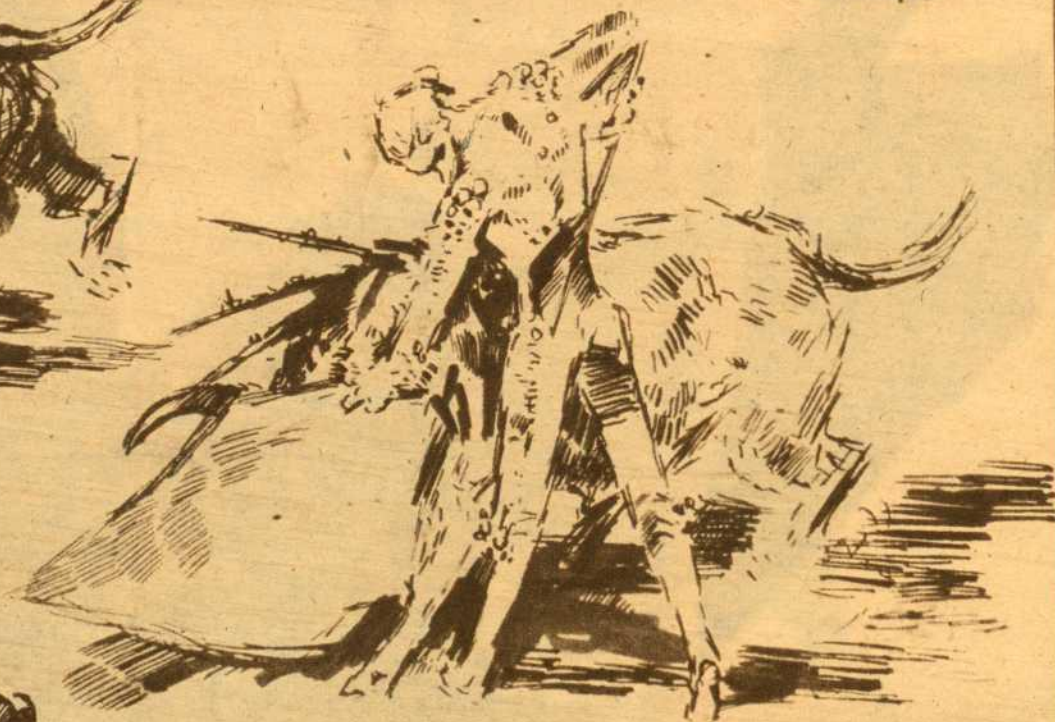
Conchita Cintrón ovacionada en el toro de rejones



Lorenzo Garza ciñando al natural al toro que cortó las orejas



Garza en un pase «natural» de rodillas



Escudero, en su segundo toro, toreando por naturales



Andaluz sujetando a su segundo toro

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ALGUNAS veces los anónimos no son insultantes y tienen buena intención; otras —las menos, por desgracia—, son un chorro de bilis. De los primeros se suelen recibir pocos; de los segundos muchos. Aquéllos, son anónimos por modestia de sus autores. Los otros, por cobardía. Y sépase bien que muchos anónimos suelen llevar una firma, para disimular tan sólo. Cuando un sujeto insulta, quiere dar la sensación de que es una persona solvente, y, tras su derrame biliar, estampa un nombre y unos apellidos que se adjudica momentáneamente. Tanto le daría poner los que

legalmente le pertenecen, porque tampoco suelen ser suyos.

Los buenos anónimos deben ser atendidos por lo que he dicho, y yo tengo uno a la vista verdaderamente conmovedor. Procede de Sevilla, donde se comprende tan bien la belleza como el drama de los toros. Su autor había firmado con unas iniciales; pero luego las borró, acaso temeroso de que se le pudiera identificar. Con exquisita corrección expone su deseo en la creencia de interpretar el de muchos aficionados.

Se refiere a un artículo publicado en EL RUEDO, que apareció sin firma, bajo el título de "Unos tanto y otros tan poco", sobre el desgraciado final de un diestro modestísimo, de Morenito de San Bernardo, que halló la muerte en la Plaza de Toros de Valdepeñas. Tal ocurrió un día a Ignacio Sánchez Mejías en Manzanares, y otro a Joselito en Talavera, y a Granero en Madrid... porque esto de encontrarse con la muerte es igual para todos. Y son también iguales todas las Plazas. El dramático juego es así.

Pero ocurre que en el caso de Morenito de San Bernardo no quedan detrás coros de admiradores, ni cuentas corrientes, ni cortijos... quedan una viuda y una huérfana en absoluto desamparo.

Y dice mi anónimo comunicante, y dice bien, que algo podría hacerse, que algo debería hacerse. Las ilusiones de este modesto y desdichado Morenito de San Bernardo fueron, sin duda, las mismas de los que fueron y de los que son grandes diestros: la fama y la fortuna. "Le corrola —dice textualmente— el gusanillo de la afición y un sueño de gloria."

Morenito de San Bernardo, como tantos otros, la deseó y la buscó... Le fué esquivada aquí, y aunque es seguro que la tenga. Allí —premio de Dios a las almas sencillas—, los que viven con holgura —aunque sea con el mismo riesgo— del toro, deben pensar que su fama y su fortuna no son cosas que por entero les pertenecen, porque se cimentaron en el esfuerzo baldío de tantos centenares de infortunados.

Aquí, en esta casa, por el brillo de la fiesta, procuramos ayudar a todos y no desalentar a nadie. Sabemos muy bien que para que muy pocos se eleven, es preciso que muchos pasen entre la indiferencia y otros caigan en la tragedia, como Morenito de San Bernardo.

Y los pocos que llegan no deben olvidar nunca al ingente montón que formó el pedestal sobre que ellos se alzaron.

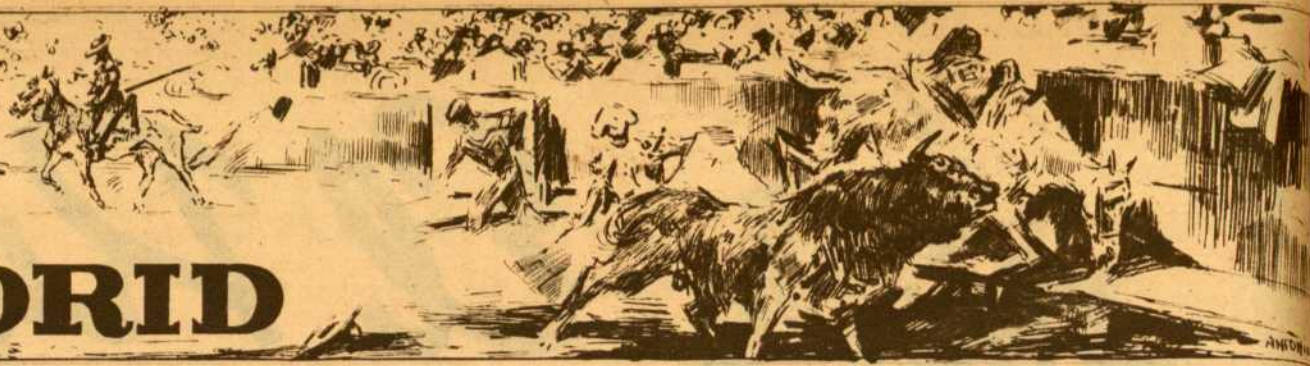
"Que Dios reparta suerte", me dice con frase taurina mi anónimo comunicante, para desearla, con toda su alma, al éxito de estas líneas, que brindó a quienes pueden y deben recogerlas.

Año II — Madrid, 18 de julio de 1945 — Núm. 57



EL DOMINGO EN MADRID. — Conchita Cintrón, que el domingo obtuvo un gran éxito en la Plaza de las Ventas, coloca un soberbio par de banderillas.

La corrida del domingo en MADRID



Seis toros de Alipio T. Sánchez y uno de Guardiola, para CONCHITA CINTRÓN, LORENZO GARZA, ANDALUZ y MANOLO ESCUDERO

Los llenos en nuestra Plaza

Si usted no ha visto el cartelito que reza: "No hay billetes", que siempre quiere decir que hay billetes en abundancia, y en realidad da a entender que se han agotado las entradas, no crea que el lleno es total, aunque vea todas las localidades ocupadas. El "tifus" se encarga de llenar los huecos que únicamente se notan en taquilla.

Si todos los espectáculos tuvieran que soportar el mismo "tifus" que sobre las Plazas de Toros cae, no habría ninguno que fuera negocio. Y lo extraño es que cuando se venden la totalidad de las localidades, el "tifus" taurino encuentra acomodo, se divierte, grita y desprecia a los mortales que no tienen influencia, habilidad o gracia para presenciar todas las corridas sin desembolsar un céntimo.

Nosotros, los redactores de MARCA y EL RUEDO, conocemos bien cómo opera el "tifus" en la Plaza de Madrid.

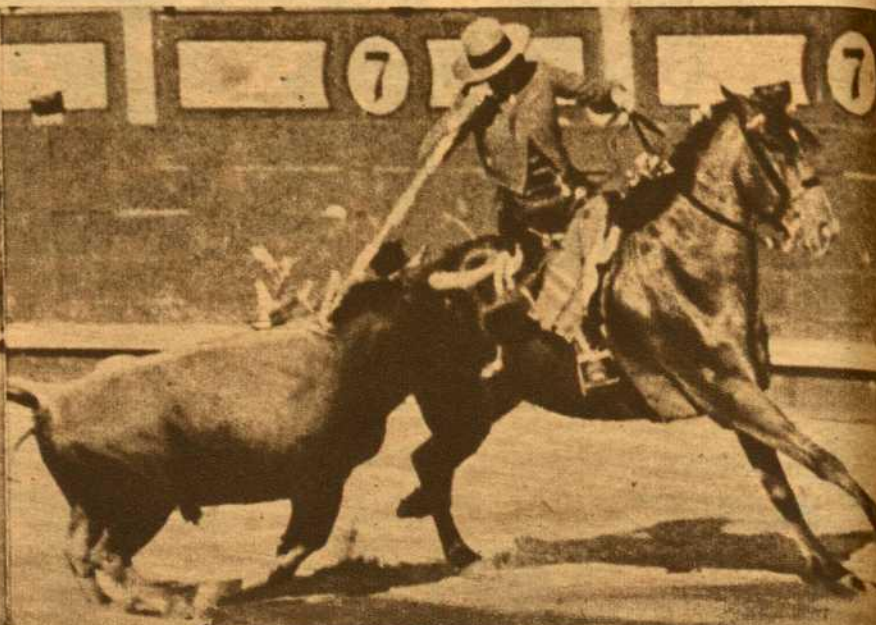
La señora Empresa tuvo a bien reservar para nosotros, previo pago, naturalmente, dos contrabarreras del tendido 2. No es igual una contrabarrera del 2 que una del 1, del 9 ó del 10. No es igual, pero cuesta lo mismo. Podemos decir que es la peor entrada de la Plaza de las Ventas. Entre una contrabarrera del tendido 2 y una delantera de tendido alto del 9, cualquiera elegiría la segunda localidad. La señora Empresa tuvo la atención de reservarnos esa localidad que nadie quiere por cara. Nada, pues, tenemos que agradecer a la señora Empresa, y nada nos tiene que agradecer la señora Empresa a nosotros. Estamos en paz con la señora Empresa; pero no podemos estar en paz cuando ocupamos las localidades de contrabarrera del tendido 2, que, previo pago, naturalmente, se nos reservan. El tendido 2, caballeros, es el campo de operaciones en el que se mueve a gusto el "tifus". Si en taquilla no ve usted el cartel que reza: "No hay billetes", asegure que la mayor parte de los espectadores que ocupan la barrera y la contrabarrera del tendido 2 no saben lo que es pagar una localidad para ver una corrida de toros, y que los redactores de MARCA y EL RUEDO, que deben ocupar los asientos contrabarrera, números 24 y 25, estarán en cualquier parte menos en su sitio. El "tifus" taurino cree en la penetrabilidad de los cuerpos. El "tifus" taurino toma al asalto las localidades caras del tendido número 2, y si por casualidad aparece algún despistado poseedor de alguna de esas localidades, el "tifus" no se mueve. A lo más, permite que el pagano se acomode como pueda por allí; pero sin ceder un milímetro de terreno conquistado. Luego, el "tifus" da su opinión a gritos; protesta más que nadie; chillan como nadie, y opinan antes que nadie. Los toreros pueden hacer caso omiso de las manifestaciones de ese contumaz "tifus" del tendido 2. Parece que aquellos señores tan serios han pagado sus localidades; pero no hay tal cosa.

La señora Empresa haría una buena obra si liberara a los redactores de EL RUEDO y MARCA y los trasladara a otro lugar menos molesto.

B.



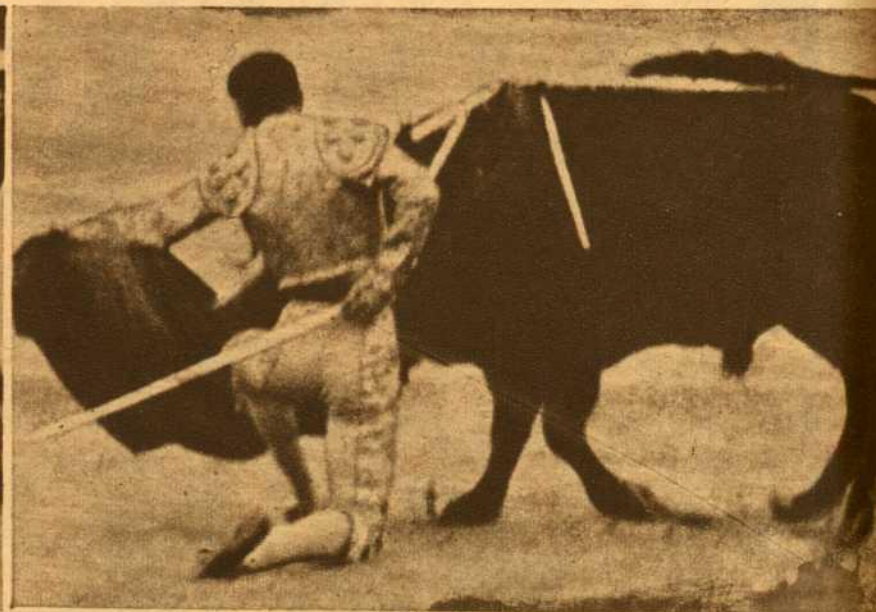
Conchita Cintrón da la vuelta al ruedo



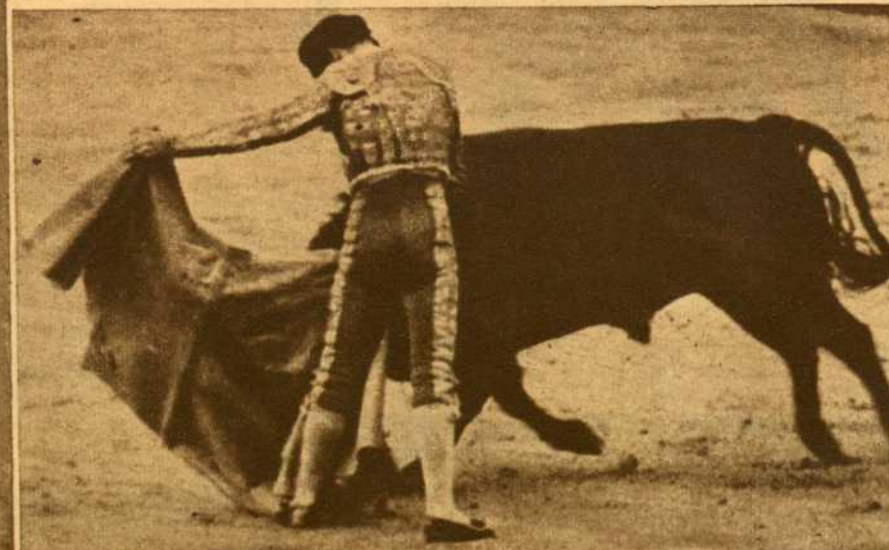
Momento de clavar un rejón Conchita Cintrón, el domingo, en Madrid



Garza, con las orejas de su enemigo



El mejicano, rodilla en tierra y con la muleta en la izquierda, torea al enartado



Andaluz, en un lance a su segundo toro



Un natural de Manolo Escudero

DESPUES DE LA CORRIDA

A mi labor como rejoneadora le falta la sal de la muleta, dijo Conchita Cintrón. Estoy muy contento, habló Garza. El Andaluz tenía gran ilusión por la corrida. El lote que me correspondió vino a menos, comentó Escudero



Conchita Cintrón, en el paseo

HE aquí que a mitad del laberíntico pasillo del Palace la gentilísima Conchita surge al encuentro. Me habla de que en el salón de la rotonda está esperando un grupo de amigos y que después de saludarlos tendrá mucho gusto en departir conmigo.

Y es el caso que al concluir la charla yo no sabría decir si esta mujer, en la primavera del vivir, habló más con las manos, con su dulce mirar de colegiala o bien con su voz, maravillosamente agradable.

Toda ella, me habla de su alegría, de su júbilo contento por la extraordinaria acogida que el público le ha dispensado, a tono con las ovaciones ininterrumpidas que no cesaron hasta dar cima a su cometido.

Con frase textual añadió:

—¡Son tan de agradecer esas ovaciones, cuando, al fin, vienen a ser el premio por una labor incompleta! Mientras yo no sea la que muleteé y mató al toro, a mis faenas con los rejoneros les faltará algo así como la sal y la pimienta a los condimentos.

Por este impedimento, las glorias conquistadas por Conchita en España tendrán, como esta tarde, un velo de dolor emocional, que al recordarlo hace empañar los ojos de la valentísima rejoneadora y poner trémolos en su voz.

Para no ahondar en este doloroso tema encauzo la conversación hacia sus caballos. Hoy sacó tres: Maravilla, con el que hizo el paseo; Lusitano, jaca tórica oscura, especializada en fijar los toros, y, por último, Matavacas —caballo que ha toreado en seis naciones— de pelo castaño, muy templado y de una gran seguridad para la última parte del rejoneo.

—El toro de Guardiola —dice— me ha satisfecho plenamente. A partir del segundo rejón ha mejorado bastante y se ha asentado muy bien con el caballo. El peso de los toros no me preocupa. Lo que me interesa es su tipo, su "simpatía". El resto no cuenta para mí.

Cuando, una vez alejado de esta niña, sin colores, pinturas ni cigarrillos, parece acompañarme una suave evocación de flor, de verso o de música.

GARZA

¡Porfiar hasta vencer! Sin duda ésta fué la consigna que se trazó Lorenzo Garza al vestirse el traje de luces, y para demostrarlo, el hombre se paró inverosímilmente ante los toros, los toreó con elegancia y arrastos varoniles, los mató muy bien, y todo lo demás vino por añadidura: orejas y aplausos, dentro y fuera de la Plaza, para que en el corazón y en el rostro del torero florecieran la alegría del triunfo.

—Estoy encantado —fueron sus manifestaciones— por haber agradado a este cariñoso público de Madrid, a quien tanto debo y quiero. Mis deseos hubieran sido que también mis compañeros hubieran compartido mi suerte, y por su conducto quiero enviar a Conchita Cintrón mis sentimientos admirativos.

—Su éxito de esta tarde, ¿qué otro parecido le ha evocado?

—Siempre tendré fresco en la memoria el recuerdo de otra corrida, celebrada en esta Plaza el 29 de septiembre de 1935. Villalta, Domínguez, Curro Caro y

yo toreamos ganado de don Francisco Melgar, y a los cuatro nos sonrió el triunfo. Aquella tarde estuve mucho mejor que hoy, y desde entonces sólo pienso en volver a repetirla, ¡pues este bendito público bien se lo merece!

ANDALUZ

Cuando quise de Manolo Álvarez que me diera un comentario de la corrida, me pareció adivinarle una ligera mueca de contrariedad. Luego, pareció sumirse en la

contemplación de las volutas de humo de su cigarrillo. Al fin, como volviendo a la realidad, me habló así:

—Mucha ilusión tenía por esta corrida, a la que creí poderle hacer grandes cosas... Pero los hados disponen. El ganado ha salido soso, pero sin mal estilo. Acaso por no haberme doblado con varios muletsos no pude hacer a mi segundo la faena que intenté a base de encelar al animal. Y sigo sin poder dar en Madrid ni la mitad del rendimiento artístico que creo poder poner de manifiesto algún día.

ESCUADERO

—La corrida ha salido muy incierta, sin el gar a peligrosa. Los toros se agotaron en el primer tercio. Mi último era bueno; pero como se caía a cada paso, hu-

be de abreviar más de la cuenta. No creo haber tenido culpa las varas de esta falta de genio, pues es indudable que a los toros con casta y con más de 180 kilos hay que hacerles sangre.

Y Manolo Escudero ya no quiso decirnos nada más. Prefirió guardar silencio, a decirnos todo lo que él había sentido al no poder renovar su gran triunfo del do-

mingo pasado. Quizá otro día, Escudero pueda sonreírnos...

F. MENDO



La rejoneadora, después de clavar las banderillas



Lorenzo Garza, en el cuarto toro, muleteando con la izquierda, de rodillas



El melicacán, en un natural al toro que le cortó las dos orejas (Apuntes de Roberto Domingo)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Garza

Cuando Conchita Cintrón saca del morrillo del toro la cadeneta de gayos colores, el anillo se convierte en la más graciosa «kermesse» estival.

Garza tiene nombre y perfil de pájaro. Cuando se encorva se acentúa su parecido aquirino. Su espléndida lección «de cómo se puede dar el natural hasta el infinito», sonriendo y mirando al público con alegría, fué lo mejor de la corrida. Y por eso tuvo que triplicar, con las creces, el premio de botas de vino que le echaron los «morenos».



Andaluz

Un picador se engancha un pie engargantado en el estibo del caballo caído. Parece un gran pájaro atado a una cuerda para no poder escapar.

Sale la regadora mecánica a una velocidad de vértigo. Es una regadora exprés. Y los areneros se retiran con sus rastillos como los músicos de una orquesta que se marcharon con sus ailes.

Escudero pasó la tarde dando órdenes al peonaje, y poco más.



Escudero

Un peón se mete en el burilero con la agilidad de un ilusionista en el experimento de la evasión súbita. Y el toro se queda parado, mirando la tabla, como si quisiera descubrir la trampa, el secreto, el intrínquillo del truco.

Andaluz estuvo pisando ladrillos tales durante toda la corrida. De pronto, preguntaba al público: «¿Qué más puedo hacer?» Y el público pudo responderle: «Pararte y mandar». Porque, aunque Andaluz sea un gran torero, no supo estar quieto, y sin quietud no hay faena posible.

Un defecto grave de Escudero es que remata el lance antes de terminarlo. Es como si comiera el postre a la mitad del almuerzo.

"EL SITIO DE LA MUERTE"

DE LA SUERTE SUPREMA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



H ABLABA con un matador de toros, ya retirado, y entró la plática por ese menester inexcusable a los militantes en su profesión: *matar al toro con el estoque*. Apuntó la facilidad o dificultad de la suerte suprema estimando azarosa su práctica. Esto es: que se encontraba o no *el sitio* por rachas de buena o mala fortuna. Y quizá sea atinado el parecer si descartamos la voluntad para desperdigar la conveniencia en las infinitas causas y concausas que determi-

nan el corte de la oreja o la pita en «*si bemol*». Ni mi amigo opinó *ex-cátedra*, ni era ocasión de discutir una premisa sentada a cuenta de minúsculas consideraciones. Seguro estoy de que a la vera de mi firma estamparía la suya al remate de esta croniquilla que tan a gusto escribo.

Vamos a la cosa: Decimos, con demasiada ligereza, que Fulano le tiene cogido ala muerte a los toros y que Mengano no da con el sitio; y aunque el dicharacho no apunte sino a la consecuencia de que Fulano es un buen matador y Mengano un *pinchavvas*, parece embotellado, como en las *bolitas*, mucho gas que pica y burbujea reclamando más atención que el agua de un botijo.

El *sitio* de la muerte *tauroraquica* no es un secreto para nadie: allí está, detrás de la pelota —si la hay—, en el centro de las agujas; y las particularidades no modifican ese *sitio*, y me atrevo a decir que ni el modo de *llegarle*. El *volapié* es suerte concreta y harto definida que no admite modificaciones —hoy por hoy—, y la forma de ejecutarlo rechaza fundamentales personalismos. Sobradamente sabéis lo que quiero decir, y me ahorro y os evito la transcripción de lo ya tantas veces desglosado. Estaréis conformes en que tal o cual postura, más o menos airosa, y tal o cual meneo o arrequive de la *patita*, ni quita ni imprime personalidad, ni supone plagio. Después de la estimativa quisicosa se inicia el primer tiempo; siguen los otros dos, perfilando el *volapié* tan concretamente como los límites de España. Cogerle la muerte a los toros no es sino practicarle con buena técnica y decisión, y como ambas cosas son difíciles, porque tras la primera acecha la ignorancia y en la segunda se emboza la pusilanimidad, de aquí esas rachas a que aludía mi amigo, hijas del grado de madurez profesional y del estado psicopatológico —¿es eso?—, sin que venga a cuento la mejor o peor fortuna.

Vamos a otra cosa, íntimamente ligada al tema de la croniquilla.

Los públicos, cada día le dan más importancia a la faena de muleta, no por lo que tenga de preparatoria para el momento, que se llamó cumbre; sino por lo que pueda tener de artística espectacularidad, y, embebidos en ésta, incitan al torero a continuarla, obligándole con notoria inconveniencia, en la mayoría de los casos, a desaprovechar oportunidades de rematar al toro.

A mí me parece bien que el espectador quiera sacarle jugo a su enorme desembolso y que obligue a trabajar al que cobra a peso de diamantes los minutillos de su actuación; pero convengamos que nos es al público al que toca elegir un momento tan difícil y comprometido para el que tiene que aprovecharlo jugándose el pellejo.

Recordemos, en abono de lo dicho, aquellas palabras que dicen dijo Lagartijo al Guerra cuando le daba *los trastos* en la ceremonia de la alternativa: «Dale pocos pases con la mano derecha, y en cuanto te se ponga, entráale con muchos pies, porque está difícilísimo. Anda, que yo estaré a tu vera.»

Amigo: lee y releo los consejos del maestro y verás cuántas cosas y quisicosas se te vienen a las entendederas espulgando en tus recuerdos. Saca tus consecuencias y... cállatelas para no perorar en el vacío.



E F E M E R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

por J. HERNANDEZ-PETIT



POCOS, muy pocos, serán los que recuerden la Plaza de los Campos Elíceos, que, según mis fuentes de información, estuvo situada a la izquierda, subiendo Alcalá, frente a la estatua de Espartero. Era, con relación a la Plaza grande, lo que es el Instituto, comparado con la Universidad. En la mencionada placita hicieron su presentación al público madrileño, como becerristas, entre otros, Mazzantini y Guerrita, cuando éste se apodaba Llaverito. El fuego, y no la piqueta, fué causa de su desaparición, el 18 de julio de 1881.

Y bien; si pocos han de ser los que se acuerden de aquel circo taurino, menos aun serán los que asistiesen a la última corrida —hubo después una novillada sin importancia— celebrada en la Plaza de la Puerta de Alcalá,

también desaparecida. El suceso acaeció el 19 de julio de 1874. En ella «hubo toros» ciento veinticinco años. Lagartijo y Frascuelo, cuando más empujaban —algo así como ahora Manolete y Arruza—, fueron los matadores sepultureros. Antes, por ella desfilaron en competencia Pedro Romero, Costillares y Pepe-Illo. Y también Francisco Montes, los Sombreros, Cúchares, Chiclanero, Tato, Gordito... Si tuviera que enumerar cuantos actuaron en aquellos ciento veinticinco años, me pondría insostenible. Por eso, también yo doy cerrojazo al tema y paso a hablar de Cúchares de Córdoba, que tomó la alternativa el 20 de julio de 1862 y que se pareció al auténtico Cúchares lo que un pigmeo a un gigante. Tiene gracia que, en sus comienzos, llevase como banderilleros a Lagartijo y a Bocanegra. Fué como la espuma. Pronto se quedó en nada.

El 22 de julio de 1900 tomó la alternativa en Madrid Bebé chico, tío carnal del «monstruo» actual. Si no fuera por este parentesco con Manolete, al repasar la historia taurina le hubiéramos dicho a Bebé: «Quédate atrás, y di que te has perdido» Pero, ya metidos en faena, añadiremos que en la alternativa de Bebé ocurrió algo que pocas veces sucede. Por cogida de Minuto en el segundo de la tarde, Bebé tuvo que despachar los seis de Peñalver anunciados para el mano a mano. Posteriormente, en once temporadas, Bebé actuó tan sólo en treinta y seis corridas.

Juan Molina se presentó el 23 de julio de 1871. Hermano de Lagartijo dicen que fué el rey de la brega. «Seguro, inteligentísimo, con vista de águila de invencible resistencia», bullía tanto en la Plaza y con tal acierto, que el público le mimó, al actuar con Machío, con Bocanegra o, posteriormente, con su hermano el Califa, Mazzantini y Guerrita. Si un matador le llamaba la atención —como le sucedió una vez con Angel Pastor—, se armaba la gorda en el ruedo, al par que la Plaza entera rugía de indignación. Era zuido y está escrito que «este defecto físico, puesto de relieve al mata un roவில் —año 1869—, le impidió ser espada».

A los lectores de EL RUEDO, seguramente, les importará un bledo que escriba o no ahora sobre Lorenzo Quílez. Voy a hacerlo, porque el 24 de julio de 1881 se presentó como novillero en Madrid. Debió de ser «agente», aunque apenas se le recuerde, pues Lagartijo le llevó en su cuadrilla asiduamente. En él compendian los escritores taurinos de su época, el modelo de peón de brega. Dicen que era «sobrio, inteligente, eficaz, duro y apto». Y, además, arriesgado y de temple, como mayor respeto a la religión católica que profeso, por lo reveladora que es buen aragonés. De él se cuenta la siguiente anécdota, que relato con el mayor respeto a la religión católica que profeso, por lo reveladora que es del espíritu aragonés. Al parecer, durante las fiestas de Semana Santa fué Quílez a Sevilla. Asistió a las procesiones y se quedó con la boca abierta ante la magnificencia de los Pasos y ante la devoción y entusiasmo del pueblo sevillano. Rezó ante la Virgen de la Esperanza y escuchó embelesado las saetas que la ensalzaban. Sin embargo, una vez se puso serio. No pudo con aquello de que era la más grande, la más reina, la más bella. Dirigiéndose al «cantor» de la saeta, le dijo: «¡Para, para!... Que la tuvo la Pilarica a su servicio y la tuvo que despachar por sisona».

Nada me extraña que en poco estuviera que los sevillanos linchasen al buen baturro, que era Quílez. Pido de nuevo benevolencia a los dignatarios de la Iglesia Católica, y, para terminar, recordaré que el 24 de julio de 1904, en San Sebastián, luchó el toro «Hurón» con un tigre. Vencía el toro cuando rompió la jaula.



Preparativos ante las corridas de la FERIA DE VALENCIA

Plaza de Toros de VALENCIA

LA UNICA FERIA DE FERIA
del 1945

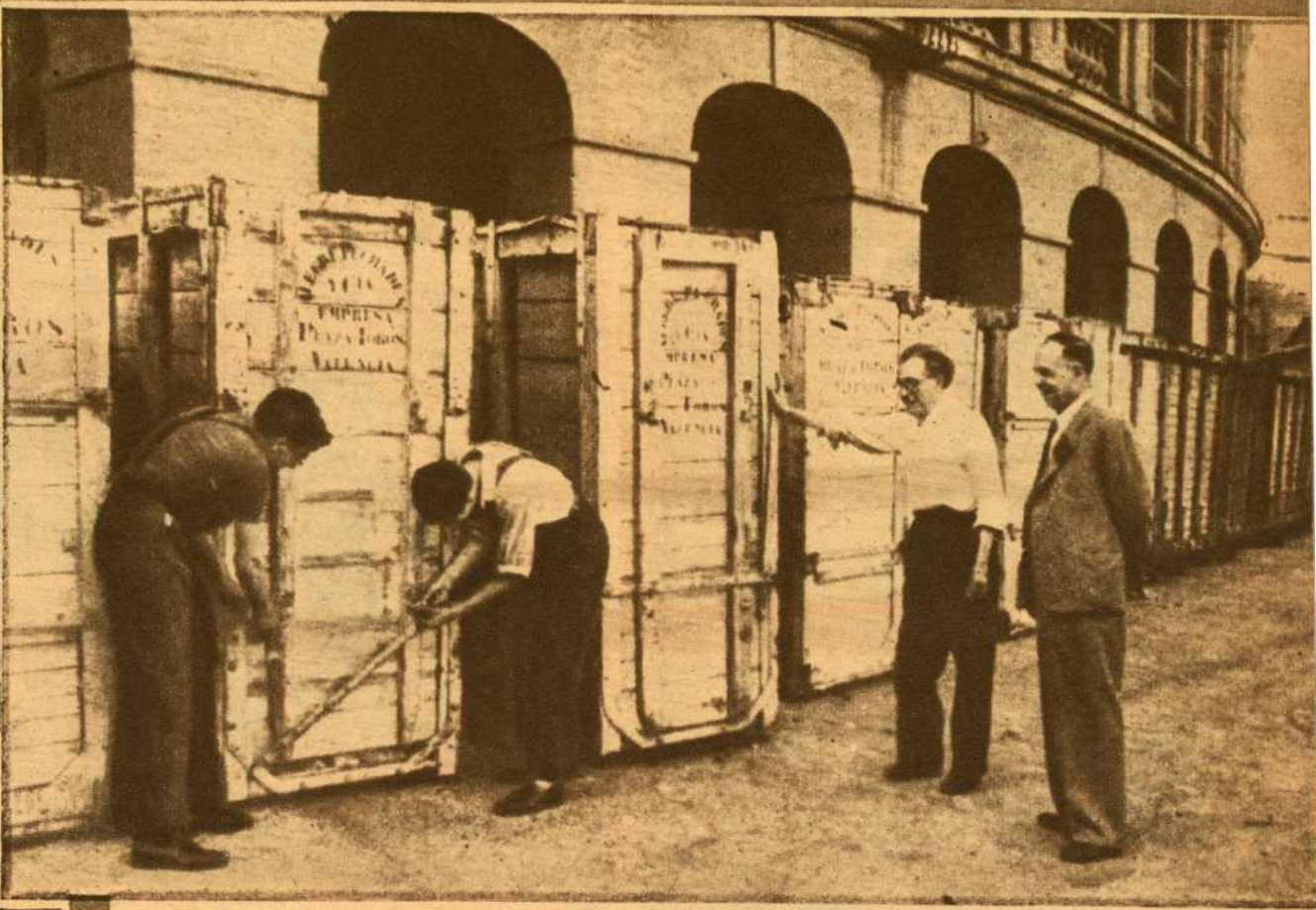


9 GRANDIOSAS CORRIDAS DE TOROS. 9

1. TORO: ...	2. TORO: ...	3. TORO: ...	4. TORO: ...	5. TORO: ...	6. TORO: ...	7. TORO: ...	8. TORO: ...	9. TORO: ...
--------------	--------------	--------------	--------------	--------------	--------------	--------------	--------------	--------------



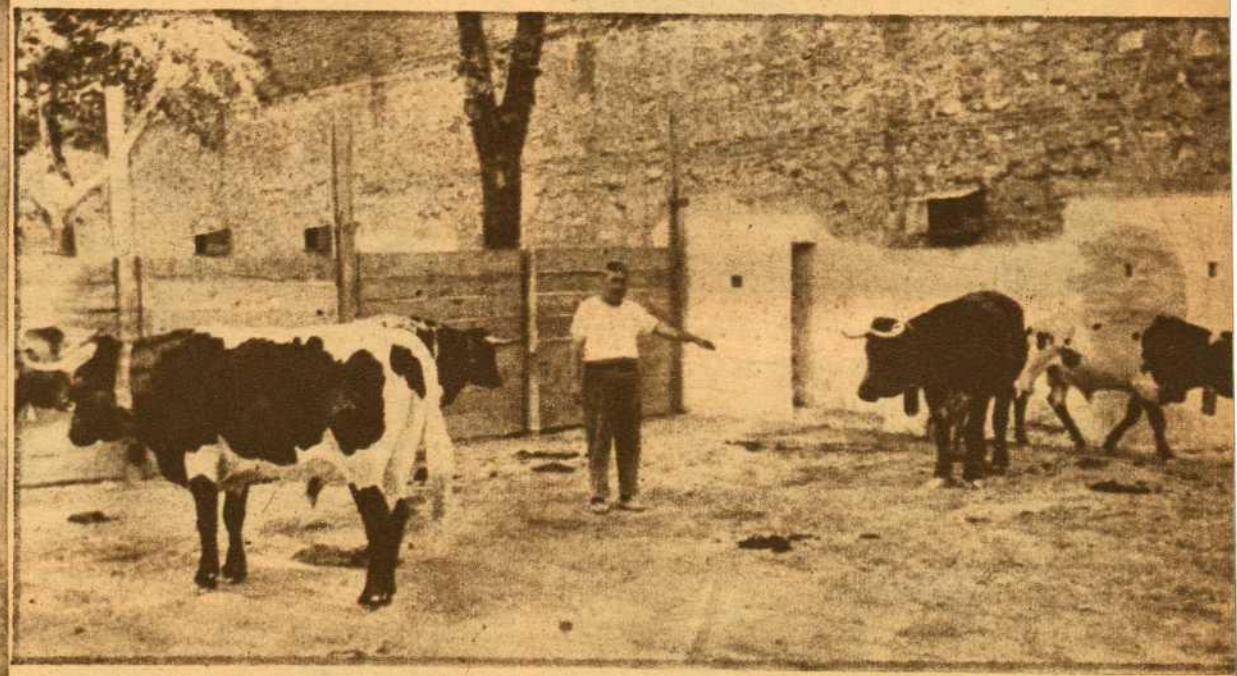
El cartel que anuncia la Feria es un vibrante airon de la fiesta



Se preparan los cajones de las corridas. Los mansos ante los corrales, que dentro de muy poco recogerán a los toros que se lidiarán



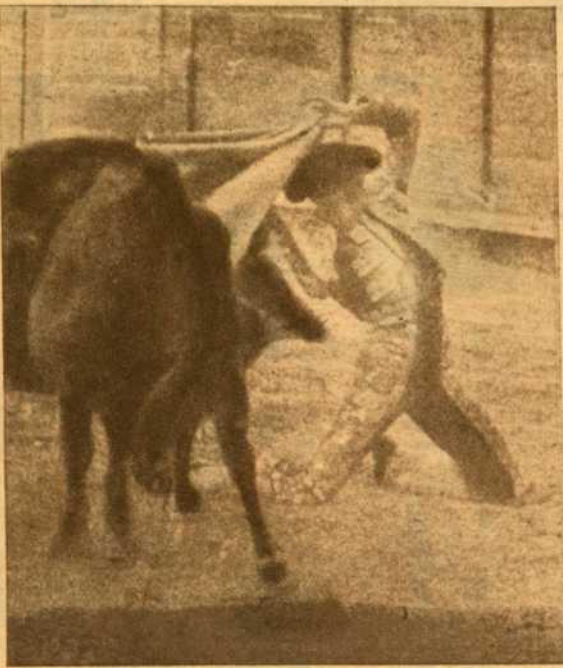
Hay que engalanar la Plaza. Ahora son los pintores los que van cubriendo de color el coso taurino. Ante el cartel, el aficionado hace sus cábalas, sus comentarios



Los aficionados, ante las taquillas, forman largas colas y pasan el tiempo hablando de la corrida que verán a la tarde (Fots. Vidal)



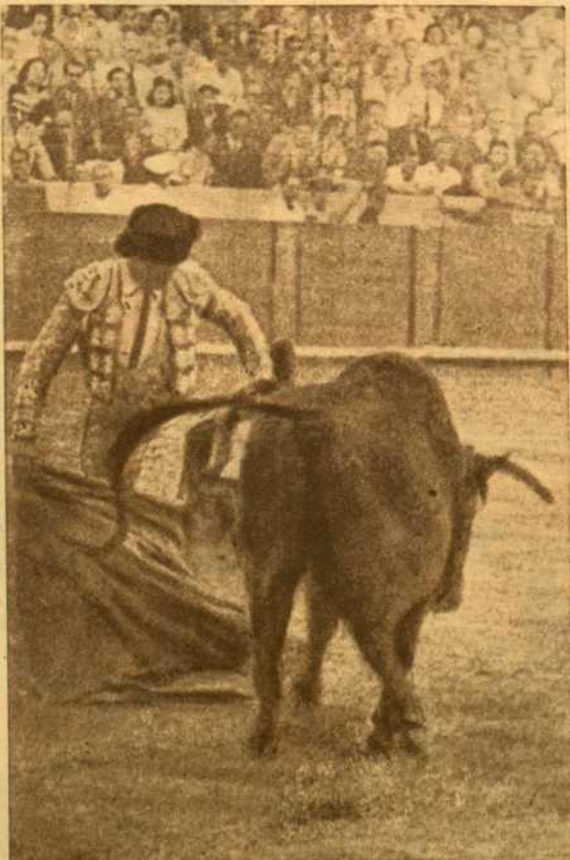
CARTEL DE BARCELONA



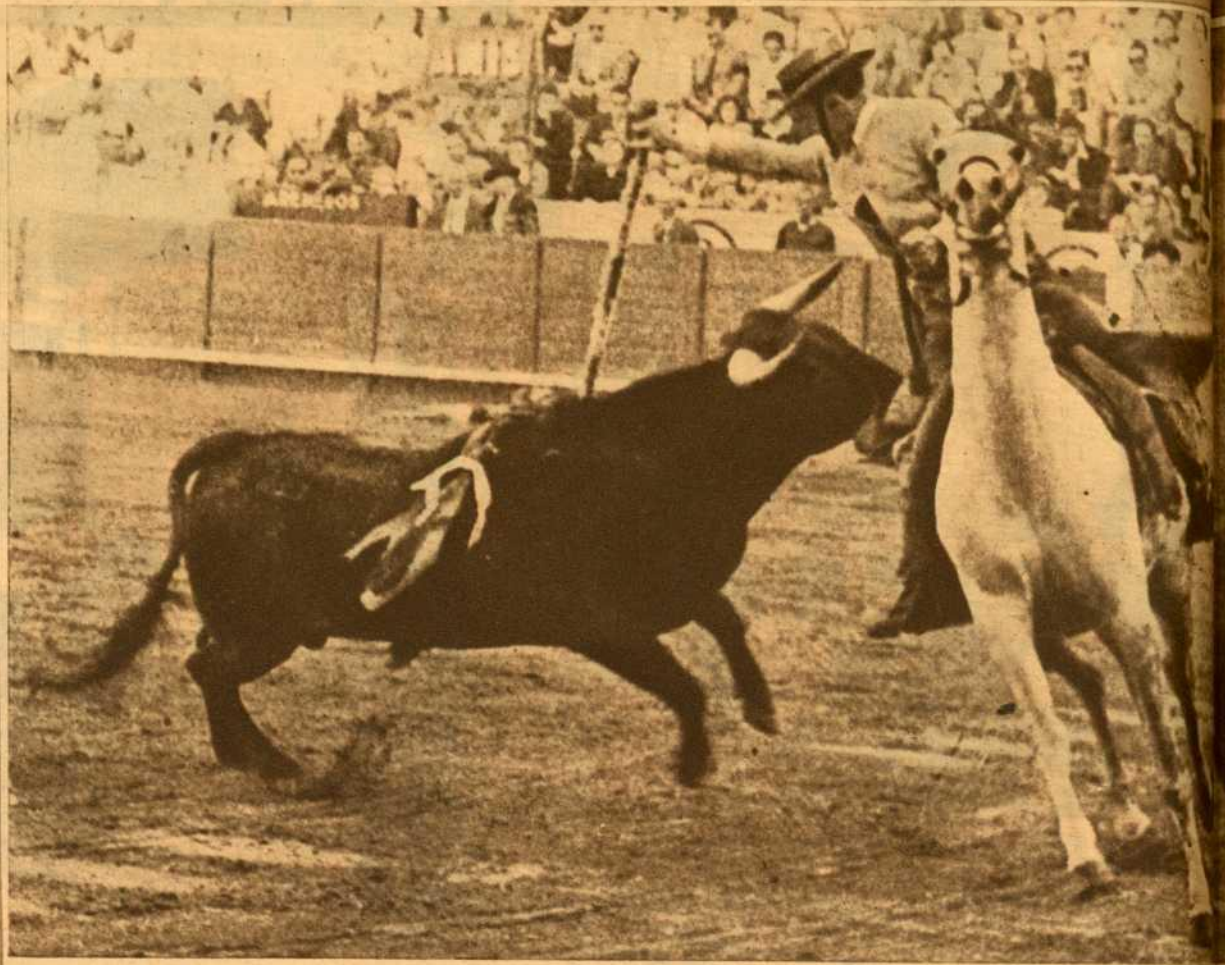
Fermin Rivera en un farol de rodillas



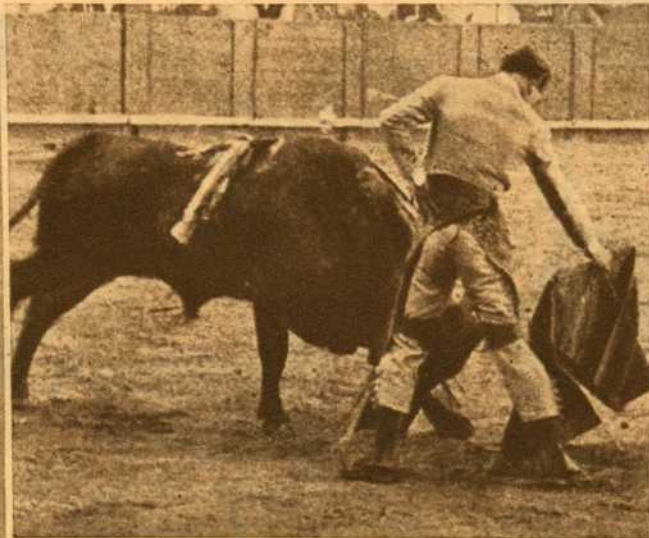
Rivera intentando el descabello a su segundo toro



Paquito Casado torcando de capa



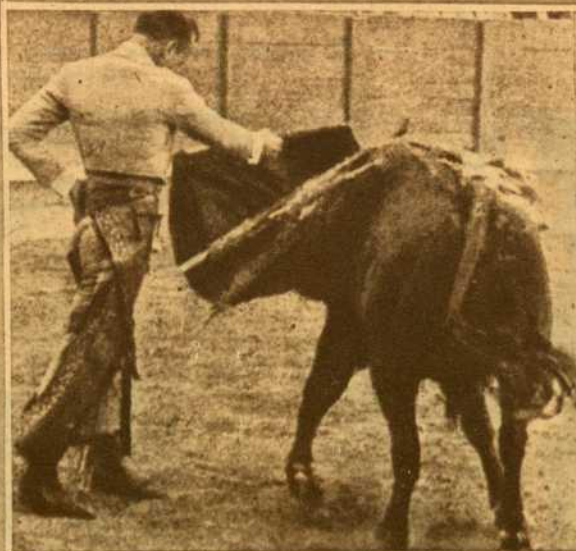
Un gran par de banderillas a caballo de don Alvaro Domecq



Domecq, pie a tierra, en un pase con la derecha



Alvaro Domecq clavando un par de banderillas



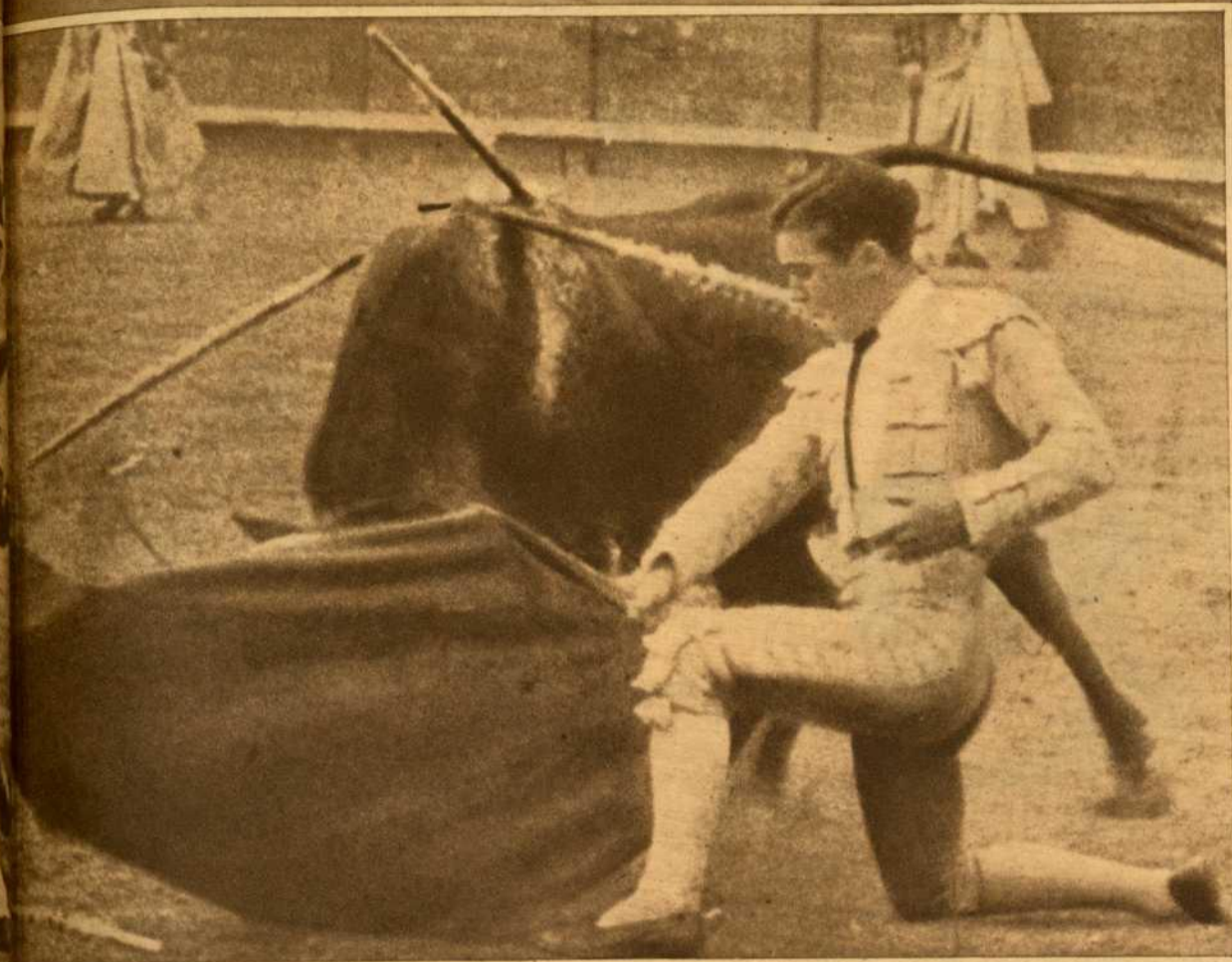
Un pase por alto de Alvaro Domecq

BARCELONA 16 (De nuestro redactor, Subirán) Por bien que concuerden los diversos factores, sobremañera una corrida de nueve toros. Ahora el lector se digna calcular lo que pasó la de hoy ocho bureles lidiábiles, uno de ellos fogueado y r tirado al corral por manso perdido. Los tres que lidiaron de don M. Fernández, sin ser un dechado de perfección, fueron los menos malos de la tarde; los seis de doña Enriqueta merecieron, por un lado, la pena infamante del tueste por mansos, lidiábiles que trazaron una diversidad de defectos y pusieron inminentemente en peligro la integridad física de lidiadores.

Abrió plaza don Alvaro Domecq, rejoneando un gordo, bien puesto, con su habitual maestría. Todo lo consintió con su primera jaca, que ésta salió una cornada en el anca. Tras varios rejoncillos, par de banderillas y tres rejones de muerte en lo echó pie a tierra y lo liquidó con tres pinchazos, pués de enfrentarse con un enemigo de cuidado, ovacionado.

La ovación a don Alvaro Domecq fué la primera

Toros de E. de la Cova y M. Fernández, para ALVARO DOMEQ, FERMIN RIVERA, PAQUITO CASADO, JULIAN MARIN y EL CHONI



Un ayudado de rodillas de Paquito Casado



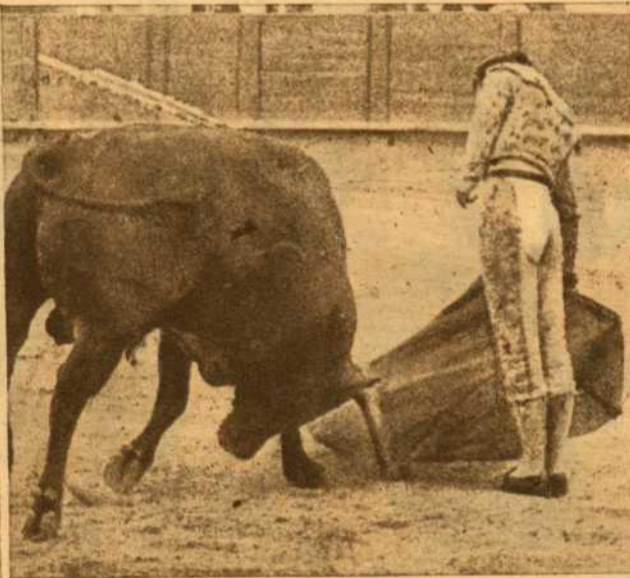
Alvaro Domeq, entre barreras, observando la corrida



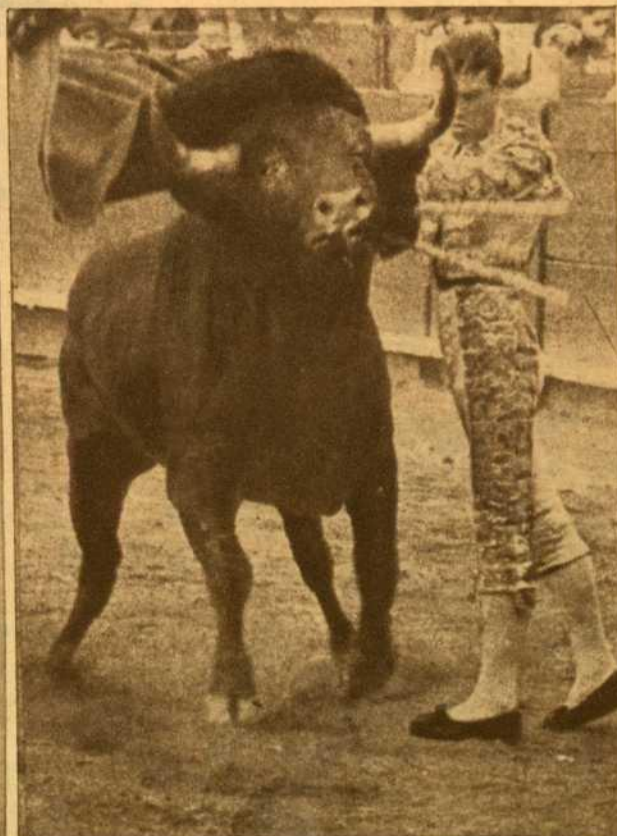
Paquito Casado en un buen pase por alto



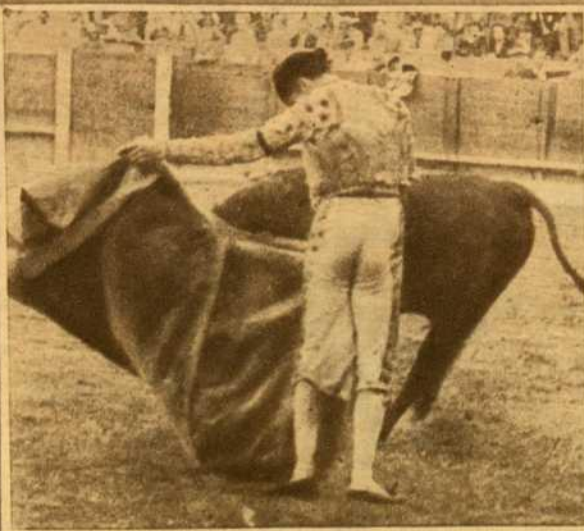
El Choni durante la faena de su primer toro



Un gran derechazo de El Choni



Un ceñido ayudado por alto de El Choni (Fots. Walls)



Julián Marín toroando por verónicas

única de la tarde. Después, ya no hubo ni una salva de aplausos, ni tan siquiera la más leve censura para los lidiadores, que hicieron lo posible para no estreñarse ante la detestable calidad de sus enemigos, y lo consiguieron.

Al mejicano Rivera le tocó lo peor: dos "regalitos" que saltaron a por el dinero de la temporada. Despachó con elogiada brevedad a su primero y con evitantes precauciones a su segundo; pero sin la menor opción a la censura.

A Paquito Casado le tocó lo menos malo: dos de Fernández. Se quedó sin toro, en primer lugar, por ensañarse Hina I con la pica. El segundo fue sosote, tal cual lance y mulatazo apreciable y recogió algunos aplausos de la hastiada asamblea.

Julián Marín y El Choni apechugaron con sendos lidiadores y los despacharon con valentía y decisión. No se podía pedir otra cosa. Al valenciano le atrapó su primero y le envió a la enfermería, de donde volvió a salir.

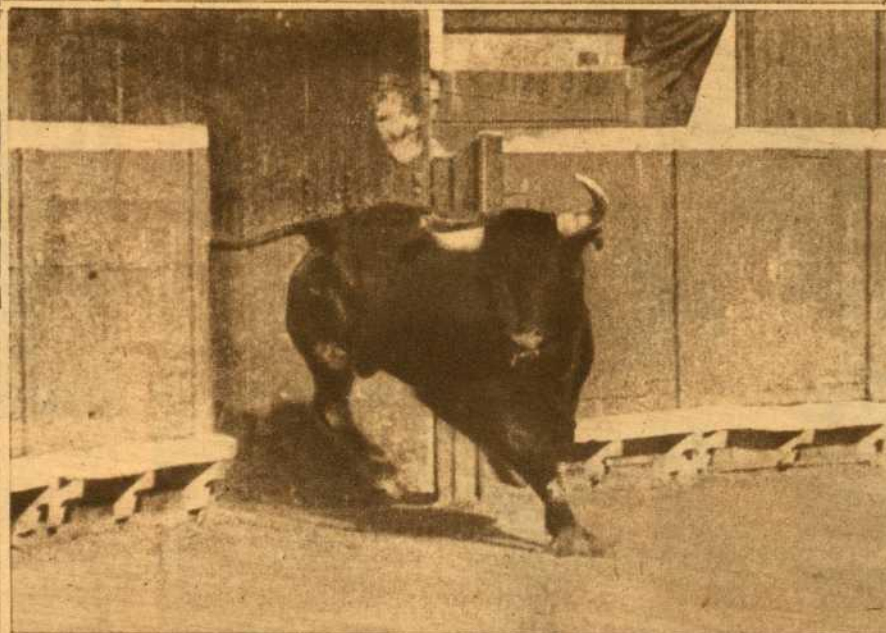
DE LOS SANFERMINES

PINTORESQUISMO

y color de las corridas de Pamplona



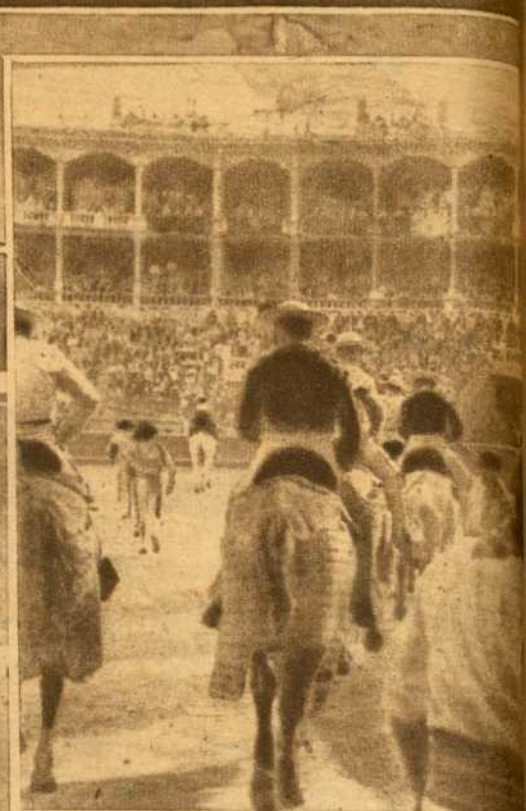
Tres momentos llenos de emoción y peligro de los clásicos encierros de los sanfermines de Pamplona



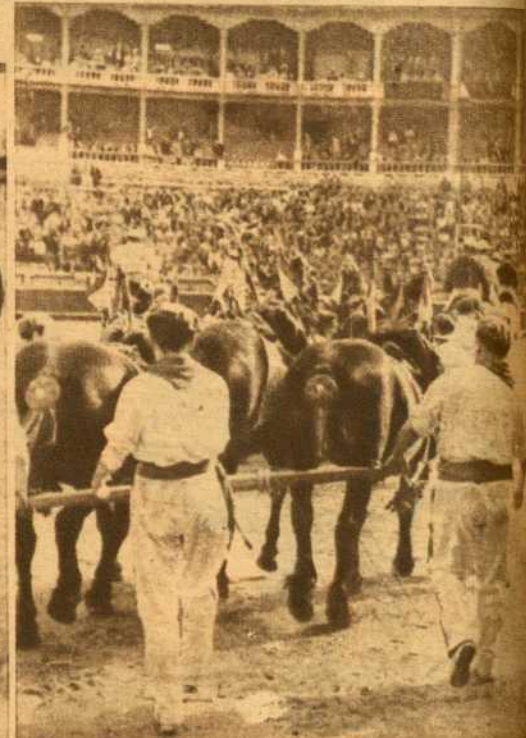
Una preciosa salida de uno de los toros de doña Carmen de Federico



Arriba, los típicos timbales, y abajo, el arrastre del primer toro muerto en la corrida de este año

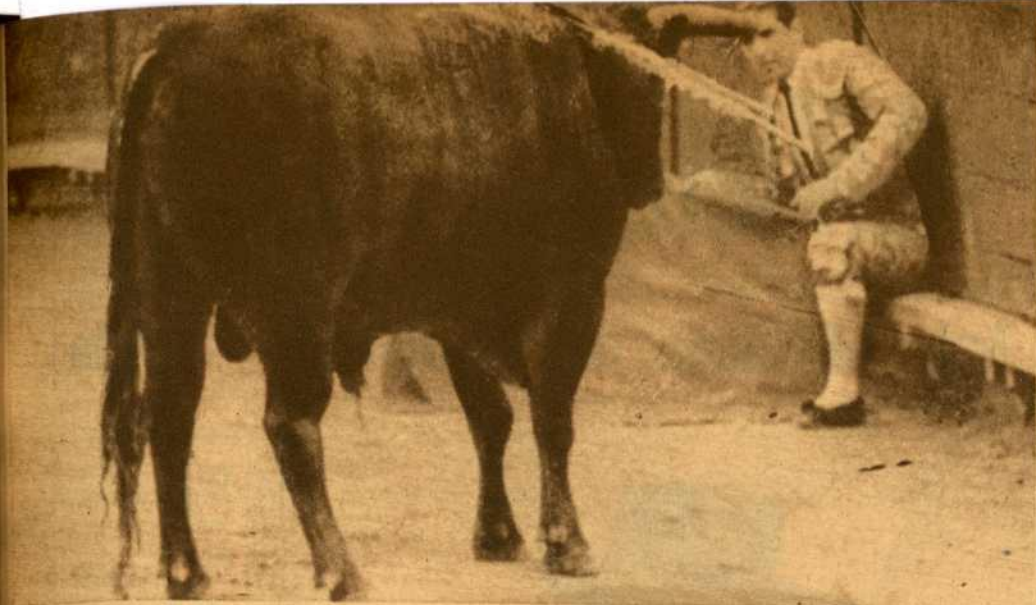


Entre música y palmas, hacen su paseillo las cuadrillas

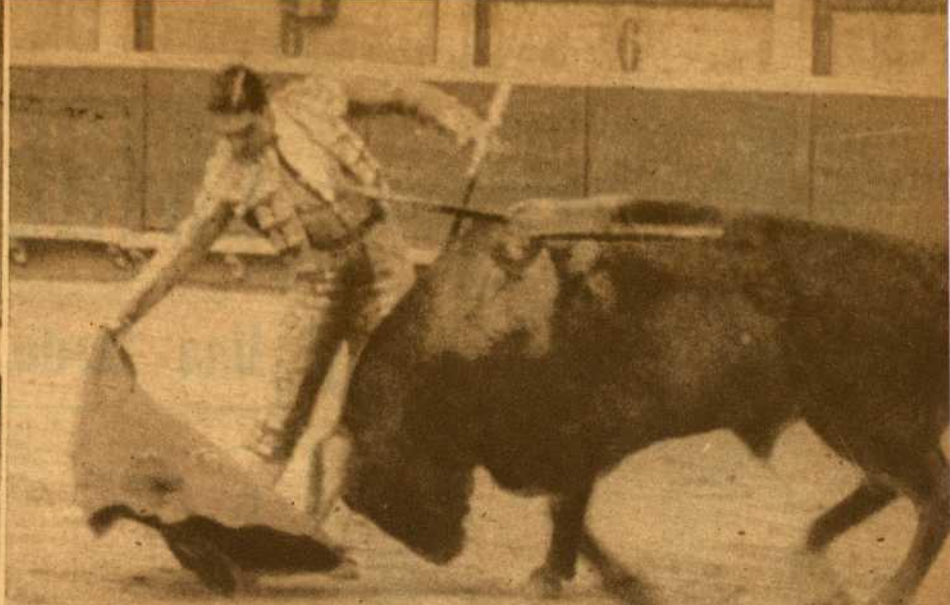


También desfilan los mulilleros y en el estribo descansan los alguacillos





Pepe Bienvenida empieza su faena de muleta citando al toro con un pase sentado en el estribo



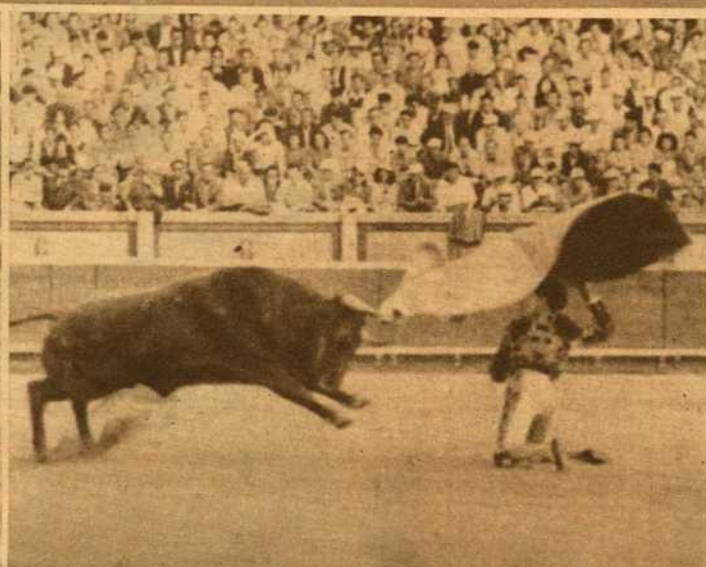
Un derechazo mandón y torero de Pepe Bienvenida, en la faena de su primer toro, en la tercera corrida de Feria de Pamplona

TERCERA Y CUARTA DE FERIA DE PAMPLONA

Pepe Bienvenida, Julián Marín, El Choni, Parrita y Luis Miguel Dominguín



Luis Miguel Dominguín en un muletazo por alto, en la cuarta corrida de Pamplona

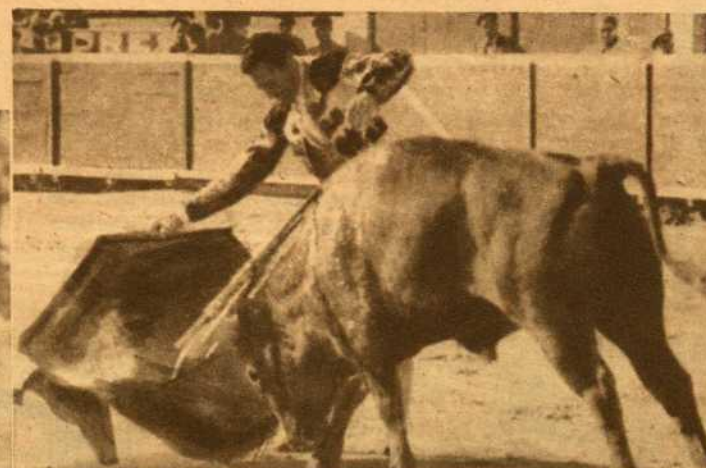
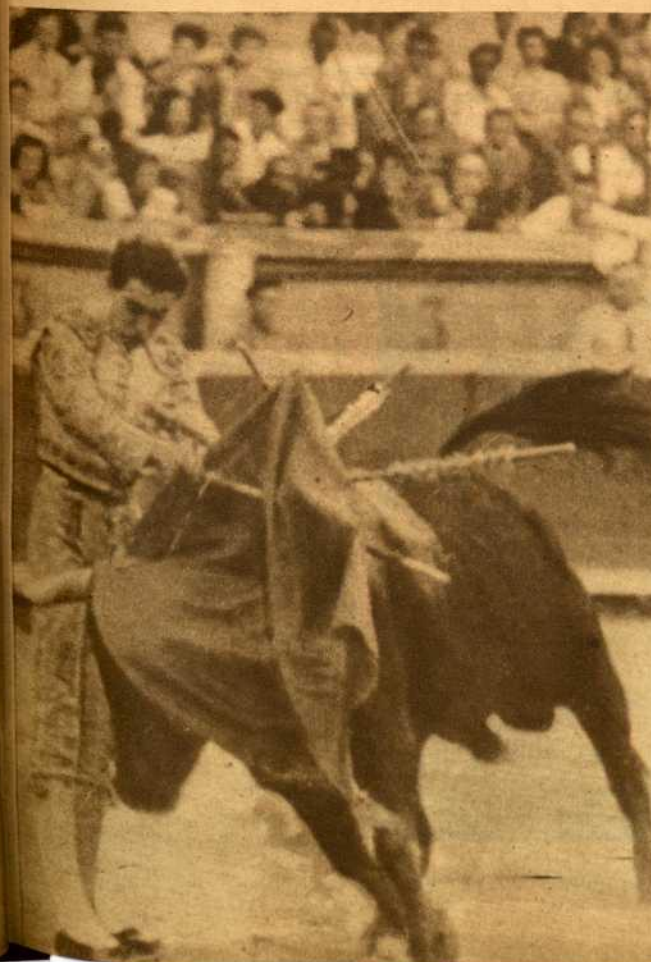


Otro momento de Luis Miguel Dominguín en la misma corrida, en una emocionante larga cambiada de rodillas

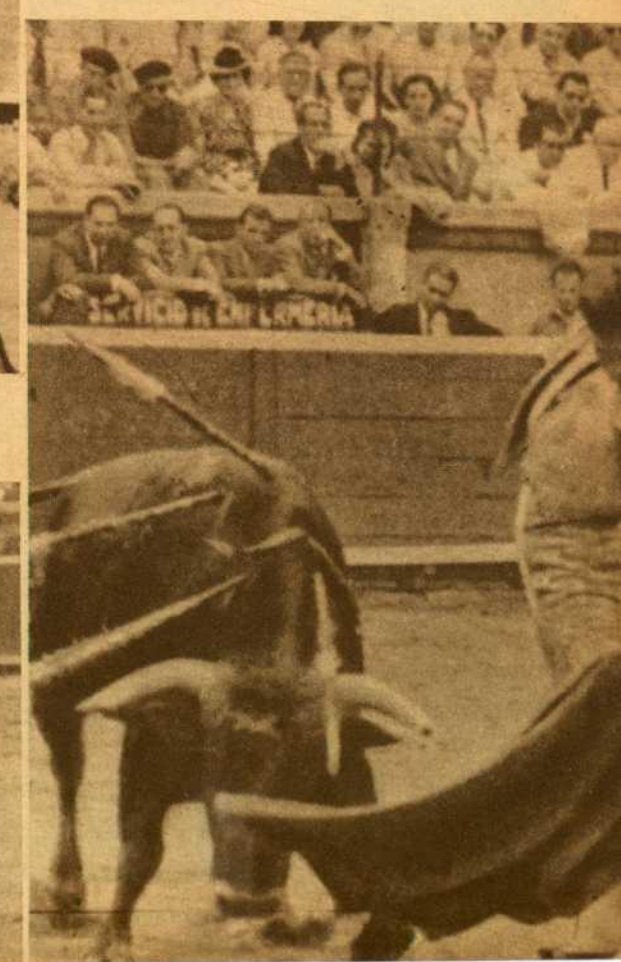


Luis Miguel Dominguín, en un desplante, durante su faena en el primer toro, de la tercera de Feria de Pamplona

Parrita en un apretado pase por alto, en la tercera corrida de Feria, durante la faena de su primer toro



Arriba: Luis Miguel Dominguín en un momento de su faena de muleta. Abajo: El Choni toreando de muleta, en la cuarta corrida de Feria



Julián Marín toreando por naturales, en la gran faena de muleta a uno de sus toros, en la Feria de Pamplona (Fots. Marí)



Con un pequeño amigo en brazos



Atento a la caza en pleno monte



Arruza con las piezas cobradas

ENTRE OLIVARES Y MIESES

Una tarde bajo el fuego del verano en Sevilla

EN busca de Carlos Arruza, cruzamos, bajo el fuego de la tarde, una carretera larga, guardada de rastrojeras y olivos. A nuestro lado, en el coche, Bernabé Conrad, cónsul norteamericano en Sevilla, ferviente aficionado a la fiesta brava. Un animado diálogo sostiene la pesadez calorosa de la tarde. Conrad — amigo dilecto del famoso torero mejicano — nos cuenta muchas anécdotas de la vida de Arruza. En su charla aprendemos mucho de la íntima ejemplaridad humana anterior y posterior a su consagración como figura máxima del toreo en los ruedos de España. A mil setecientas millas por hora navegamos hacia el cortijo de Las Navas, propiedad del ganadero don Felipe Bartolomé, quien a medias con don Joaquín Buendía llevan, con gran celo, la ganadería de Santa Coloma.

A lo lejos, las Torres Alocás se alzan, como un pórtico venerable, ante la carretera que lleva a Las Cabezas de San Juan. ¿Cómo se le ocurriría a Riego rebelarse aquí, en este campo de tan



Un poco de ejercicio a caballo y con la garrocha, clásica estampa campera

alrededores aguardan la posible "reaparición" de Arruza.

—¿Ha toreado ya?—preguntamos.

Un coro de voces nos informa:

—Toa la mañana estuvo toreado becerras. Ahora está en la laguna, allá abajo, con Montani. Y nos

señala un olivar distante. Nos recibe el señor Bartolomé, con algunos familiares, y, ya juntos, comenzamos nuestra búsqueda del torero. Olivos y mieses aprietan nuestro paso. Cruzamos una larga alambrada, y, como una fresca tentación de viaje, se abre a nuestros ojos —redonda, grande y llana— una laguna, casi un mar, en la que revolotean bandadas de patos. En la orilla, un grupo. A medida que nos dirigimos a él, van aclarándose siluetas conocidas: Alejandro Montani, Joaquín Buendía, el banderillero Aguilar, y en el instante en que todos nos saludan con ese alborozo que dan la pureza y la serenidad del campo, se oye un disparo seco y



En la paz del campo, mientras convalece, Arruza, en compañía de sus amigos Montani, Buendía y el hijo de Andrés Gago

Carlos Arruza en la convalecencia

Horas en "Las Navas", el cortijo andaluz del ganadero don Felipe Bartolomé

metálico, y nos dicen:

—Es Carlos Arruza está resultando una fiera en la carrera de patos.

Sonriente, viene de la orilla — jinete de impecable línea y gran escuela— el más emocionante de cuantos toreros oisan los ruedos del mundo. Arruza trae un pequeño pato, y exclama:

—Me habéis cortado la "faena". Ya los tenía a todos para cortarles el rabo, digo, el respiradero...

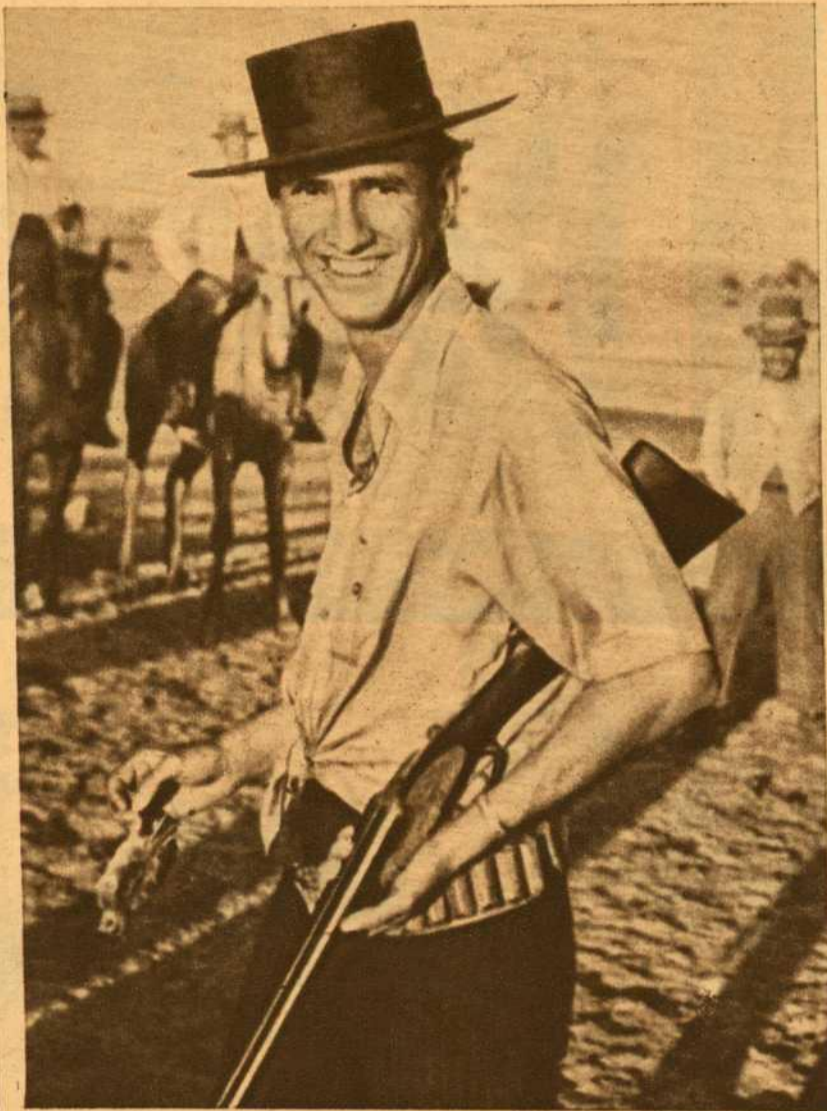
Arruza se resintió, hace unas horas, de la herida, quizá por el esfuerzo de la lidia a que se entregó desde muy temprano. Don Felipe Bartolomé aclara que le había encerrado veinte vacas, y que no sabe si, al atardecer, toreará de nuevo.

Arruza dice rápido:

—Ya está bueno hoy, don Felipe. Amigos, el campo está maravilloso. Si no tirara de mí el toro, de este modo, me quedaría aquí para siempre... (El dulce y armonioso acento mejicano con que habla el torero hace de esta charla un grupo familiar, verdaderamente grato.) Hablamos de Jerez. Desde la silla de su caballo, Carlos mira al Sur, hacia Jerez, y nos confiesa que es una de las ciudades que más rápidamente se entraron en su corazón:

—¡Bien me fué la suerte por allá, bien!

Bernaby Conrad y Arruza dialogan en inglés. ¡Cuántos milagros ha hecho, en una sola pieza, Arruza! Este, entre otros muchos, de que la lengua inglesa no desconponga un ápice la elegancia de un torero: la elegancia de garbo, color y estampa que siempre ha requerido la voz breve, sentenciosa y rutilante de los más profundos lenguajes atávicos... Carlos Arruza nos cuenta —en español, claro— que una vez, en Itajuana, en Méjico, brindó un toro, en inglés, al famoso actor de cine americano



Se ha cobrado una perdiz. Sonrisa y alegría de triunfo en el rostro de Carlos

Victor McLaglen, y que los dos se sintieron casi sevillanos de naturaleza.

Carlos está muy contento con la vida que hace en "Las Navas". Duerme mucho, hace ejercicio —prudente aún hasta que cicatrice plenamente la herida—, torea y, después de un breve descanso, al mediodía, viene con Alejandro Montani —duque de una Orden nobiliaria familiarísima que acaba de fundar el famoso "cyclón"—el séquito de esta caravana de toreros-cazadores a las "lagunas de los patos".

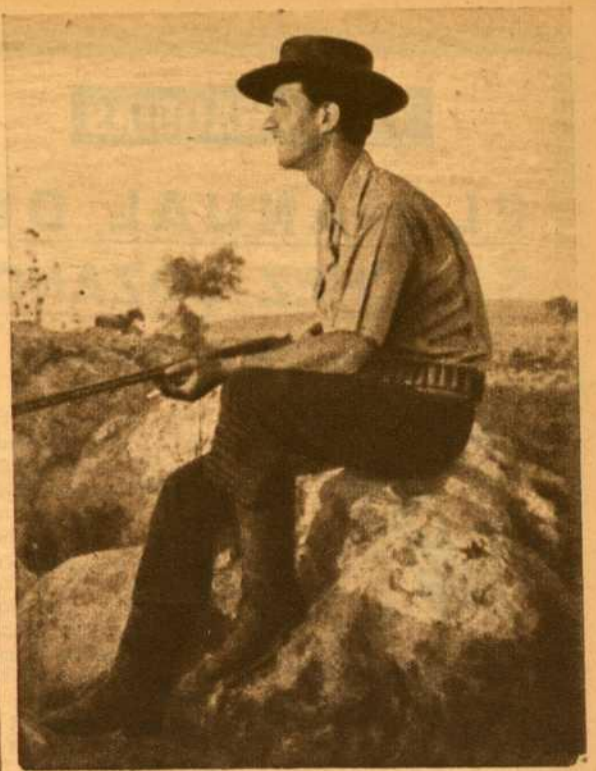
Cuando regresamos a la casa, la familia —efusiva y acogedora— de los señores Bartolomé y Buendía nos obsequian. Todavía siguen —ya es casi de noche— sobre

las tapias de la placita pequeña de toros los torerillos que vinieron por ver al torero que ha hecho temblar los tendidos y la historia de la fiesta con su gallardía impar y refulgente. Al despedirnos, Carlos Arruza nos hace una confesión íntima:

—En el campo se está divino. Pero ¡si supiera lo que sufro al pensar que he de perder aún varias corridas!—F. MONTERO GALVACHE



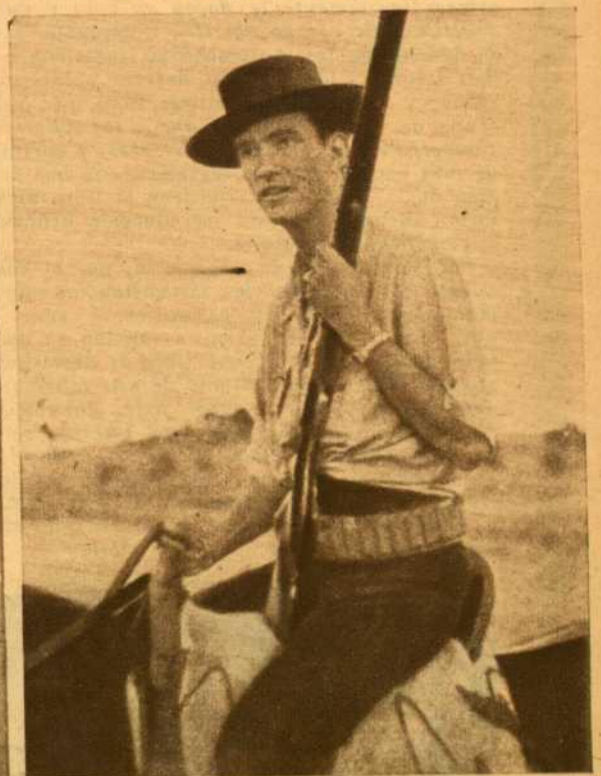
Arruza, con el cónsul de Estados Unidos en Sevilla, Bernaby Conrad, los ganaderos Bartolomé y Buendía, y los señores Montani, Carmona, Blanco y nuestro camarada Montero Galvache (Fots. Luis Arenas)



A la espera, mientras los ojeadores cumplen su cometido



Un buen ejemplo de pato silvestre



De vuelta, a caballo y con la escopeta, como los viejos caballeros andaluces

TAUROMAQUIAS

EL MANUAL DE SANCHEZ-LOZANO

Por JOSE M.^o DE COSSIO



No es, probablemente, justo el olvido en que se tiene este *Manual*, que en muchos aspectos es precursor de lo que habían de ser las futuras obras de tauromaquía a quí a. Fué don Juan Sánchez Lozano una personalidad relevante de Sevilla, político influyente y escritor distinguido. Director del diario *El Progreso*, en él

publicaba sus trabajos taurinos.

Sánchez Lozano divide su *Tauromaquia* — Sevilla, 1882 — en cinco libros, tratando en el primero *Del toro* con gran detenimiento y competencia, y dando a todo lo a él referente la máxima importancia. Esta parte, en la que nada se excluye de lo referente al tema, tiene valor subidísimo aun hoy mismo. El segundo libro se ocupa *De los diestros*, ampliando lo que era tradicional decir de sus condiciones, con informes sobre ajustes, trajes y obligaciones y derechos, según su oficio de espadas, banderilleros y picadores. El libro tercero se intitula *Suertes del toro que ordinariamente se verifican en el coso*. El criterio de esta parte, esencial en un arte taurino, es el tradicional defensivo, y en dos capítulos preliminares se estudian las maneras de atacar y defenderse los toros y la de *verles llegar*, novedad la mayor de este estudio, que da lugar a que explique su autor su concepto del toro con estas notables palabras: «Consistiendo todas las reglas del arte de torear en hacer a tiempo los correspondientes movimientos para librarse del toro, y siguiendo a cada uno de los que éste hace en el lance otro del torero con que lo elude, es evidente la necesidad de tener la vista siempre fija en él para combinar a tiempo aquellos movimientos, y esto es a lo que los toreros han llamado *ver llegar los toros*.» En el dominio de esta seguridad funda la del diestro, y de su incobservancia o desconocimiento deduce la razón de las cogidas. El criterio defensivo de las tauromaquias clásicas continúa en ésta vigente. La definición y explicación de las suertes está hecha con claridad, aunque sin originalidad alguna, y sólo la tiene el incluir las suertes del toro a caballo entre las de capa, que componen el que llamamos primer tercio de la lidia. El libro cuarto está dedicado a *Suertes taurinas que extraordinariamente se hacen en coso y que se practican en campo abierto*. Comprende las ya en desuso que las tauromaquias tradicionales solían definir, y las de acoso, derribo, enlace, mancomnar y embarbar. El último libro, por fin, se ocupa de las *Atribuciones que a las autoridades competen en las funciones de toros*, y corresponde más bien al aspecto reglamentario que al técnico de la fiesta. Aun contiene el libro algunos útiles apéndices y una introducción histórica y apologética de la fiesta.

Por su claridad de exposición, por el conocimiento del autor de cien circunstancias especialmente relacionadas con el toro en el campo, que por primera vez se ponen en función de un tratado de tauromaquia, este libro es dignísimo de consideración, y su conjunto de arte taurino, disquisición histórica y, sobre todo, de apéndices comprensivos de biografías de toreros, reseñas de toros célebres, Plazas de Toros, etc., le da un carácter de abreviada enciclopedia que ha de prevalecer en futuros tratados taurinos, como el de *Guerrita*, que estudiaré en mi próximo artículo de esta serie y en otros posteriores.

NOVILLADA EN VICH

ANTONIO CARO, GITANILLO DE TRIANA III y PABLO LALANDA



Pablito Lalanda, momentos antes de comenzar la corrida, acompañado de su padre.



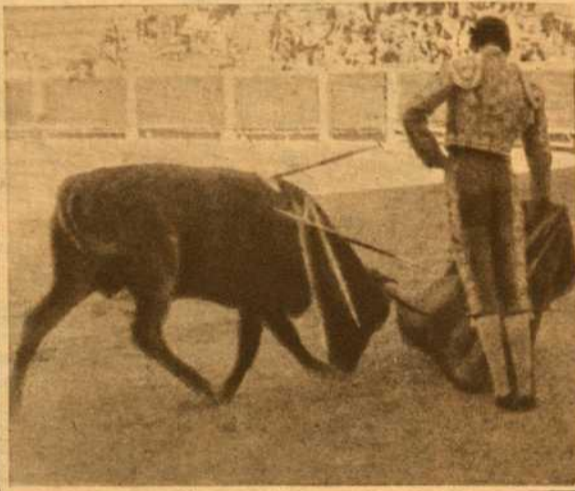
Un buen muletazo por alto de Pablito Lalanda



Después de su éxito Pablito Lalanda saludando con las orejas de su primer novillo



Antonio Caro, en un momento de su faena de muleta, toreando de rodillas



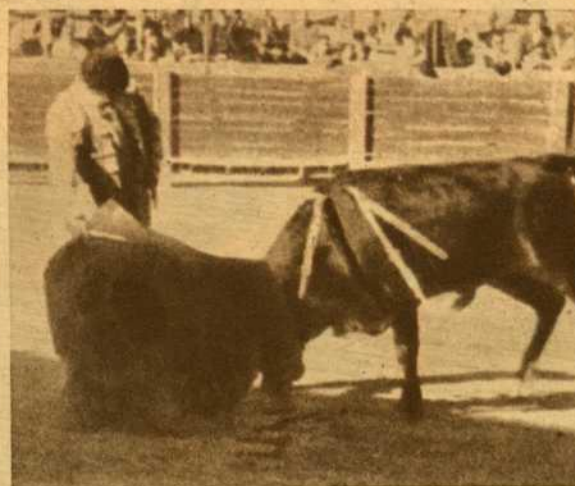
Un derechazo con temple de Antonio Caro

La pasada semana se celebró en Vich una novillada auténticamente juvenil. Tres novilleros: Pablito Lalanda, Antonio Caro y Gitanillo de Triana III.

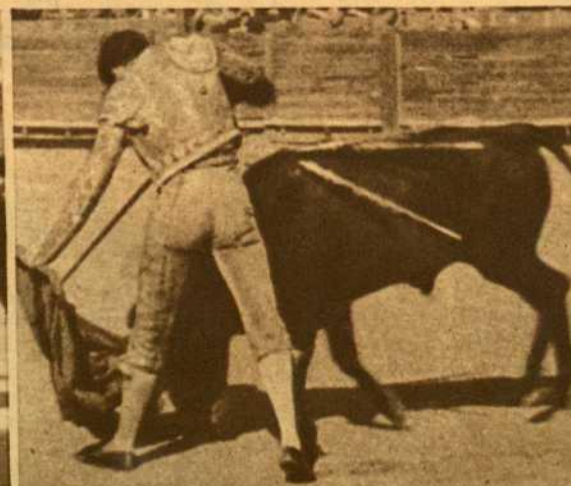
Buena tarde de toros en Vich, y en la que tres muchachillos hicieron presencia con su arte y con su valor. Exito rotundo el de los tres novilleros, que, toro a toro, se fueron creciendo, deseosos cada uno de superar el éxito del otro. Una noble competencia y un afán de querer llegar por caminos difíciles. Y la Plaza de Vich vibró con el arte de los tres novilleros, que salieron al ruedo dispuestos a cortar las orejas de sus novillos. Los tres tienen nombres toreros. Son los

menores de una dinastía de toreros que siempre mantiene sus nombres en los carteles de nuestras Plazas. Los tres, auténticamente jóvenes y con una afición desmedida, pueden llegar lejos en la profesión.

Pablito Lalanda, Antonio Caro y Gitanillo de Triana III triunfaron en Vich; es la presencia de una juventud dispuesta a marchar sin titubeos por los caminos que llevan al éxito. Con una sencillez además magnífica. Y sin pretender ser ni fenómenos ni adelantados. Modestamente; son unos muchachos que empiezan con una gran ilusión y con una afición extraordinaria. Algún día se hablará de ellos...



Gitanillo de Triana III, durante su faena de muleta en su primero.



Gitanillo de Triana III, toreando por naturales, a uno de sus novillos. (Fos. Valls)

PIDA
AURORA
Y BEBERA MANZANILLA



Juan Belmonte, cuando debutó el año 1913 como novillero en Madrid

EN EL MADRID DE 1913

Aquel banquete de los escritores y los artistas a Juan Belmonte

“No te falta más que morir en la Plaza para ser perfecto”—le decía Valle-Inclán



Don Juan Belmonte, retrado de los ruedos, caballero poderoso y afamado

file de la jura de la bandera, y un folletín espeluznante apasiona en hogares, redacciones y cafés: el del misterioso asesinato de Jalón. Muere el maestro Torregrosa, el de *El Santo de la Isidra*. Hay luchas grecorromanas en un escenario, y en el Gran Teatro una larga y deslumbradora película: *Quo Vadis?* Canta ópera Fidela Campiña y canciones ligeras Adelita Lulú. José Juan Cadenas envía crónicas desde París, y en Apolo se representa una revista suya, con música de Luna y con el título de *La alegría del amor*. En los ruedos taurinos, Bombita, Machaquito, Vicente Pastor, Rafael el Gallo. Y un día, de pronto, el fogonazo de Juan Belmonte, un nuevo novillero que arrebató a los públicos y que llega a Madrid con una leyenda de valor temerario. Se presenta la tarde del 26 de marzo. Brinda un toro a El Duende de la Colegiata, que está en una barrera. Instantes después, el público está en pie vitoreando al torero. Por la noche, sólo del nuevo novillero se habla en los cafés y en las tertulias de Madrid.

EN LA CALLE DE ECHEGARAY

Juan Belmonte torea casi todos los días. Muchas veces, de la estación a la Plaza y de la Plaza, después, a la estación. El casancio llega a rendirle, y decide descansar y reponerse un poco, aquí, en Madrid. Vive en la calle de Echegaray, en una fonda a cuyo dueño llaman El Niño del Chuzo. Es una pensión cuyos huéspedes son gentes de toros casi siempre: antiguos banderilleros, mozos de estoque, torerillos que empiezan. A Juan Belmonte le divierte todo aquel mundillo necesitado y pintoresco. Mas hay algo que lo encanta sobre todo: la amistad con artistas y escritores. Es un mundo nuevo para él, formado en ambientes tan distintos. Se emboba oyéndoles hablar, escuchándoles cosas que él no oyó nunca en su humilde vida de torerillo que empieza. Había conocido a esos hombres ilustres el día mismo que llegó a Madrid.

EL TORERO Y LOS ESCRITORES

Fué, aquel día primero de su estancia en la capital, al café de Fornos. Se sentó junto a un grupo. En éste, un hombre joven comenzó a hacerle un apunte. Era Sebastián Miranda, que a diario asistía a aquella tertulia, con Julio Romero de Torres, con Julio Antonio, con don Ramón del Valle-Inclán, con Enrique de Mesa, con Ramón Pérez de Ayala. Se inició así la amistad del torero y los artistas, que no se interrumpió nunca, que fué anudándose cada día con lazos más fuertes. Don Ramón del Valle-Inclán, especialmente, le des-

tumbaba con su palabra magnífica, plástica y señorial. Con su barba, con sus gafas, el escritor le parecía a Belmonte un ser extraordinario. Valle-Inclán decía a veces al torero:

—Juanito, no te falta más que morir en la Plaza...

Belmonte sonreía un poco y decía, modestamente:

—Se hará lo que se pueda, don Ramón. Se hará lo que se pueda...

“LAS ARTES, TODAS, SON HERMANAS MELLIZAS...”

Aquellos escritores y artistas que han intimado con Juan Belmonte, deciden organizar un banquete en honor suyo. En la convocatoria, se dice: «Ya que Juan Belmonte se encuentra entre nosotros, hemos juzgado necesario, obsequiarle con una comida fraternal en los jardines del Retiro. Fraternal, porque las Artes todas son hermanas mellizas, de tal manera, que capotes, garapuyos, muletas y estoques, cuando los sustentan manos como las de Juan Belmonte y dan forma sensible y depurada a un corazón heroico como el suyo, no son instrumentos de más baja jerarquía estética que plumas, pinceles y buriles, antes los aventajan, porque el género de belleza que crean es sublime por momentánea, y si bien el artista, de cualquier condición que sea, se supone que otorga por entero su vida en la propia obra, sólo el torero hace plena abdicación y holocausto de ella, y en esto pudiera arañarse con el político perfecto, según apotegma de don Antonio Maura. Pero, por desgracia, los apotegmas de nuestros políticos nos merecen poco crédito. Consideramos la tauromaquia más noble y deleitable, aunque no menos trágica que la logomaquia —esto es, política española—, y a Juan Belmonte más digno del aura popular y el lauro de los selectos que la mayor parte de los diestros con alternativa en el Parlamento...»

El restaurante del Ideal Retiro estaba de moda por aquellos días de 1913, y en él se celebró el banquete. Juan Belmonte —tímido, encogido— no acababa de comprender bien el por qué de aquella admiración. Se sentía confundido entre tantos hombres ilustres. Junto a él estaban don Ramón del Valle-Inclán y el pintor Romero de Torres, y el escultor Julio Antonio, y el poeta Enrique de Mesa, y tantos otros nombres prestigiosos. Se celebró el acto el 28 de junio. El dueño del establecimiento, un tanto desconcertado por aquel banquete que no era de los usuales, dispuso la mesa en un rincón, por miedo a que los clientes habituales no se sintiesen a gusto. A Valle-Inclán le irritó aquello.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¡Colócanos en el mejor sitio! ¿Es que no sabes quiénes somos? ¿Es que no sabes quién es este hombre...? Y hubo, efectivamente, que desalojar a los que ya estaban sentados ante algunas mesas mejor colocadas. Se celebró el banquete.—J. M. ALONSO

De aquel Juan Belmonte al don Juan Belmonte de hoy, ¿cuántos años y cuántas cosas han pasado...!





Joselito, adornándose después de torear a un toro en el campo, cosa por la que sentía gran afición

JOSELITO

(Continuación del Capítulo VI)

GUERRITA se llevaba la mano al pecho para estirar el brazo y ponerlo por delante, y Joselito llevaba la mano alta, para herir de arriba a abajo, a tenazón. Pero los dos mataban pronto y eran dos matadores seguros, y basta tener la curiosidad y la paciencia de buscar las resacas de la época para comprobarlo por todos los toros que mataron de una sola estocada. En cuanto a la perfección del estilo, eso... es otra cosa, y ya repetiré más adelante lo que el propio Joselito me dijo acerca de la suerte suprema. Por ahora aquí acaba la digresión y vuelvo al principio.

A raíz de la segunda corrida de Joselito en Madrid —tercera contando con la interrumpida por el mal tiempo—, Ricardo Torres Bombita, entonces en el pináculo de su ascensión, rectificó para *A B C* unas declaraciones que el reportero no había reproducido antes exactamente:

«Lo único que yo he dicho es que es muchacho, si ahora, al empezar, no tiene un perance serio, será una de las grandes figuras que, como Montes, Lagartijo y Guerrita, no aparecen sino cada treinta años.»

La cuadrilla de Niños Sevillanos contrató, sólo en el mes de julio, las siguientes corridas: el 14 en Barcelona, el 16 en Cádiz, el 18 en Pílas (provincia de Sevilla), el 21 en el Puerto de Santa María, en Sevilla los días 25 y 26, en Madrid el 28 y en Valencia el 29. La fama de los matadores corría como la pólvora; pero los estampidos de Joselito eran los más ruidosos. El día de la segunda corrida en Sevilla, según pintoresca noticia de un diario local, se registraron entre los empujados en el Monte de Piedad y las casas de préstamos más de ochocientos relojes. Todo por ver a Joselito, que no se podía negar que era un torero que daba la hora. Aquella tarde resultó cogido Limeño y José tuvo que despachar los toros segundo, cuarto, quinto y sexto, saliendo a ovación estruendosa por cada uno. Pormenores: un pinchazo y una buena estocada al segundo; un pinchazo y un volapié inmenso al cuarto; en el quinto, faena primorosa en la que es cogido por el vientre y se levanta sin mirarse para dar una gran estocada hasta la bola, y en el sexto repite con floridos variantes la faena anterior y cobra otra gran estocada. Bien había opinado «Dulzuras»: «Más matador de lo que nos habían dichos.» Y tanto! De la Plaza de Sevilla lo sacan en hombros y dicen y no acaban del peón, del banderillero, del estoqueador y del artista. El corresponsal de *A B C* telegrafía:

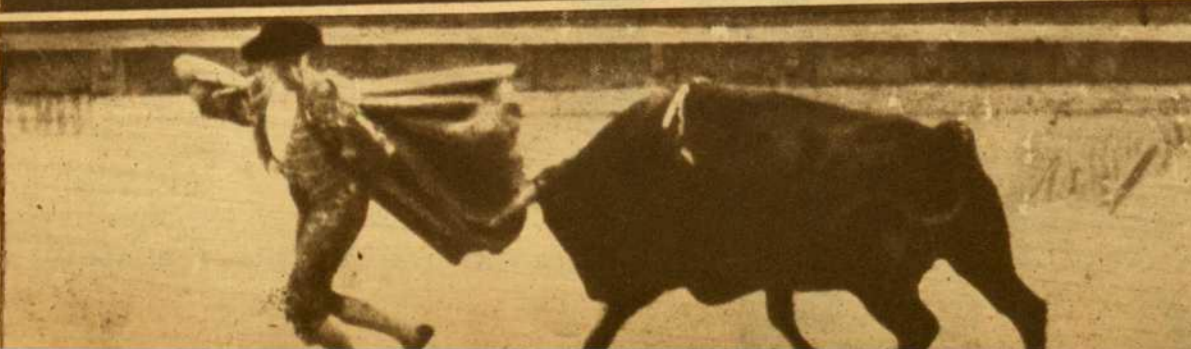
«No se recuerda mayor entusiasmo en Sevilla. Los viejos aficionados comparan la figura de Gallito como torero con las más grandes de la tauromaquia.»

El 28 de julio reaparece en Madrid con una corrida de ocho toros, mano a mano con Limeño, y su triunfo es inenarrable. *A B C*, en el número del 1.º de agosto, le dedica fuera de la sección taurina un artículo titulado «La figura del día». El 4 de agosto se encierran los muchachos con seis Miuras y José mata el último recibiendo. «Dulzuras» echa otra vez las campanas al vuelo y escribe un artículo analizando la perfección con que el mocito ha ejecutado la suerte.

«Superior a todo elogio en el sexto toro», dice el crítico.

Durante el mes de agosto cambia Joselito de compañero —está toreando siempre mano a mano y sale a tres toros o más cada tarde— por enfermedad de Limeño, y se encierra algunas veces con Francisco Posadas, también muy buen torero. El de Gelves puede con to-

El clásico galleo de Joselito, en el que el genial artista, al ejecutarlo, dejaba el sello de su gracia y su sabiduría



Otra de las pasiones del singular torero eran las faenas de lenta y derribo de reses. Aquí aparece dispuesto —garrocha al hombro— para tocar parte activa en las faenas

dos. El 22 de aquel mes, si no andan equivocados mis informes, se produce un hecho importantísimo y trascendental para la historia de la tauromaquia. Joselito se encuentra en Cádiz con Belmonte y lidian y matan los dos seis toros de Miura. El calificativo de fenómeno que pronunció por primera vez «Don Modesto» repite ahora, y para oponerlo al fenómeno de Gelves, llaman el fenómeno de Triana a Juan Belmonte. Belmonte torea más cerca y más despacio que ha toreado nadie hasta entonces y asusta al público y a los toros. Pero de la revista de aquel día sale el siguiente resultado: Belmonte, en tres toros, se gana palmas en uno y sendas ovaciones en los otros dos; a Gallito le aplauden mucho en uno y le conceden las orejas de los otros dos enemigos. El público, enardecido, dividido en dos bandos, ordena ya la competencia, y se lleva en hombros de la Plaza las dos estatuas de oro que refulgen en la luz moribunda del crepúsculo. Un bando, el que lleva a José, lleva la sabiduría; el otro, el de Juan, lleva la emoción.

Restablecido el Limeño, vuelve Joselito a formar pareja con él, y obtienen nuevos triunfos y se empuja a hablar de la alternativa de ambos.

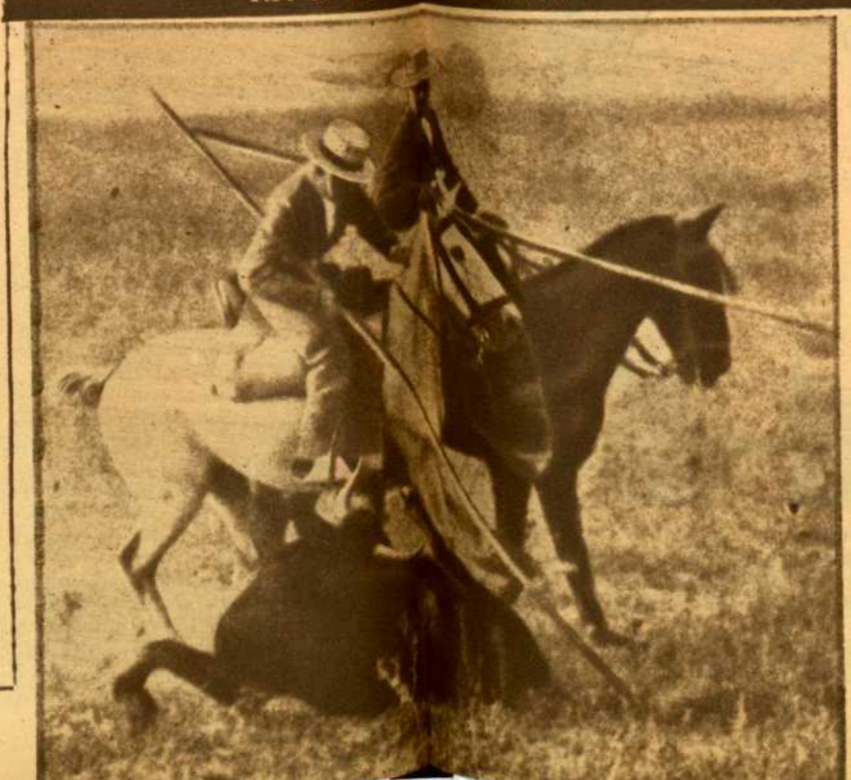
El 1.º de septiembre de 1912 se viste Joselito en Bilbao para torear su última novillada. No puede torearla: el primer toro, al salir, le alcanza al borde de la barrera y sin darle tiempo a saltarla le engancha por el muslo izquierdo. Es el verdadero bautismo de sangre. Aquello no son ni los hocicazos

de la perra «Diana», ni el testarazo de la becerra que apodaron la Gallita, ni el corte casual producido por el estoque al descabellar su primer novillo en Madrid. Se trata de una cornada de verdad, ocho centímetros profunda, en el muslo izquierdo, y Joselito pide que le trasladen a Madrid para que se encargue de su curación su amigo el doctor don Agustín Mascarell y decide tomar la alternativa en cuanto abandone el lecho. Esto es, no vestirse de luces sino para recibir la suprema investidura, después de ir a Sevilla a repomeros y adiestrarse de nuevo en el cortijo «La Marmoleja», propiedad de los señores Moreno Santamaría. La primera cornada no consiguió abatir sus ánimos ni torcer su voluntad.

Apenas se habló de la alternativa, los augures avinagraron el gesto, opinando que acaso era demasiado pronto. El propio «Don Modesto», tan decidido partidario del «gitanillo» —y no se lo volvió a llamar!—, empezó a poner reparos, como si le pareciera mentira todo lo que había visto ya con sus ojos, y hasta «Dulzuras», olvidado de la perfección, que él mismo ensalzó, con que Joselito había ejecutado la suerte de

recibir, vaciló influido por el temor que le inspiraba la corta edad del neófito. Pero se impusieron los hechos, se impuso el Destino, se impuso sobre todo la voluntad de aquel muchachito, tímido, dulce y callado en la vida social, pero hombre de cuerpo entero y de una energía indomable en las Plazas de toros. Dió su examen José el 28 de septiembre en la

Joselito, garrochista, en plena acción. Después de la carrera tras la vaca, el torero de Gelves la derribado la res



Otra foto del mismo día en la que Joselito, después de torear de muleta, toca los pitones de la res

Apuntes para una biografía

Por FELIPE SASSONE

Plaza de Sevilla, siendo presidente del Jurado su hermano Rafael, y vino por la reválida a Madrid el 1.º de octubre y obtuvo el calificativo de notable las dos veces.

Vino sin Belmonte y no tenía entonces otro rival posible. Y ahora cabe preguntar: ¿Cómo toreaba Joselito antes de Belmonte? ¿Cómo toreó después? ¿Cómo se fundieron en lo posible las dos maneras maravillosas, sin que ninguno de los dos perdiese su personalidad?

VII

Inmediatamente después de la primera novillada de Joselito en Madrid, escribió «Don Pío»: «Ha resucitado Lagartijo.»

¿Escogía deliberadamente Alejandro Pérez Lugín el nombre del gran torero de Córdoba para compararlo al nuevo ídolo que surgía en su admiración? ¿Evocaba a Lagartijo sin más propósito que traer a cuento un maestro famoso en tauromaquia, una de las cumbres más altas, para expresar de un modo vago, sin concretar las razones del simil, su entusiasmo por el torero bisoño, y así escribía lo primero que le dictó la memoria, como pudo escribir los nombres de Frascuelo o Mazzantini, a los que en nada se parecía Joselito? Casual o premeditado el recuerdo, el nombre de Lagartijo no era mal hallazgo, pues que aparecía con un fundamento seguro y con un claro sentido, aunque el evocador no hubiera pensado en él. No, desde luego, por ninguna semejanza física, que mal hubieran podido admitirla, no ya los que habían conocido personalmente al *Califa* cordobés, pero ni siquiera los aficionados más modernos, que se lo sabían de oídas o de lecturas, por las narraciones elogiosas de toreros viejos y por los retratos literarios y los estudios críticos de pangiristas fervorosos y de censores comedidos, como Mariano de Cavia, el gran «Sobaquillo», y don Antonio Peña y Goñi, fracasulista entusiasta que no por eso se atrevía a negar las excelencias de su contrario. Nadie recordaba entonces y nadie evoca hoy en un aspecto juvenil la figura de Lagartijo. La idea que tenemos de él se asocia a la visión de un hombre ya muy maduro, prematuramente encaucado, derecho aun, pero muy reposado, y armonioso en sus movimientos, como lo era en todas las proporciones de su cuerpo. Yo que nunca le vi torear, salvo poner banderillas en una becerrada de convite en el último año de su vida, ya sin traje de luces, veo ahora mismo, con los ojos de la imaginación y de la memoria, a un hombre gris, enteramente gris, por el cabello, por el tono de la tez, por el color del traje, que tocado con un ancho sombrero, hendida por en medio la copa, y llevando —recuerdo exactamente este pormenor— desabrochados los tres primeros botones del chaleco, avanzaba con los brazos abiertos hacia un becerro, con un paso lento y firme, que daba una sensación de majestad serena sin agilidad ni alegría. No; no se le pareció en nada aquel mocito de Gelves, casi imberbe, con el pelo como la eudrina, corto el talle, alta la cintura, largas y estevadas las piernas de caballista, ágil, elástico y fuerte. Por consiguiente, ni aun en la manera de torear podían parcerse. Si era verdad que un sentido musical había predominado en sus dos estilos, el toreo de Lagartijo era por *andantes* y *adagios* y el de Joselito por *allegros*. En las actitudes toreras de Lagartijo había en el reposo una suma de movimientos que se aquietaba en la postura final; en las del toreo de Joselito un principio, una iniciación, una como promesa y posibilidad segura de agilidad y de vuelo, y si atendiendo a la plástica del arte de los dos se buscaba para la comparación una estatua clásica, Lagartijo, en su famosa larga, a la altura del hombro el brazo izquierdo, recordaba el *David* de Miguel Ángel, y Joselito, en flexión las piernas, en el pase por bajo con ambas manos, que era el resorte más seguro de su dominación, nos llevaba a pensar en el *Discóbolo* griego.

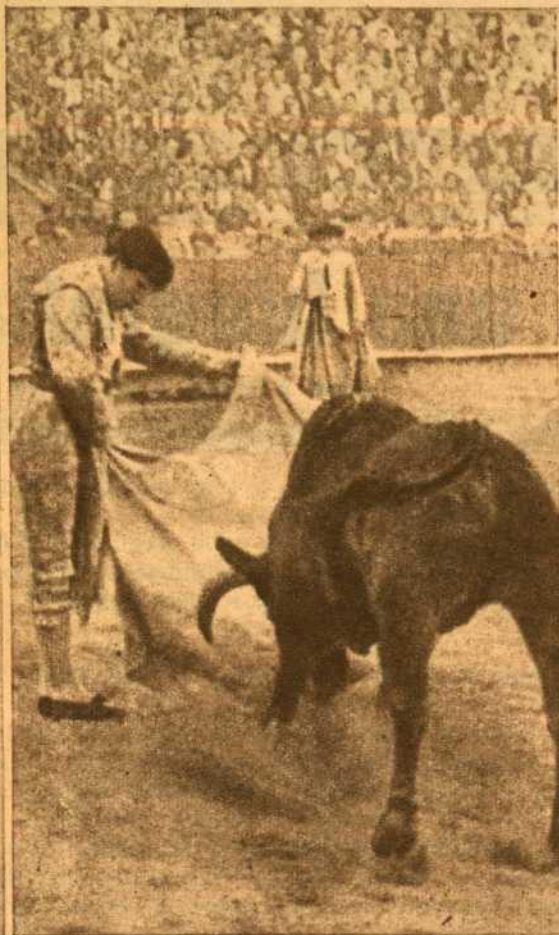
(Continuado)

Todos los críticos coinciden en que Joselito no era un buen matador y, sin embargo, esta estocada está colocada donde mandan los cánones

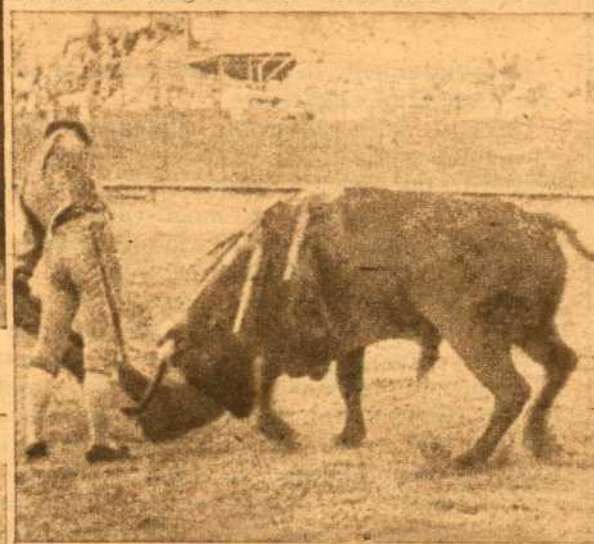


NOVILLOS EN BARCELONA

GUERRA, RAFAEL LLORENTE Y COBALEDA



El mejicano Guerra, toreando de muleta en la faena de su segundo toro en la misma novillada



Rafael Llorente, toreando al natural, en la faena del novillo del que consiguió un gran triunfo



Rafael Llorente, después de su gran triunfo, recorriendo el ruedo con las orejas de su novillo



Cris
LA PAJARITA

DELICIOSAMENTE FINO



El novillero salmantino Cobaleda, en un momento de su faena de muleta en la novillada del pasado jueves en Barcelona (Fots. Valls)

MADRID - SEVILLA

ARRUZA LLEGA AL AERODROMO DE SAN PABLO



Carlos Arruza, descendiendo del avión en el aeródromo de San Pablo, de Sevilla



Carlos Arruza abraza al diestro peruano Montani, a su llegada a Sevilla



El popular diestro mejicano abandona el aeropuerto, acompañado del ganadero don Felipe Bartolomé y de nuestro representante en Sevilla, Raimundo Blanco (Fot. Arenas)

ANTE UN GRABADO DE GUSTAVO DORE

ROMANCILLO EN ELOGIO DE LA SUERTE DE VARAS

Por J. E. CASARIEGO

Picador que citas
con tu larga vara
al nervioso toro
que feroz escarba
con pezuña negra
la arena dorada,
¡qué titán tu brazo,
que la fiera para!

Picador macizo
que apenas cabalgas
sobre rocín flácido
con hueso en las ancas,
y que lo defiendes
de las arrancadas
de la fatal fuerza
del toro de España.

Con la pica enhiesta
cuando al toro clavas,
¡no hay cincel que copie
tu soberbia talla,
única escultura
con sangre y con alma!

Emoción y arte
—¡oh, suerte de varas,
que traes a los ruedos
campestres estampas!—
dehesas de olivos
con bestias hispanas
y con garrochistas
y lances de lanzas.

Todo el romancero
de las castellanas
letras, en ti vive,
y tiene tu traza
un sabor arcaico
de justas y cañas.

Si el caballo muere,
¿qué muerte le alcanza
más hermosa que ésa?
¿Morir en matanza
como un cerdo vil,
o en oscura cuadra
de vejez y palos?

No hay muerte más alta
para un rocinante,
que en esa batalla
del hombre y el toro,
con oles y palmas,
radiante la tarde
bajo el sol de España.

¿Qué importa que digan
que la suerte es bárbara
y los sensibleros
en su contra vayan?

La sangre es fecunda,
da fibra a la raza,
hace gentes duras,
hace gentes bravas...
¡Y es tan bella sobre
la arena dorada!

... ..
¿Qué importa que digan
que la suerte es bárbara?



—El picador Calderón, del tiempo de Isabel II, a la salida de la Plaza de Toros de Madrid
(Apunte de Gustavo Doré)

EL ARTE y los toros

Por

MARIANO S. DE PALACIOS

A lo largo de toda la pintura española de los últimos siglos, observamos cómo el tema taurino es preferentemente abordado por los más esclarecidos pintores. Raro es el que no sintió el ansia de trasladar al lienzo un retazo de la fiesta o, indirectamente, lo que se deriva de ella. La faena vistosa, el lance, el quite oportuno y salvador, la cogida aparatosa y violenta, el patio de caballos, la tiente, el apartado, cuanto recoja la vida activa de los toros, cuando no el retrato, el cartel, la fiesta de tronío presidida por el torero después de la corrida y en la que el ambiente se sienta a través de una nota popular, típicamente castiza. Porque el tema en sí es tan español, lo sentimos tan dentro de nosotros todos, que nadie deja de admirar con gusto, doctos y profanos, profesionales o admiradores de la fiesta, esos cuadros que nos hablan de las corridas de toros o de los que en ella toman parte.

Porque el tema, ya se ha dicho, es netamente español, porque palpita en él una emoción y porque cuando no colorístico, es enormemente decorativo. Tan decorativo, que la elegante vistosidad del traje de torero deslumbró a no pocos pintores que buscaron «al torero», aunque el torero en sí no existiera y hubiera que vestir a un modelo cualquiera con la clásica, bella y rica chaquetilla de bordados y alamares. ¿Cuántos retratos no hemos visto sin más pie que el lacónico de «Torero»? ¿Cuántas veces no hemos visto al diestro o al banderillero desconocido, solo o formando grupo con unas supuestas majas?

••

Manuel de Azpiroz ha sentido de antiguo la atracción del tema y sin abordarlo abiertamente, ha llevado al lienzo esos retratos en los que el modelo viste el traje de luces, recordándonos cómo nuestra pintura está perfectamente fusionada, ensamblada con nuestras costumbres, nuestro temperamento y nuestras emociones.

En «Torero», Manuel de



Otro cuadro de Azpiroz es este que titula «Mujer con mantilla», cuyo rostro parece lo mismo de Granada que de Córdoba, Sevilla...

Azpiroz nos ha querido ofrecer un bello retrato, pero un retrato en el que el fondo guarda analogía con el retratado. Un fondo que nos habla de la Andalucía cuna del toreo, un fondo en el que se destaca la figura ante una Plaza de cortijo o de pueblo donde los burladeros parecen ser sólo defensa de reses cuya bravura aun no ha llegado a su fase precisa para ser toreada en ruedo. Fondo en el que un cielo claro de nubes nos hace pensar en las calenturientas tardes soleadas del campo sevillano, en el que nacieron y se formaron no pocos toreros de ilustre abolengo.

••

En «Mujer con mantilla», Azpiroz nos brinda una figura enormemente atractiva de mujer. Viste falda negra y cubre su cuerpo la bordada chaquetilla toreril que destaca su rostro moreno y gitano, en el que unos ojos negros, tristes y soñadores, parecen llevar impregnados el sello característico de una raza que desapareció un día de los alrededores de la Alhambra, de la Mezquita o del Alcázar. Que en todos los sitios parece que la hemos visto.

Los toreros en la pintura de Manuel de Azpiroz

«Torero», titula Manuel Azpiroz este cuadro, cuyo fondo andaluz guarda analogía con el retratado



En Granada, Córdoba y Sevilla... El cielo gris y plomizo parece que pone también su sello melancólico en esas tristes brumas del pensamiento ignorado de esa mujer.

¿Retrato? ¿Pintura decorativa? Para el artista, acaso lo primero; para nosotros, contempladores satisfechos de su obra, acaso lo último. No nos importa quiénes son y por qué los retrata el pintor. Nos halaga ver, eso sí, cómo el tema cunde y prospera, se propaga y extiende y cómo los artistas buscan en el traje vistosísimo del torero el motivo de sus obras que vienen a engrosar el catálogo artístico y cuantioso de la pintura sobre tema taurino.

Vuelven los temas taurinos a los pinceles de nuestros pintores.

Ahora ha sido Azpiroz el que hace palpitar un mundo colorista y emocional en sus lienzos. Es la exposición de un tema nunca viejo, aunque sea eterno.

Aficionados de categoría y con solera

El conde de Heredia Spínola

siguió durante temporadas enteras a GUERRITA y a JOSELITO

Sus recuerdos taurinos y aquel capote de paseo por un brindis



HOY podemos decir que celebramos en esta página una gran gala extraordinaria, porque aparece en ella el conde de Heredia Spínola, cuya inteligencia de aficionado habrá pocos que igualen, cuya experiencia de espectador no hay, desde luego, quien supere y cuya rancia solera taurina le dan la más excepcional categoría para opinar sobre toros y toreros de ayer y de hoy. No hay actualmente en España quien haya presenciado más corridas de toros que este noble caballero, que si por la edad ha llegado a la vejez, por su fuerte apariencia física y por su espíritu despejado está en la me-

como en un palquito. Después, por las desapariciones de unos y otros, tan buenos amigos y tan queridos, acabé por tener yo las cinco localidades. Este mismo abono, que ahora es de cuatro entradas, es el que tengo en las Ventas, si bien el balconcillo ya no es como antes, aunque sigue siendo una buena localidad.

—¿Quiere usted que hablemos de su amistad con Guerrita y Joselito?

—Nada más agradable para mí que evocar estas dos figuras gigantes del toreo. A Guerrita, de quien conservaba muchos recuerdos, la mayor parte de los cuales me desaparecieron en la guerra, le seguía todas las temporadas. Un año toreó setenta corridas, y las setenta fueron presenciadas por mí. Naturalmente, los medios de locomoción entonces eran mucho más incómodos que los de ahora. Entre esas setenta corridas están las tres que toreé en un mismo día, dos por la mañana y una por la tarde, hazaña que no ha sido igualada. Joselito tenía la ilusión de hacerlo como tenía la de torear una corrida de seis toros él solo, sin más ayuda que la de su peón de confianza, Blanquet. La muerte malogró estos deseos de José.

—¿Y admiraba José a Guerrita?

—Mucho, a pesar de que no pudo alcanzar a verle en las Plazas. Joselito admiraba a Guerrita a través de la leyenda, de la lectura y de las cosas que le contaban de él. Lo admiraba tanto, que puso su mayor empeño en verle torear, y yo, que era amigo de los dos, me encargué de hacer la gestión, procurando hacerlo con mucho tacto, por aquel carácter que tenía el Guerra tan suyo. Tuve éxito, pues accedió a mi insinuación, y sólo puso como condición que fuera la menor gente posible. Decidimos celebrar la fiesta en la finca de su hermano Antonio. De Madrid salimos hasta doce personas, entre ellas Núñez de Prado y Pepe Caro, y otras tantas fueron de Córdoba. Ante público tan reducido torearon los dos colosos y jugaron con las banderillas e hicieron toda clase de suertes, dejándonos a todos encantados. La impresión que sacaron el uno del otro fué bonísima, tanto en el aspecto personal como en el artístico.

—¿Guarda usted también recuerdos de Joselito?

—Tenía la taleguilla con el agujero de la cornada mortal de Talavera; pero me la quitaron durante el Madrid rojo. La cornada era tan certera, que el agujero parecía estar cortado con tijeras. Guardaba otras muchas cosas de él: trajes, capotes, monteras... Joselito me dijo en una ocasión que me iba a brindar un toro en Madrid. Ya antes me había brindado otro en Bilbao. Pero añadió que no sería en un día determinado, sino cuando le saliera un toro a su gusto. Para corresponder a este brindis, le encargué a Uriarte un capote de paseo. Por ciento que la seda la traje mi esposa de París. Todas las tardes en que toreaba Joselito en Madrid iba yo a la Plaza con un paquete conteniendo el capote, por si era en una de aquéllas cuando le salía el toro. Y todas las tardes me volvía a casa con el capote bajo el brazo, porque no había surgido la ocasión. Hasta que en una corrida en que se lidiaba ganadería de Saltillo, le salió lo que él quería. Me brindó el toro y dió una de las mejores tardes que le he visto en su vida. Le concedieron la oreja, galardón que no se otorgaba antes sino en contadas ocasiones.

—¿Y pudo usted, al fin, regalarle el capote?

—Sí, señor. Con el tiempo el capote volvió a mi poder. Después de la muerte de Joselito, Ima-



cio Sánchez Mejías vino a traérmelo a casa, rasgo que le agradecí profundamente. Este capote lo conservo todavía. También tenía disecada la cabeza del toro de Murube que me brindó en Bilbao, y del que cortó asimismo la oreja; pero, como tantas otras cosas, las ha perdido para siempre.

—¿Y quién fué mejor, Guerrita o Joselito?

—No sabría decirlo. Para mí, fueron los dos igualmente gigantes. Cada uno de ellos me pareció asombroso, como me parece asombroso lo que hace ahora Manolete. No se lo he visto hacer a ninguno. Creo que Joselito, de haberlo visto, lo hubiera hecho también...

—¿Y no cree usted que influye algo el toro de hoy?

—Le diré, le diré... El toro de hoy es algo más pequeño; pero yo estimo que con la misma facilidad se hace, y hasta se hace mejor, con el toro más grande.

Un criado ha traído, a indicación del conde, varios recuerdos de los que guarda. Entre ellos, la famosa oreja que cortó Joselito en Madrid el 15 de mayo de 1915. Hay una fotografía en la que aparecen la emperatriz Eugenia, Joselito, el revistero Don Pío, el señor Pickman y el conde de Heredia Spínola.

—La Emperatriz estaba en Sevilla y me dijo que le gustaría conocer a Joselito. Esta fotografía recoge el momento en que yo le presenté el diestro a la augusta dama.

Ahora me muestra un pequeño capote de paseo.

—Este es mío. Me lo regaló, cuando yo era un chiquillo, Currito, el hijo de Cúchares. Cúchares, siempre que venía a Madrid iba a visitar a mis padres, y Currito siguió esta amistad, y un día me trajo este capotillo, que, gracias a Dios, he podido conservar y que tengo en gran estima. A Joselito también le acompañé mucho por todas las Plazas. Una temporada firmó ciento atores corridas, y sólo perdió ocho o diez por enfermedad. Yo le vi en este año en ciento seis corridas. Ahora ya no viaja tanto, pero veo muchas a Manolete. Estoy dudando en si ir o no a Valencia. Si no voy, será el primer año que falta a la feria. Por cierto que en Valencia terminaba casi siempre la temporada Joselito. Se cerraba con seis toros. Y en una ocasión mató los seis, y el sobrero, de propina...

Y aun sigue hablándonos el conde de muchas cosas: de la cogida del Bebé, que era banderillero de Frascuelo, cuando Guerrita lo era de Lagartijo; al dar un quibro de rodillas, le cogió el toro y le tuvieron que amputar la pierna, con lo que se malogró un gran torero. Me habla de aquellas suertes que ya no se practican, y que él vió muchas veces: de las banderillas en silla, del salto a la garrocha...

Y el conde sigue desarrollando los recuerdos: un verdadero museo que la guerra detrozó.

—El primer torero que vi yo fué Frascuelo. El se iba a ir ya de los toros, a los que yo empecé a asistir siendo muy pequeño, razón por la cual le vi poco y no podría dar un juicio completo sobre él. Si recuerdo que era muy valiente y muy buen matador. También vi a Carancho, que ponía muy bien las banderillas al quiebro, pero al verdadero quiebro, porque usted sabe que ahora se habla lo mismo del quiebro que del cambio, y, sin embargo, son dos cosas distintas. Otro gran banderillero era el hermano de Mazzantini, y un peón muy bueno, Juan Molina, el hermano de Lagartijo. Recientemente, Rafaelillo era también un peón completísimo. No sé qué ha sido de él. Creo que anda por América.

—Lagartijo dicen que era también un banderillero de los buenos.

—¿Ya lo creo! Extraordinario. Con las banderillas era el más elegante. En Madrid le salió una vez una corrida malísima, muy mansa. Cuatro toros fueron condenados al fuego; pero, a pesar de todo, los quiso él banderillar, y al último le puso tres pares asombrosos. Fué todo un gesto de pundonor y de amor propio. Mucho amor propio tenía también El Espartaco, valiente hasta la temeridad. Lo mejor que le vi yo a este muchacho...

—Un muchacho que hoy tendría su edad.

—No tanto, no tanto. Lo mejor, digo, fué una faena en Madrid, a un miura "clorao". Estaba lloviendo, e hizo toda su actuación, brillantísima, en un charco de agua.

—¿Cuántos años lleva usted de abonado en Madrid?

—Cincuenta y uno. En la otra Plaza teníamos un balconcillo, que era una localidad estupenda, de cinco asientos. Los ocupábamos Núñez de Prado, Antonio Canbero, el marqués de Guadalest, el de Beldaña y yo. Estábamos

A PRIMEROS DE AGOSTO, MANOLETE VOLVERA A LOS RUEDOS



En la casa donde hace vida de reposo, mientras espera a que le quiten la escayola, Manoleta habla con nuestro colaborador Julio Fuertes

Con el famoso diestro cordobés, mientras espera su curación en Las Rozas

Llevado al cordobés en su coche, desde Alicante a la capital, recibió en la corrida de Segovia tan tremenda paliza, que, sin duda, influyó para que al siguiente le calase un toro en la arena de Burgos.

Cábalas a la inversa. ¿Qué de la corrida de la Prensa? ¿Qué de los «sanfermines»? ¿Qué de la pletórica y barroca feria valenciana?... ¿Quién sustituirá a Manoleta? ¿Quién a Arruza? ¿Se darán las mismas corridas? ¿Se rebajarán los precios?... «Yo ya no voy a Pamplona...» «Ni yo»... «Ni yo»...

¿Pero qué afición es ésta?, nos preguntamos confusos. La misma de siempre: la apasionada afición a la fiesta nacional, nos respondemos convencidos.

Y el tema obligado de las conversaciones taurinas giraba en torno a tales inquietudes. Para unos, todo era que Manoleta no quería torear

Un viaje que le pudo costar la vida El "truco" de la espadita de madera

Por JULIO FUERTES

Luis Cueto y nuestro camarada Contreras, que iba a obtener las pruebas gráficas de la entrevista.

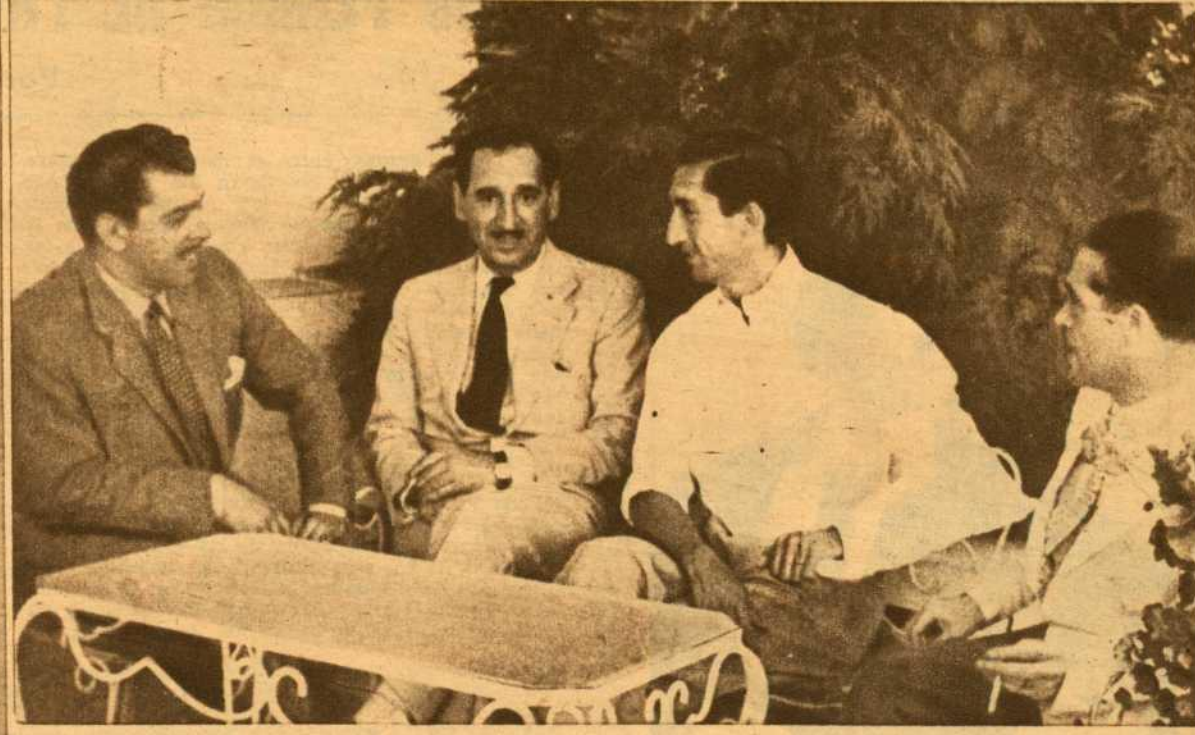
¿Qué le pasa a Manoleta?

Un viaje peligroso

Pues le pasa que no podrá torear hasta primeros de agosto; que le prueban el reposo y el aire serrano que respira en la quinta donde donde convalece, y que estuvo a punto —seamos castizos— de «diñarla» en el viaje de Alicante a Madrid.

¿Y cómo pudo ser eso por una fractura de clavícula, por muy triple que sea?

Vayamos por partes. El doctor Cueto fué el primero en explicárnoslo: «Bajo un trozo de clavícula, fracturado en pico de flauta —nos



Los doctores Cueto y López Durán, con Manoleta y Julio Fuertes, charlan en el jardín. La conversación camina sobre la vuelta a los ruedos

MARCHABA la temporada taurina a un tren impresionante. Sobre las corridas ya organizadas para el mes de julio llovían proyectos para otras tantas. Recónditas Plazas de Toros eran buscadas por empresarios más o menos duchos en la materia, con la esperanza de realizar pingües negocios a la sombra de una pareja de diestros. La afición, soliviantada, enardecida en polémicas, estaba dispuesta a movilizarse de uno a otro rincón de la Península. Los «istas», infatigables, querían encontrar argumentos para su postura. «El eje» que tanto preocupó a nuestro ilustre compañero Capdevila había surgido solo, espontáneo, ante los fallos más o menos arbitrarios, pero inapelables, del respetable público: Manoleta-



Manoleta explica a nuestro colaborador el porqué de esa espada de madera que siempre saca



Con el doctor López Durán, en el jardín de la casa de Las Rozas, el diestro cordobés cambia impresiones

Arruza, Arruza - Manoleta. Ni más. Ni menos. Cuestión resuelta para el presente, aunque en un futuro próximo —un año o dos, a lo sumo— las agitadas y turbulentas aguas vuelvan a su estricto cauce, el cauce de la verdad histórica, del juicio objetivo del tiempo.

Manoleta y Arruza, heridos

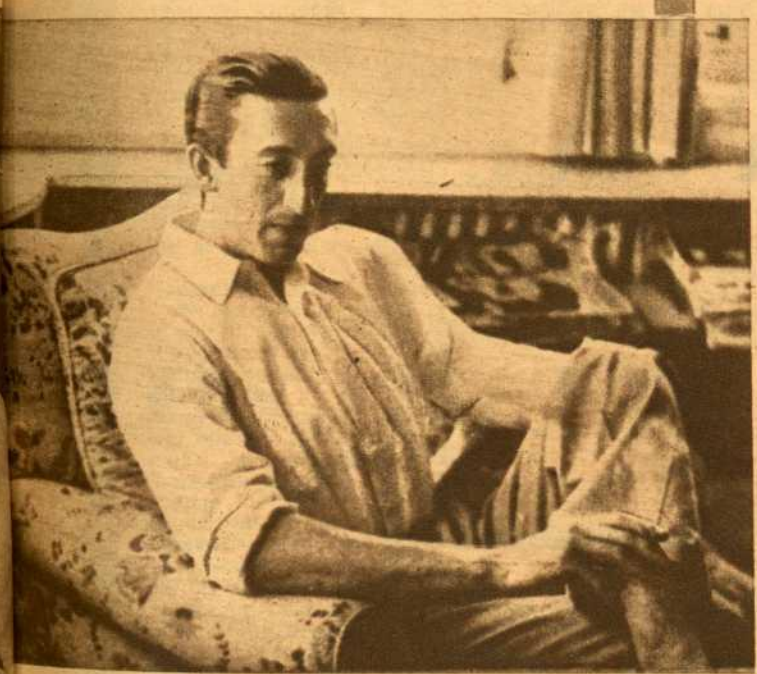
Pero el «eje» se hizo añicos en cuarenta y ocho horas. A las seis de la mañana del día 30 de junio Manoleta llegaba a Madrid, desde Alicante, con la fractura triple de la clavícula izquierda. El mismo día Arruza, que había

la corrida de la Prensa; para otros, era Arruza el que no quería torearla. Los partes facultativos pusieron término a la partidista polémica: Manoleta y Arruza, heridos graves. ¿Quién más? ¿Quién menos?...

No, no habían puesto punto a la polémica partes facultativos. «Aquí hay tongo», aseguraban algunos. «No, aquí», replicaban otros.

En un tendido casi se arma un tumulto. La cuestión fué zanjada por uno de esos aficionados imparciales, que dijo: «No se acaloren. El primero que salga toreando, menos grave. Uno u otro, si pierden alguna más que la famosa corrida de la Prensa, es por la pura fuerza. Esperen una semana.»

Nos acudí entonces el deseo de exponer la verdad en estas limpias páginas. Fuimos a ver a Manoleta. Ayer exactamente, con el doctor don Luis López Durán, su ayudante doctor don



Es larga espera hasta el 2 de agosto para volver a los ruedos, y por ello hay un aire triste en el cordobés

dijo—, palpita la arteria subclavia. Un bache o un frenazo podrían haber producido su ruptura, y la incoercible hemorragia habría causado la muerte rapidísima de Manoleta en el mismo viaje. ¡Y sin remedio!

Pero las manos hábiles de Arruza y de Pepe Bienvenida, alternativamente sobre el volante, evitaron la posible tragedia. Manoleta llegó al doctor López Durán, que le esperaba, en perfectas condiciones para ser sometido a sus mágicas manipulaciones. Una radiografía —o varias—, un aparato después, luego la escayola, y ahora la obligada espera para que los tres trozos de clavícula, perfectamente ajustados, se consoliden en una sola

pieza, como estaban antes de la caída.

Reluce la espadita de madera

Mientras el doctor López Durán y su ayudante hacen una visita, nosotros nos adelantamos para hablar con Manoleta. Contreras tiene ya preparada su máquina y el tema de la primera foto: Manoleta, delante de su contrafigura, de ese estilizado muñeco que es el propio Manoleta.

Y así lo hacemos. Manoleta está curtido de aire y de sol y algo más grueso, aunque no tanto como creyó Contreras contemplando su torso escayolado bajo la camisa de seda. Está también contento, pero se entristece cuando hablamos de las corridas que pierde en este mes que corre. ¡Veintiuna! (Las cuentas, háganlas ustedes, queridos lectores.)

Acertamos, en una de estas crisis melancólicas del diestro, a tocar un tema que le interesa y le divierte: «la espadita de madera». Ha llegado ya el doctor, y está presente cuando salta nuestra frase:



La risa de Manoleta no se prodiga. Sin embargo, aquí, el torero da un mentis a la leyenda. (Reportaje gráfico de Contreras)

—Vamos a ver, Manuel —tenemos idea de que le gusta que le llamen así—, ¿qué me dice de la espadita de madera?

Ríe abiertamente y nos extiende su mano derecha, diciendo:

—Toque aquí, en este hueso.

Y explica:

—Me lo rompí camino de Pamplona, el año pasado, en un vuelco de automóvil; me pusieron una escayolita y me recomendaron la más absoluta inactividad de la mano; pero como no me dolía riada, y yo estaba deseando torear, a los cinco días me la quité. Luego empecé a torear, como lo había hecho siempre, con el estoque; mas pronto me di cuenta de que el menor derrote del toro me arrancaba la muleta por falta de fuerza en este dedo, en el pulgar.

El doctor le coge la mano, la examina y dice:

—Le conviene mucho que este invierno le hagamos una radiografía, por si es necesario intervenir. De otro modo, no podrá recuperar la fuerza perdida. Esto no está bien.

Explicado ya científicamente el truco de la «espadita de madera», cambiamos la conversación.

—¿Es cierto que toreará el día 2 de agosto en Cádiz?

Mientras Manoleta sonríe afirmativamente, el doctor exclama asombrado:

—¿Cómo es eso? ¡Si yo no pienso quitarle la escayola antes de ese día!...

Un gesto de estupor y preocupación del cordobés surge tan acusado en este instante, que el médico agrega, conciliador:

—No precipitemos los acontecimientos. A lo mejor, si torea esa corrida; pero es imprescindible adquirir la certeza de que lo hace en buenas condiciones. Tenemos aún este mes por delante para observar.

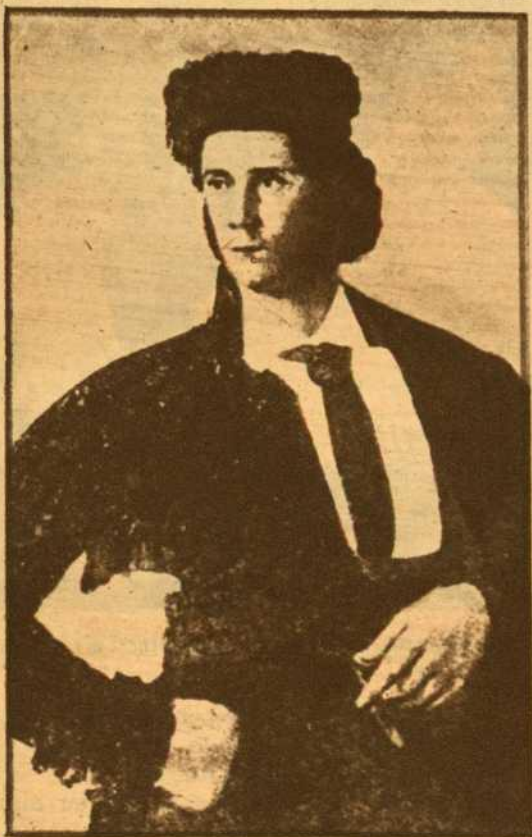
Contreras ya no puede tirar más placas, por falta de luz, y nos damos cuenta de que hemos de volver a Madrid. Ya en el coche comentamos: «Es una leyenda negra lo de la seriedad de Manoleta. Es afable, cariñoso y cordial. Es bueno... El doctor es estupendo. Se le ve que está ante un caso difícil de su especialidad, pero confiado en la robusta naturaleza del paciente.»

—No te quepa duda —dice Contreras con su inveterado optimismo—. A primeros de agosto, Manoleta en los ruedos.

Una corrida de toros en Madrid en mayo de 1838

TOREABA PAQUIRO Y HUBO PERROS DE PRESA Y MEDIA LUNA

Por ANTONIO MARTIN RUIZ



Francisco Montes, Paquiro o Paquillo, como también se le llamaba

El libro que nos ha sugerido el trabajo que encabezamos con estas líneas, fué escrito en francés y traducido al español hace unos quince años.

Lo escribió Carlos Dembowski que, siendo de apellido polaco, se confiesa de manera incidental italiano en uno de los capítulos de su obra.

Carlos Dembowski debía ser un incansable andariego, amigo de aventuras y ansioso de panoramas nuevos.

Anduvo por España y Portugal allá por los años 1838 a 1840, en plena guerra civil española, sufriendo incomodidades, sobresaltos y fatigas que él daba por muy bien empleados, porque a cambio de ellos podía estudiar de cerca costumbres y usos que le encantaban.

Sólo el relato de su entrada en España por Cenfranc, el 1 de febrero de 1838, bajo un fuerte temporal de nieve que hacía el camino incómodo y peligroso, da la medida del entusiasmo viajero de este hombre.

Dembowski, a medida que desarrollaba su programa turístico, iba escribiendo cartas a las señoras condesa de Borska, Viscontini y Mujelob; a los señores Merimée, de Stendhal; barones Trecehi y de Maraste.

En esta ocasión no nos interesa de lo que dejó escrito nada más que lo que dedicó a ilustrar a sus correspondientes de la impresión que le produjo el espectáculo taurino.

...

Hay una carta, dirigida a una dama y fechada en Madrid el 17 de mayo de 1838, en la que el hombre se vuelca dando explicaciones de la fiesta, muchas veces en forma distatinada, ya que, presumiendo de entendido, se mete en interpretaciones que no son para su calibre.

Esto lo dejaremos en donde está y mejor será que nadie lo muestre, y nos atendremos a aquellos detalles que recogió bien, sin meterse en andrónimas, hacer aspavientos o recargar en los dítirambos y en el colorido.

Habla al principio de la carta, de su entusiasmo por la fiesta y del aspecto de la calle de Alcalá en día de corrida, y como lo hace discretamente vamos a copiarle:

"En cuanto a mí, me vuelve loco estas fiestas; me guardo de faltar a ninguna; he comprado el "Tratado de Tauromaquia", de Montes; he trabado amistad con un torero, y mi puesto

está en las gradas, entre el manolo y la manola. Los extranjeros no dejan de clamar contra este espectáculo. Es, por su parte, sensible a filántropos, porque podéis apostar que los encontraréis todos los lunes, a las cuatro de la tarde, mezclados con la multitud alegre y bulliciosa que llena la larga calle de Alcalá, y que pronto habrá invadido la Plaza de Toros. Esos días, esta calle, presenta encantador aspecto. Nada más curioso de ver que todas esas ligeras calceas que llevan al gilepe muías todavía enjaezadas a la morisca y que los andaluces guían unas veces corriendo tras ellas a pie y otras sentados en las varas."

Resulta estrofañaria la descripción que hace después del encierro de los toros y de la indumentaria de los lidiadores, enumerando sus categorías.

De la Plaza dice: "Es circular, cubierta de arena finísima. Está separada de las gradas por una barrera de tablas a la altura de los hombros, sobre la cual se ha dispuesto todo alrededor, a la altura de las rodillas, un escalón sumamente estrecho, para que puedan saltar mejor los toreros. Doce mil

Y para final, reproduce así, la ejecución por Paquiro de la suerte suprema: "Por último, después de haberle estudiado bien, mediante fingidos ataques, se pone delante de él, adelantando el pie izquierdo, el puño del estoque a la altura de la oreja, la punta ligeramente inclinada, y siempre presentando la muleta. El toro vacila ante tanto atrevimiento. Montes aprovecha el momento, da un paso rápido y le hunde en la cruz el largo estoque, que abandona desdefiosamente en la herida volviéndose hacia el público."

¡Colosal! ¡Que viva el salero!

Para que el espectáculo presenciado por Dembowski sea completo, sale del chiquero un toro manso, y para el pobrecito animal hay perros, banderillas de fuego y media luna.

El viajero relata todas estas cosas con los rasgos más negros que pueden salir de su pluma. El sufrimiento del toro y el alboroto del público le ocupan un par de páginas, y es graciosa la advertencia que hace cuando le cuenta cómo el público, con grandes voces, pedía: "¡Perros, perros, perros!".

"Notad, señora —añade—, que aquí el pueblo manda de tal modo, como dueño, que como el difunto Fernando VII hubiera negado una vez la intervención de los perros que el pueblo pedía, la muchedumbre se amotinó a los gritos de "¡Fuera el rey; aquí no manda el rey!", y Fernando VII, por esta vez hubo de aguantar el mandato de la nación."

Verdad o fantasía, la anécdota es curiosa, y lo que es cierto también que la fiesta española era en aquellos tiempos harto cruel. No es extraño que Paquiro, el gran torero de Chiclana, discurriera, aunque por poco tiempo, de Pedro Romero en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, pusiera a contribución todo su talento y toda la inventiva de su arte para orientar la

fiesta por arroteros que la hicieran más amable, no sólo a los de fuera, sino también a los de dentro de casa.

Y de entonces ahora, por fortuna, se ha conseguido mucho en este sentido.



Cartel de la corrida celebrada en Madrid, a las diez de la mañana del 21 de septiembre de 1840. Torearon «mano a mano» Paquiro y Roque Miranda

espectadores ocupan los palcos y las gradas. En los primeros, están los nobles y la gente de buena posición, que siguen las modas francesas; en las gradas hay una agradable mezcla de manolas, manolos, viejos aficionados a la tauromaquia, ex voluntarios realistas, milicianos, serenos, aguadores; en fin, el verdadero pueblo español, con sus pasiones que enardece un calor de treinta grados."

Luego, valiéndose de un realismo recargado, en el que se habla mucho de tripas de caballo ensangrentadas y de horribles mugidos de rabia y de dolor, relata cómo los picadores cumplen su misión. En el mismo plan describe la suerte de banderillas.

...

Y llegamos al momento cumbre: la faena de Francisco Montes, Paquiro o Paquillo.

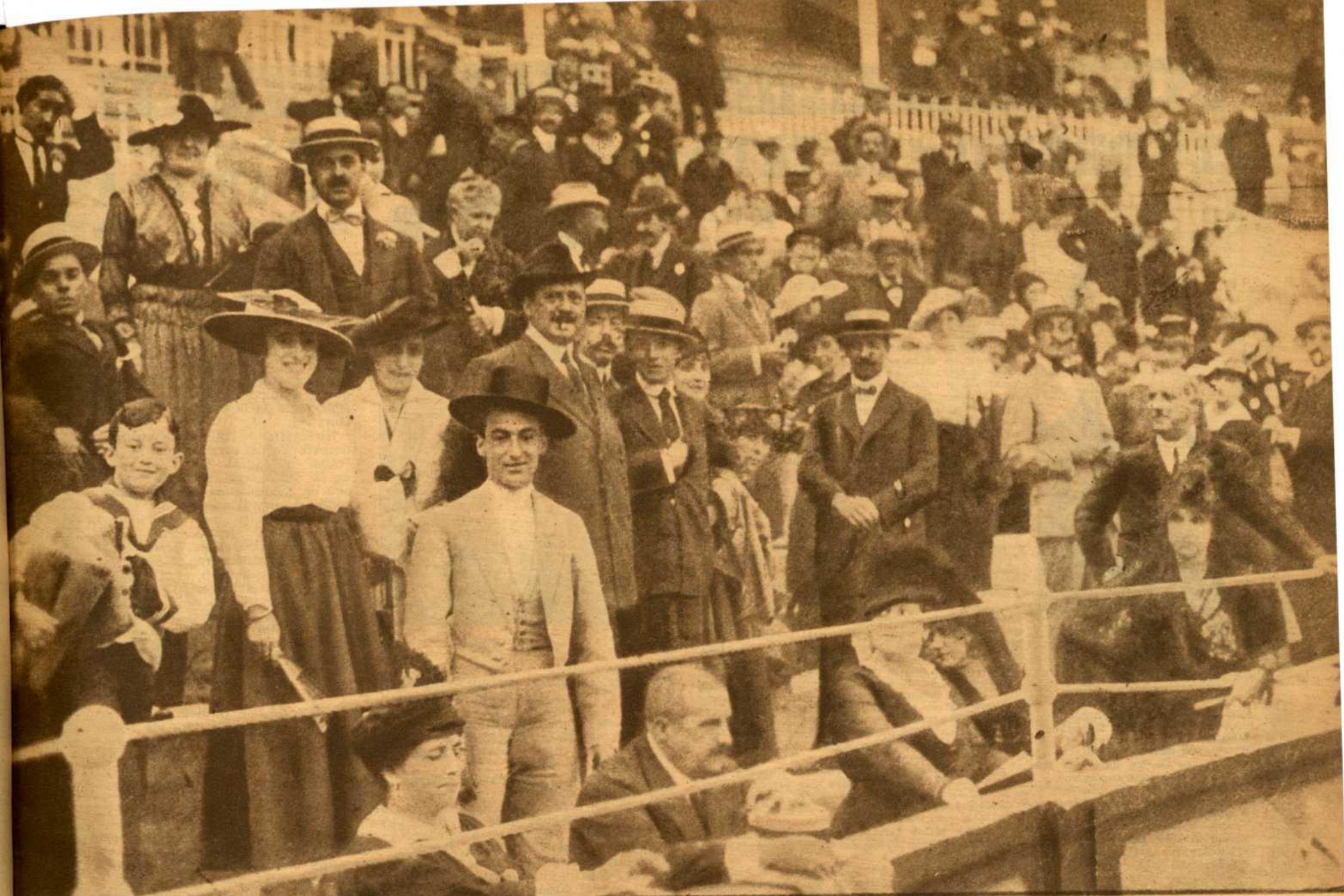
Dembowski, para comenzar el relato del episodio, se sale diciendo que el matador de Chiclana "pide permiso para dar su estocada, pronunciando la vieja fórmula: "Matar lindamente al toro, la vida peligrando y a la salud de vuestra excelencia". Lanza, haciendo una pirueta, su elegante gorro de majo, se arma con largo estoque de doble filo, coge en la mano izquierda una muleta encarnada y va a vérselas con el toro."

Ya se habrá dado cuenta el lector de lo peregrino de la fórmula del brindis, como peregrino es todo lo que se le ocurre para informar de cómo fué la faena de muleta.



VENTA EN FARMACIAS

(Autorizado por la Censura Sanitaria)



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LOS TOREEROS FUERA DEL RUEDO

MI primeras lecciones de tauromaquia las recibí en la Plaza de Zaragoza, en novilladas sin picadores, precedidas por la suelta de algunas vacas —entre ellas, la famosa Matea, que dió más revolcones que pelos tenía sobre la piel—. Tenía el padre de mi padre abonadas sus localidades junto al palco de los periodistas, con los cuales dialogaba muchas veces, y en especial con aquel famoso poeta festivo —buen amigo mío, andando el tiempo— y navitero Mefisto, que acaso escogió este seudónimo por la agudeza y altivez de sus bigotes mefistofélicos.

—Esto se va —decía mi abuelo, refiriéndose a la fiesta de toros—. Se va. No tiene solución. Cuando los astados son grandes, los toreros salen chicos, y para los toreros pequeños sueltan toros grandes. El ideal sería que toros y toreros estuvieran a la misma altura.

Se fué prematuramente del mundo, cuando aún me hacía mucha falta su asesoramiento para adentrarme por el laberinto de la fiesta. Entre los mejores recuerdos de aquella época guardo la formación de aquella famosa pareja baturra —Ballesteros-Herrerín—, dramáticamente acabada. Y la despedida del Chato de Zaragoza, con palitros de lujo. Y un éxito apoteósico de Rodolfo Gaona.

Era una época en que los toreros seguían siendo toreros fuera de la Plaza. Vestían traje corto y se tocaban con un cordobés. Balleteros, pálido, modesto siempre, se cubría con una gorrilla. Así le vi, por última vez, en el tendido de una Plaza, como espectador de una corrida en la que no podía tomar parte por hallarse convaleciente de una grave cogida.

Así vestían entonces los toreros. No llevaban, como ahora gafas negras. Y en esta observación no hay censura. Me limito a señalar el hecho de que hasta hace no muchos años los profesionales del toreo mantenían su condición en

todas partes, y bastaba verles con traje corto y mirarles al occipicio, a la coleta recogida hacia arriba, para saber que eran toreros. Y a ellos les gustaba que lo supieran los demás. Una acera de la calle de Sevilla, de ellos era. Y cuando se encontraba en un café frecuentado por ellos no había posibilidad de confundirlos con un ingeniero de Montes o un fabricante de tejidos.

José, el único, era torero fuera y dentro de la Plaza. La vieja foto que acompaña a estas líneas lo demuestra. Fue en la Plaza de San Sebastián. Un día en que Gallito tenía que ver lo que ocurría en el coso desde la barrera. Por cierto que se chaval, de "marinero", que aparece feliz a su lado, por retratarse junto al diestro famoso, es Arturo Serrano, el hoy empresario del Infanta Isabel. Detrás de él, y un poco más a la derecha, sus padres, Fabia y Arturo. Y muchos señores, con esos sombreros de paja que ahora quieren volver. Y unas señoras, con mantilla, en barreta. Y un señor francés, con cuello de pajarita y gorra de visera, que vino de Biarritz en un Panhard, con la dirección perpendicular al eje de transmisión, para ver la "course"...

Hojea un álbum de viejas fotografías produce efectos contradictorios. Es como si volviéramos a rejuvenecer a la vista de unas escenas olvidadas del pretérito más digno de recuerdo. Esta foto, por ejemplo, que evoca mis veranos de

chaval en San Sebastián y la alegría extraordinaria que me proporcionaba ir a los toros cuando los toreros se vestían de toreros fuera de la Plaza, cuando ya se hablaba de toros grandes y chicos, que casi nunca coincidían con los toreros chicos y grandes...



A PUNTA DE CAPOTE

EL GORDITO Y EL TATO

Por FEDERICO OLIVER



El Gordito

EN la calle Amor de Dios de Sevilla, y a la sauda de hondo pelo y largo zaguán, dos hombres se disputan: el que va por la acera y el que acaba de salir a la calle. ¿Quiénes son estos hombres? Estoy seguro de que si al lector curiosa los viera como yo los recuerdo, al punto reconocería al hombre que sale y al hombre que pasa. El nombre que ha salido de aquella casa, donde se respira bienestar y donde nada recuerda el ambiente de un torero, es el tipo corriente del bur que es maduro con el niño bien cubierto. Su torso, cuadrado y robusto, muestra una cara de ojos menudas y hundidos con destellos de un vago estrabismo. Y este incierto mirar, no desprecia de una viril austeridad, juntamente con la mandíbula prognata y el trazo del bigote, que subraya el conjunto facial, presta a su cara un no sé qué de dureza agresiva. Viste correctamente de chaqué, lleva brillante tiella, corbata de plastrón y toca su cabeza con un sombrero hongo o bombín, como en Sevilla se dice. Es este hombre en su espíritu tal como se nos aparece en su presencia? Posiblemente nuestras primeras impresiones no son justas. Si hemos de juzgar por el pelo que columbramos al fondo del zaguán de su casa, es un hombre pacífico, hogareño, de buen gusto. Y si hemos insistido un tanto en su huraña traza es para hacerla contrastar con la desvoída y humilde del hombre que tropieza con él al pasar por la acera, tipo clásico y limpio del hombre del pueblo andaluz, que aun en la ancianidad conserva la prestancia marchita de una hombría desdibujada en el tiempo. El sombrero de ala ancha, inclinado sobre las cejas, entredescubre un rastro de rayitas dolorosas que fué un tiempo delicia de damas encapetadas. Estos dos hombres, al parecer tan dispares, vistieron un día el traje luminoso del torero en la competencia más enemistada y ruda. Se han visto, se han reconocido y no se han hablado... El primero disimula su sorpresa con paso rítmico y seguro coil, adelante. El segundo sigue dirección contraria, respunteando la acera con el golpe seco de su pata de palo. Ya los habrás reconocido, lector: el uno se llama Antonio Camona, el Gordito, y el otro, Antonio Sánchez, el Tato.

Tristeza de los días que fueron! ¿Cómo los recuerda la mente de uno y otro hombre que así se encuentran y así se separan? Porque los días que fueron son los creadores de los días que son, y en lo actual nos llega el lair de lo pasado. ¿Qué sensaciones, qué sentimientos, qué memorias se levantan en el corazón de estos hombres al encontrarse por azar y repelerse por instinto?

Don Antonio Camona, caballero particular, siente una impresión desagradable, y no por el Tato, pobre viejo inválido, sino por la gran época del torero que representa el Tato, y que el Gordito quisiera olvidar...

¿Por qué? ¿Qué resentimientos con su profesión, con los públicos, con su historia, ocultaba este gran artista popular para que, llegado el instante de retirarse de los toros, cargase de sí, como si se sacase espinos del corazón, los recuerdos todos, materiales y espirituales, que pudieran recordarle que fué torero? ¿Y por qué su ruptura con lo pasado llega hasta el punto de dislocarse de otro hombre, el hombre de chaqué, bigote y bombín que vemos pasar por la calle Amor de Dios? Este misterio que envuelve la retirada del gran torero, autor de la famosa escuela sevillana y creador de la suerte de las banderillas al quibro, nunca se aclarará. ¿Es que Antonio Camona, antes de retirarse, prefirió el olvido de sí mismo al olvido de las multitudes? No se sabe; la huraña figura sigue calle arriba con su enigma a cuestas...

¿Y el Tato? ¿Cuál ha sido la reacción de este diestro sin ventura al tropezarse inopinadamente con su viejo rival? Así como Antonio Camona cierra herméticamente su espíritu a toda imagen de la vida pasada, Antonio Sánchez, por el contrario, a la vista de aquel hombre enmascarado de señor, abre todos los ventanos del alma al bando de dolores de sus nostalgias infinitas.

Se detiene, sacude de la faltriquera un bilillo —diez pitillos fuertes que valen una perra gorda—, enciende uno con yesca y eslabón, sigue con la vista a la silueta, que desaparece en lo hondo de la calle, camino de la Campana. Se apoya en un farol y medita...

Quince años como quince solas radiaciones pasan por su mente, quemándole y cegándole al pasar... Son los quince años de su vida fulgurante de lidiador. En ellos se ve —Apolo vestido de luces— en la gloria de los ruidos españoles. Asimismo se contempla vestido de mozo, deambulando por la calle de Alcalá o el salón del Prado. Y va a pie porque se sabe seguido, acorralado, por la admiración fervorosa de los hombres y las miradas, como besos, de las mujeres. Es el torero de moda, el ídolo. El pueblo le aclama. Próceres le buscan. Aristocráticas beldades le miran... ¡Y todo aquello tan fascinador, tan enloquecedor por su belleza embriagadora, se viene abajo un 7 de octubre con un estrépito sin fin!

¿Por qué al amputarle la pierna no le arrancaron la vida? ¡Mierda hubiera sido! ¡Con su pierna cortada entregaron al Tato! ¡El Tato está muerto! El hombre que la misma Muerte... Esto lo sabe el pobre de sus contemporáneos es mil veces más cadáver que fué «algo» y se sobrevive en el olvido glacial de un modo impreciso. Y al llegar a esta reflexión agradece al Cielo el único tesoro que le resta: el sueño. El Tato, cuando duerme, es un hombre dichoso... ¿Por qué? Porque en los años transcurridos, a partir de su desgracia, no ha soñado jamás que le amputaran la pierna... Siempre la ha sentido viva, palpitante y acorada. Ha torreado con ella (pero que nada más que un sueño); pero mientras lo soñaba le ha bastado al infeliz. Y hasta en el punto de sopor inconsciente en que se sale del sueño para entrar en la vigilia, se ha tocado el vacío de la pierna... ¡Tanto puede la ilusión!

Y ahora... Ahora el trauma del encuentro con el que fué más que su rival, su enemigo, clumbró su noche con los crudos luces de la realidad. Y se compara con él, atenido para no morir de hambre a un misero jornal en el Matadero... ¿Es la mordedura de la envidia la punzada que en lo íntimo le duele? No; su alma herida, no carente de viva dignidad en la miseria, rechaza ese innoble sentimiento... El es incapaz de envidiar al señor Camona... Pero inevitablemente se contempla en la extensión desértica de su ancianidad. Se ve tan pobre, tan solo, tan abandonado, que una enorme cólera ciega de sí mismo le sube de los traxas a los lagrimales... Aun sigue apoyado en el farol. Aun mira el equinazo por donde el otro ha desaparecido... Introduce la mano en la faja y saca de ella un puñado de hierbas... Lo toma por un extremo, y como nadie le mira, enfaja con él la humedad de sus ojos...



El Tato

OTROS TIEMPOS

COSAS DE EL GUERRA

Por el CONDE DE LEYVA



Rafael Guerra

FUE mi amigo. Había un viejo lazo que le ligaba a los de mi sangre. Un hermano de mi padre, don Tomás Conde y Luque, figura brillante y semilegendaria en la vida de Córdoba, se impuso a su padre para que le dejara torrear cuando era casi un niño, y le ayudó y le protegió en sus primeros escarceos taurinos. Cabe decir que le adivinó. Se grabó esto indeleblemente en la buena memoria de Guerrita.

No dejaba yo nunca de visitarle después de la corrida cuando torrea en Madrid. Y no hay idea de la ilusión con que entraba en aquella modestísima casa de huéspedes de la calle del León, ni de lo que halagaba mi vanidad de muchacho la afectuosa confianza con que me trataba el torero más grande de su tiempo. Me recibía siempre sonriendo, con la misma frase, que también me llenaba de satisfacción: "Te he visto."

Un día, al atardecer, le encontré en compañía del marqués de los Castellones, que no me conocía, pero que había sido compañero de la infancia y constante amigo de mi pa-

dre. Saludé al marqués respetuosamente con una inclinación de cabeza, y Guerrita, extrañado, exclamó:

—Pero, ¿no le conoce usted? ¡Si es el hijo de don Rafael!

Me abrazó el marqués efusivamente, y mirándome a la cara me dijo:

—¿Pues no te pareces a tu padre!

—No—dijo sentenciosamente Guerrita—. Este ha salido a la ganadería de la madre.

Tosco y andaluz cerradísimo en su lenguaje, era gráfica, viva y pintoresca su palabra.

En otra ocasión (un abril del 97 ó del 98) le acompañamos a Sevilla desde Córdoba unos cuantos amigos y nos hospedamos todos en un hotel, cuyo nombre no recuerdo, muy próximo a la calle de las Serpentes. Comimos por la noche con él y con su cuadrilla, en un comedor reservado, y tardaron un rato en servirnos. Eramos, entre toreros y aficionados, quince o veinte comensales. Entre los que recuerdo a Enrique Núñez del Prado y el duque de la Roca; y había encima de la gran mesa cinco o seis fruteros con naranjas, otras frutas y nueces. Se alzó de pronto energicamente la voz de Guerrita, cortando en seco todas las conversaciones:

—¡Que levanten los las manos!—dijo.

Declaro que, aunque imaginaba que la orden no rezaba conmigo, alcé maquinalmente las mías.

—Los que tengan nueces en el plato—siguió el Guerra—pagarán el café de los.

No había nueces más que en los platos del inolvidable picador Pegote y del famoso banderillero Mojino.

—A ver—añadió el Guerra—, vengan acá cinco duros de cá uno.

Reímos todos y pedimos clemencia; pero fué en vano.

—A mí m'han enseñado esto de pequeño en mi casa y yo tengo obligación de enseñárselo a ellos. Yo no tomaba nunca ni un bocao en la mesa de mis padres antes de que ellos empezaran a comer.

Salimos todos juntos, y ya en la calle de las Serpentes, donde nos escoltaba y envolvía una verdadera muchedumbre, ansiosa de contemplar de cerca a Guerrita, se acercó a mí el Mojino y me dijo estas palabras de indignada protesta:

—Al Guerra no le pule ni un carpintero. Cá día está más bruto.

Respiraba por la herida el banderillero, pero no era justo. La lección, aunque un poco rigurosa, no estaba mal dada. Tenía el gran torero un exacto y recto sentido de la disciplina y la autoridad. Dentro de su hogar, su figura se rodeaba de un patriarcal prestigio. Pocos meses antes de morir, en su último viaje a Madrid, me contaba detalles de su vida habitual. Al anochecer se reunían en su casa todos sus hijos y sus nietos.

—Te querrán mucho—le dije.

—Madoran—me contestó.

Se habló mucho de su vanidad, y se hizo célebre una expresiva y soberbia frase suya: "Primero, yo; después, nadie; después, Fuentes." Pero esa perdonable envidia, que se justificaba al cabo en la conciencia de su inmensa altura sobre todos sus compañeros, no hacía siempre mella en su honrada sinceridad; y en elocuente prueba de ello, viene aquí a cuento un episodio de su vida, que me ha sido referido por quien lo presenció.

En el verano de 1914, y en una de las corridas de Bilbao, había tenido Joséito la peor tarde de su breve y asombrosa vida taurina. Al día siguiente, entraba en el hotel de Inglaterra su íntimo amigo Eduardo Comas (a quien debo el interesante relato), y se tropezó con él cuando se disponía a montar en su automóvil. "¿Adónde vas?"—le preguntó—. "Acompáñame si quieres saberlo"—le respondió concisamente José. Subió en el automóvil Comas sin más hablar, y fueron a pararse en el balneario de Cestona. "¿Está don Rafael Guerra?"—preguntó el gran torero—. "En la galería lo encontrará usted"—le contestaron. Allí estaba, en efecto, Guerrita, que admiraba y estimaba mucho al hijo de su antiguo maestro, y que le acogió con efusión. "¿Qué os trae por aquí?"—preguntó. Joséito le contó con todos pormenores la faena del día anterior, las condiciones del toro, sus esfuerzos por dominarlo, su fracaso, en fin. "—Vengo a que me diga usted lo que debí hacer con ese toro, porque yo no lo sé." El viaje, la pregunta, la modestia, la fe del portentoso lidiador, eran un homenaje de excepcional halago y valor; el otro coloso del torero se mostró digno de él. Después de haber oído con muda y penetrante atención el relato, se volvió a Joséito, le puso la mano en el hombro y contestó así: "—Niño, con esos toros tampoco podía yo."

Para el matador retirado, libre de toda competencia, situado ya en la historia y consagrado clamorosamente por la fama, ¡qué ocasión de dogmatizar!

Rafael, el Gallo, dice que el susto no tiene explicaciones "Cuando la sangre se descompone... ¡er mitin!"



NO es posible pedirle razones a las cosas del genio. Cuando las cosas suceden en los hombres sencillos y normales, hay que bucear en esa elemental estructura que solemos denominar «el carácter». Pero si es el genio quien ha ido construyendo aquello que se convierte en un signo privativo de su personalidad no se puede acudir ni al carácter, ni a la costumbre, ni al azar. Todo está difundido en esa categoría de mito que es el hombre desbordado de su propia limitación. Y esto ocurre —nunca lo sabrá quien no le conozca de cerca— con las cosas de Rafael, el Gallo.

Ocurre que estas cosas se escapan a toda contemplación y que hay que admitirlas tal y como son. Por eso es inútil preguntar a Rafael, por ejemplo, en qué consiste el secreto de su «espantá» y qué opinión tiene de los avisos y las broncas. Rafael no tiene tiempo —ni lo habrá tenido nunca— para pensar en el proceso en virtud del cual se elabora la idea de dejar la faena genial que se está haciendo para lanzarse, de cabeza, al callejón, sin más motivos que el del «duende particular» —como ha dicho Romero Murube— que en ese instante se le ha adentrado por la cabeza.

La «espantá» tiene una tremenda filosofía. Y esta filosofía es tan sencilla como la propia vida: se llama la presencia consciente del miedo. He hablado con Rafael, el Gallo, largas tardes de café y paseos sevillanos. Cuando el maestro quiere, se puede uno pasar la vida entera hablándole y oyéndole hablar de todo. Y en estas charlas hemos abordado también el tema del miedo.

Una tarde le preguntaba yo a Rafael por qué en algunos momentos de su vida torera, cortaba, de lleno y de raíz, su trabajo, y se lanzaba a la «espantá». No vacila nunca el maestro ante esto y responde:

—Por miedo. Y el miedo tiene mucha fuerza, ¿sabe usted? El miedo está en el momento en que uno le ve a la vida su jardín, su aspecto agradable: los amigos, el café, las cosas... En ese momento usted está delante del toro y lo ve más grande, con más cuernos, con más ojos, y usted más chico, con menos fuerza, con menos poros para sudar. ¿Qué sé yo! El miedo. Quien esto niegue, miente. Yo admito que el torero tiene una conciencia clara del peligro. Si no la tiene, no es torero. Claro, que cuando luego pasa, llega —agrega siempre gozándose el gran torero— eso: lo otro. Y lo otro es que uno saca la silla y se está la tarde entera torcando a gusto, sin importarle a usted ni el toro, ni la gente, ni la silla. Eso es lo que no es miedo. Y que, también

le vamos a *preguntar* a esto por qué ocurre así?

Rafael no ha ido jamás al sorteo de sus toros ni a verlos en los «manifiestos» de las vísperas en ventas o corraletas. Cuando se le pregunta, dice con los ojos atónticos:

—¿A usted le parece poco verlos en la Plaza? ¿Dos veces er susto? ¡Eso no lo resistiría nadie!

Tiene razón Rafael cuando niega que estas cosas tengan una razón. Ciertamente que al hablarse de «espantá» la gente piensa en Rafael. No es menos cierto que cuando se habla de gallear con gracia, de cruzar la mole de un toro sobre la fragilidad de la frente y de torear sentado y tranquilamente, se piensa y evoca aquella maestría en la que el Gallo fué artífice impar.

—¿Sabe un músico grande por qué toca? ¿Diría un pintor de genio por qué de pronto, en unos colores suaves, pone un ramalazo fuerte al fondo *pa pintá* la tarde? Así son las cosas. ¿Es que cuando usted sale a *hacé* el paseillo no le espera na allí *encerraos*?

Rafael piensa mucho en esto. En lo que le preocupaba hacer el paseo. Quizá fuese este el peor momento de sus tardes. El lo explica genialmente:

—Usted va tranquilo por la calle porque es *mu difícil* que a usted le amenace un peligro. Así vamos *tos*. Pero en la Plaza hay *encerraos* seis enemigos que son eso: enemigos. Y usted sabe que quieren cogerle y *pa na* bueno. Claro —siempre resume el maestro, con deliciosa naturalidad, en una sentencia alegre y optimista, sus preocupaciones— que luego viene lo demás. Y lo demás es que si usted tiene suerte, abre el capote y ni enemigo ni *nd*. Eso siempre que la sangre vaya bien. Cuando la sangre se pone descompuesta, *er mitin*.

Se hace un silencio. Y Rafael mira y reafirma:

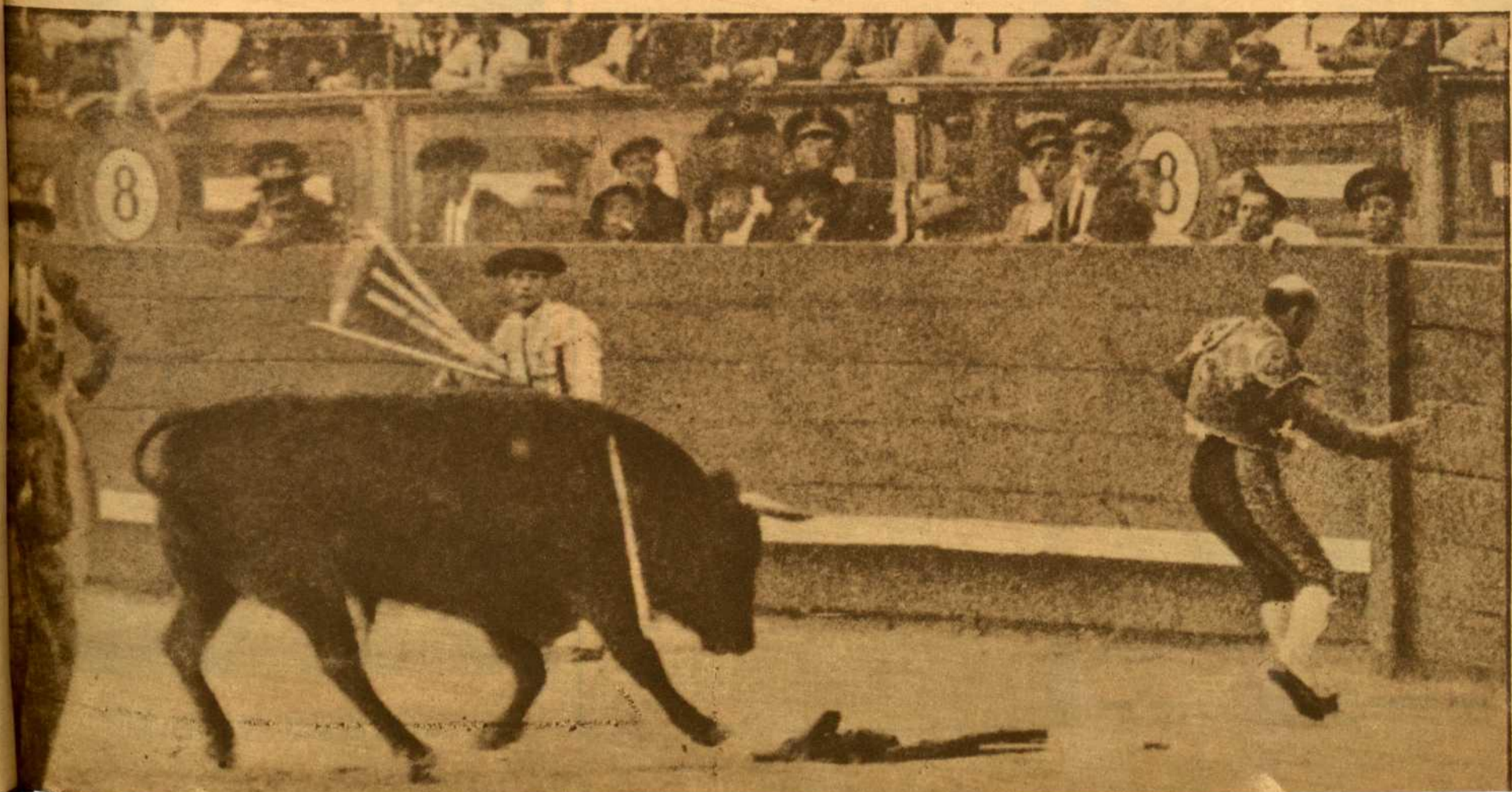
—¡Claro! ¿Qué va uno a *hacé*? Señores, hasta luego.

Y el creador —los creadores viven de su genio sin necesidad de darnos razón o causa de cuanto consiben— de la «espantá» (una filosofía del miedo), se pierde por el jardín moreno de su leyenda.—M. G.



El perfil gitano de Rafael el Gallo; al fondo, La Giralda

La clásica «espantá», que, según Rafael, «su creador», es una filosofía del miedo. Su autor, como puede verse en la foto, la practicaba con su peculiar gracia y salero



¡OLÉ, Mister Franklin!...

Hace dieciséis años que se presentó en el ruedo de la capital de España, y cada vez es mayor su afición a los toros



Aneha sonrisa y gafas de sol, características verdaderas de Franklin



Una pose típicamente yanqui del torero norteamericano

HAN pasado dieciséis años desde aquella tarde de Sevilla en 1929 y la afición se mantiene. No dice nada el tiempo. Puede más la voluntad de los hombres y en este caso de Sidney Franklin cabe todo. Vuelve a los ruedos españoles con aquella ilusión de hace dieciséis años, cuando debutó en la Maestranza y lo pasaron en hombros por todo Sevilla. Fué un recuerdo inolvidable para los aficionados. Hasta las doce y media de la noche estuvo el diestro a merced de los que se arrojaron a la Plaza sacándolo en hombros por la Puerta del Príncipe.

Y eso tampoco lo ha olvidado aún el torero-

americano, que vuelve a figurar en los carteles de Madrid junto a grandes figuras y en momento en que la fiesta es pasión y ha cobrado brillantez. Sin temor, porque puede más el deseo, retorna Sidney Franklin a los cosas taurinas.

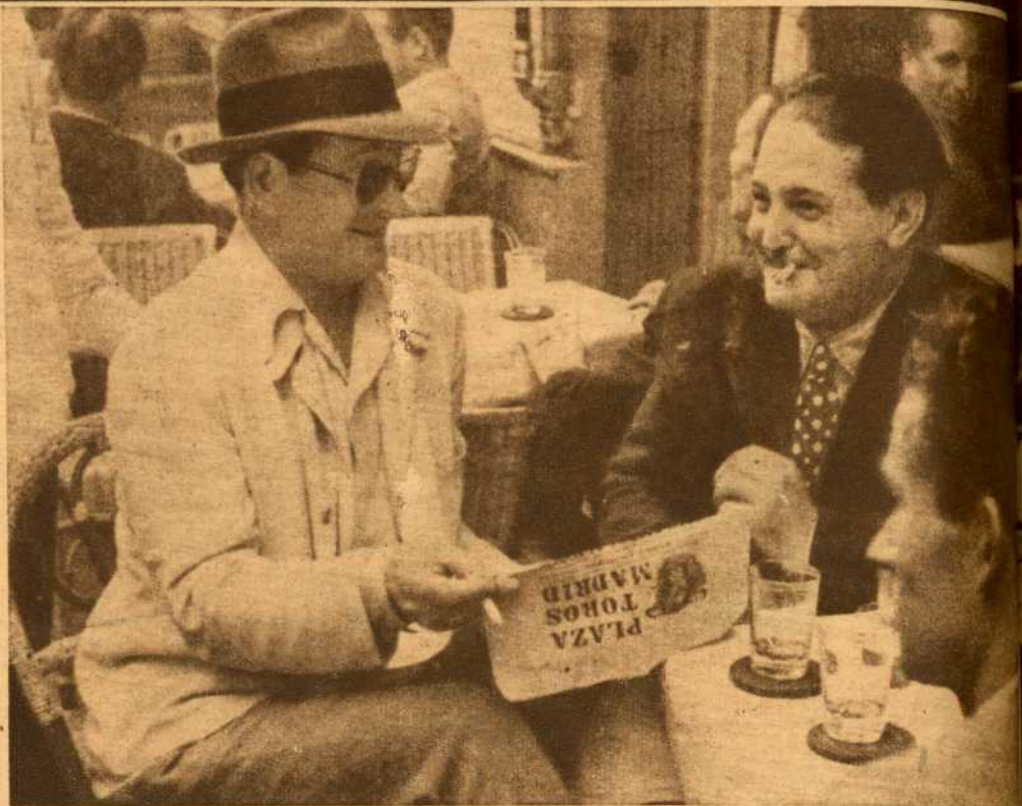
Pero hasta llegar a este momento, casi se habían olvidado los aficionados que los dieciséis años de interrupción en el arte del americano están acompañados de notas pintorescas y otras de tono desagradable.

España, Méjico y Nueva York han sido sus tres puntos residenciales. A las tres naciones ama por igual, aunque en conversación con él hace alardes de su hispanismo.

¡Un americano y torero...! Cuando lo buscamos por Madrid, esperamos encontrar al hombre que tendrá sus dificultades para expresarse y nosotros entenderlo. Pero su casticismo nos desorienta. Sus «schuladas» le dan carácter y su simpatía agrada a todos cuantos le rodean. Así es el americano torero, que nació en Brooklyn, pasó a Méjico cuando tenía diecisiete años y actualmente le place residir en España.

Lo primero que tratamos de averiguar es la historia de este hombre que desorienta. Viéndolo de cerca, no puede imaginarsele torero. Comerciante, hombre de negocios... todo menos matador de toros. La afición le nació en Méjico, donde fué a vivir. A poco de su estancia surgió la afición en él, y entrenándose en los tentaderos vió la posibilidad de llegar a ser figura. Era una cosa más que intentaba y que esperaba le resultara bien. Vino a España cuando la Fiesta nacional estaba en su esplendor; pero la novedad le abrió las puertas de nuestros cosas y su presencia era acogida con simpatía. Toró en Madrid, Sevilla, San Sebastián...; las Plazas de primer orden se lo disputaron en las dos temporadas que actuó, y casi todas sus intervenciones estuvieron respaldadas por el éxito. Corte de orejas, salidas en hombros y finalmente la cogida, gravísima, que lo apartaría casi definitivamente. El mocetón rubio que paseó su gracia americana por la calle de las Sierpes, que se le vió en los corrillos de la calle de Alcalá, desapareció un día y su nombre fue casi olvidado.

Pero él insistía y alternando el toreo con las operaciones, volvía todos los años a España. En 1930 le hicieron cinco operaciones, pronosticándole que se apartara de la profesión dos o tres años. Pero insistió, y la voluntad del americano se impuso



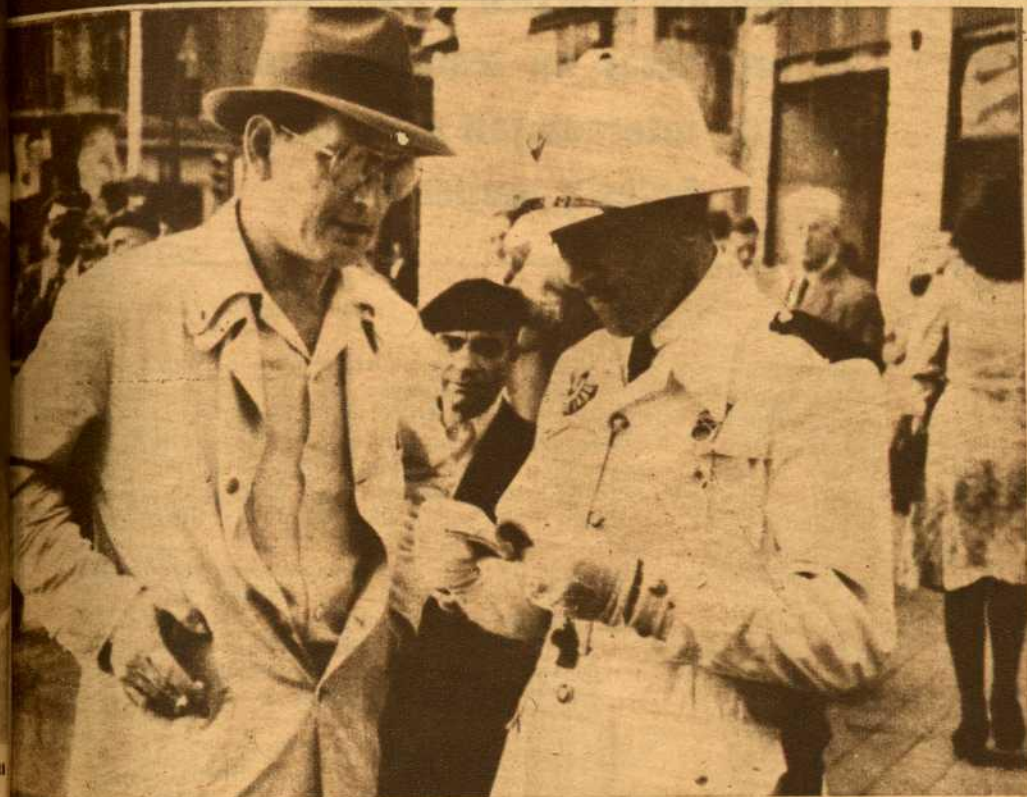
También mister Franklin es afecto a las tertulias de café, donde comenta con sus amigos el cartel de Madrid



El paso no siempre fácil por las aceras, donde la afición taurina sienta sus reales y comenta...

El torero norteamericano que esta tarde tomará la alternativa en la PLAZA DE MADRID

DIRECTOR DE CINE, AUTOR Y PRODUCTOR, HABLA A LA PERFECCION CUATRO IDIOMAS



Le hace falta a Sidney el asesoramiento del guardia municipal, pero Zareo aprovecha el instante, porque es de rigor



Con nuestro camarada Carraseo, durante la interviú que recoge EL RUEDO

nuevamente, desoyendo los consejos. El año 31 actuó en Méjico y visitó España, donde tuvo una complicación a consecuencia de una inyección. El 32, por Suramérica. Allí su vida tomó un nuevo rumbo.

Y así sucesivamente los años siguientes. De Méjico a Estados Unidos y viaje a España. Siempre pendiente de los médicos y surgiendo en cada instante el peligro de una nueva operación. Todo por aquella cogida en la Plaza de Madrid, alternando con Jaime Noain y Lagartito II.

PELICULERO EN HOLLYWOOD Y TORERO EN EE. UU.

Cuando la cornada le apartó de los ruedos y su nombre había adquirido gran popularidad, Sidney Franklin recibió proposiciones ventajosas de los Estudios cinematográficos. La Meca del cine buscaba la figura para filmar el arte del único torero americano.

Allí dirigió películas; fué actor. Se erigió en productor, y por todos los Estados pronunciaba conferencias aurrinas, exhibía los trajes y daba funciones a base de torear solamente, sin que la res tuviera el final de la muerte. Los compatriotas suyos se sentían satisfechísimos y los ingresos eran asombrosos. Ello sucedía desde el año 1931 a 1936.

España y Méjico, hermanadas, daban ambiente a las funciones que montaba el americano. Desfiles como en España, con picadores y pasadobles toreros y lidia de toros de casta con cuatro años. Todo era realidad, menos el picarlo y la suerte de matar. A continuación de la lidia

del toro, el jarriepo méjicano, el derribo con lazo...

A LOS CUARENTA AÑOS, LA ALTERNATIVA. SU ILUSION SUPREMA

Ha sido una luca constante la que ha mantenido Sidney Franklin con la muerte. Las nueve operaciones lo han pasado del momento. Y ello ha quitado la oportunidad para triunfar, una vez tomada la alternativa en la primera Plaza del mundo: Madrid.

Ha sido su batalla. Por este trance luchaba él, sin que le sonriera la fortuna. Y con cuarenta años va a lograr la ilusión suprema de su vida, recibiendo los trastos de una de nuestras figuras más valerosas: El Estudiante. Sydney Franklin se ofreció a torear esta corrida benéfica del F. de J. y la oportunidad se le brinda para desvirtuar esa leyenda un poco a lo americano que ha cobrado cuerpo de nuevo con el anuncio de su presentación.

La última pregunta que le hicimos, cuando nos entrevistamos con el americano, fué sobre su futuro en los toros.

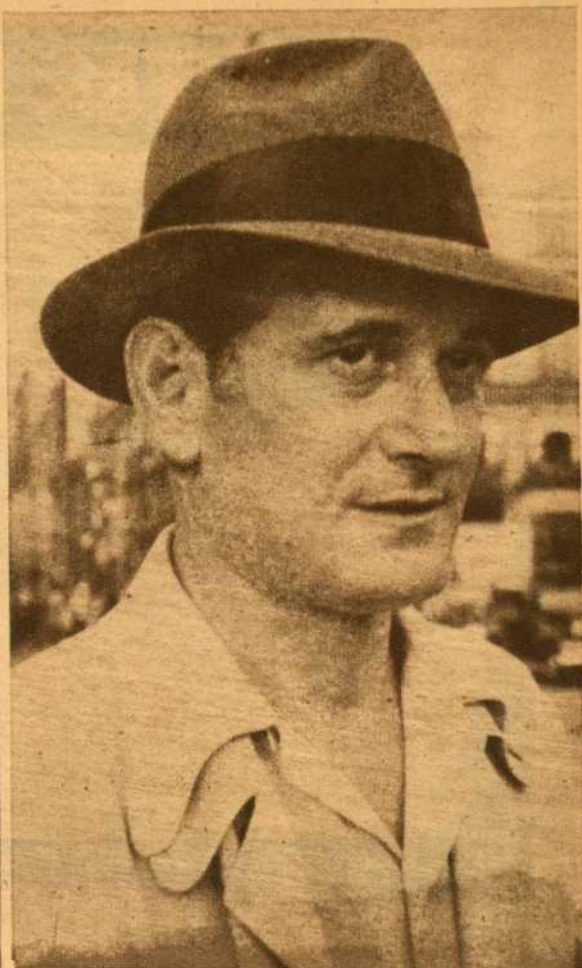
—Todo —nos dijo con cierta alegría— depende del miércoles. Lo que ese día me reserve el Destino ha de influir en el porvenir. Ser o no ser; pero la alegría de tomar la alternativa en Madrid, ambición de toda mi actuación por los ruedos, me compensará de lo demás.

Sydney Franklin ha llegado a todos los puestos. Ha recogido los elogios más encendidos por esa circunstancia que se ha dado en su vida. Torero, director de cine, actor y nombrado hijo adoptivo de la ciudad de Nueva York el año 1930.

Y un entusiasta de Manolete, como anteriormente, en su época, sentía admiración por Cagancho. Su toro —dijo— es el parón. Dejando que pase el toro y dando a la capa y muleta el ritmo que imponga el estado.

Este es el diestro que esta tarde confirmará su alternativa en Madrid. Con El Estudiante y Armillita. Castizo, con verdadero amor por todo lo español.

JOSE CARRASCO



Sin gafas y sin la ancha sonrisa, pero el mismo mister Franklin al fin...



En Sevilla, en el año 1929, al hacer su presentación como matador de toros en un plaza española

CAÑITAS, herido, aguarda en el Sanatorio



Cañitas, herido en Pamplona, en la cama del Sanatorio, donde cura de sus heridas

NOTA culminante de la actividad tauina en los últimos días, han sido las famosas corridas de las ferias de San Fermín.

El tronío tradicional de sus cartales quedó este año bastante maltrecho por culpa de los percances sufridos por el dueto de ases, pareja insustituible en cualquier combinación de importancia que se baraje en los tiempos actuales.

Los organizadores, a fin de apuntalar la catástrofe económica que se les venía encima, hubieron de echar mano de otros toreros, siendo el mejicano Cañitas uno de los contratados para intervenir en dos corridas.

Al menos en la primera de la feria el éxito artístico y financiero quedó resuelto y la combinación de toros y toreros hizo que la Plaza presentara el abigarrado espectáculo de un lleno imponente.

Pronto vió el conclave taurino que el torero sustituto venía decidido a llevarse las mejores palmas de la tarde. Y como mejor forma de descubrirse ante los pamplonicas, en su primer quite sembró el terror con unas verónicas escalofriantes. Para los aficionados escrupulosos que regatean el arte a este torero salieron de su error. Carlos Vera citó al toro bajando las manos, templando y aguantando impávido en uno, tres, cuatro lances, cada vez más adentrado en terreno del toro, hasta terminar con él convertido en un solo trazo.

Y salió el toro segundo, y el de Méjico puso genio artístico y ciego valor en una serie de faroles clamorosamente ovacionados. Sin arrearle la mansedumbre y feo estilo de su enemigo, cogió las banderillas y tras vistosos preparativos, clavó un gran par, a cambio de ser empitonado y calado a placer, sin tiempo para ganarle «el viaje» al pitón. En la enfermería le reconocieron una herida no muy extensa y cuando el estado del herido lo permitió, fué traído al Sanatorio de Toreros.

Al reconocerle el doctor Jiménez Guinea, apreció inmediatamente que lo que Cañitas tenía era bastante más serio que un simple puntazo. Cierta tumefacción en sentido descendente, unida a intensísimos dolores, decidió al eminente cirujano a explorar por su cuenta.

Cerca de una hora duró la operación, quedando perfectamente desinfectados los bordes de la herida, suturados los destrozos producidos por el pitón, colocándose un tubo de drenaje. Ante la intensa postración del torero y para evitar posibles complicaciones

pericia del operador y la sana constitución del torero, al cabo de tres o cuatro días comunicó el doctor Guinea la grata nueva de haberse iniciado una franca mejoría.

Dulcificada ya la rigurosa incomunicación, pudimos entrevistarnos con el pundonoroso diestro mejicano. A su vera le hacían compañía Manolo González, su peón de confianza, y Juanito Garrido, tan popular como excelente mozo de estoques. A no ser por cierta palidez que acentuaba el tono oliváceo del rostro, ante el sonriente semblante y excelente humor de Cañitas, nadie al verle hubiera creído que aquel hombre acababa de soportar dos intervenciones quirúrgicas en menos de cinco días.

—Aquí me tiene usted —dijome al verme— con un buen «chingarazo», que a no caer en las taumaturgas manos del doctor Guinea, a estas horas estaría con muy poquitas ganas de bromear.

—¿Cómo se explica usted el percance?

—Por lo muy quedado que llegó mi enemigo al segundo tercio. Para clavarle el par de garapallos, hube de llegarle hasta la cara y ejecutar la suerte a toro parado. El toro me tiró un derrote seco, y aun cuando en el suelo hizo por mí, conseguí por puro milagro que el morlaco de la viuda de Molero no me calara en su encelada búsqueda.

—Usted quiso que lo trasladaran a Madrid sin pérdida de momento...

—... Pero esto no pudo hacerse tan pronto como yo quería, a causa de la falta de medios de locomoción en un Pamplona en fiestas. Hube de venir el martes en el tren, y menos mal que las atenciones que durante todo el viaje me prodigó mi compañero Parrita, hicieronme más llevadero el viaje. Una vez aquí, todo fué tal como yo esperaba.

—Interviene Manolo González, para recordar que su maestro fué cogido precisamente en su décimatercera corrida de la presente temporada. Y por poco llegan a la Plaza después de haber empezado la corrida. El taxi a

«Mi agradecimiento a la obra del Montepío de Toreros debe tener un sentido práctico, y a tal fin trato de organizar un festival benéfico en que intervengan diestros españoles y mejicanos.»

postoperatorias, el director del Sanatorio prohibió terminantemente el acceso a la habitación ocupada por Cañitas. Como no podía menos de suceder, dada la

cuyo efecto habían contratado, por causas desconocidas no compareció, por lo que el matador y su cuadrilla, escoltados por los mozos cargados con fundón y espuelas, hubieron de atravesar a pie y entre la perplejidad de la gente varias calles, hasta que el hallazgo de un coche desocupado les liberó de la onerosa caminata.

Hay un lluvia de chanzas ante el recuerdo del pintoresco lance. Luego, Cañitas interrumpe la jovial expansión.

—Quiero que sea usted el primero —dice— en dar cuenta a la afición madrileña de la iniciativa surgida en estos días de obligada inmovilidad.

—Soy todo oídos, amigo Cañitas.

—Creo que mi agradecimiento hacia la obra del Montepío de Toreros debe tener un sentido práctico. A tal fin, lanzo la idea de celebrar un festival en la Plaza de Madrid, a celebrarse antes de que concluya la temporada y en el que podríamos intervenir tres diestros españoles y otros tantos mejicanos. El importe íntegro que se recaudara —yo estoy dispuesto a pagar la res que me toque en suerte y la Empresa nos dará grandes facilidades— iría a robustecer los ingresos del Montepío, con lo cual el doctor Guinea podría ampliar y mejorar los servicios asistenciales de esta casa.

Hasta aquí ha hablado el diestro azteca. Por nuestra parte, sólo nos toca contar en que su bella iniciativa llegue a ser lisonjera realidad. Y lo será, porque estamos acostumbrados a que la mayoría de los toreros no midan sus hechos con unidades de rastro y tacaña mezquindad humana.—F. MENDO



El torero mejicano vuelve ya a distraer las horas con la lectura de los diarios. (Fots. Mari)

LOS TOROS Y EL CINE

MARIO CABRÉ abandona una temporada los ruedos para hacer el protagonista de una película

ACCION, Sevilla. Escenario, el campo. Motivos de toros en las ganaderías. Son dos grandes abastecedores del mercado de toros, y de allí parten para casi toda España infinidad de corridas, porque el hierro tiene clase y fama.

En un contorno reducido se desenvuelve la vida de estos hombres. Y entre este trajín agotador, donde los mayores, criados y familiares llevan a su cargo la selección, encierro, apartado y embarque, aparecen las dos figuras principales que han de dar ambiente y prestancia al guión de la película: la campera que Mario Cabré va a comenzar a rodar en estos días.

Su figura ha sido escogida porque acompaña magníficamente a los pensamientos del director. La idea sobre el galán lo encontró en el elegante torero Mario Cabré. Se presta, porque aparte de sus dotes especiales para la torería, es un muchacho refinado, con elegancia, con carácter para desenvolverse fuera de los toros.

Bastó solamente una prueba para que se le eligiera. Su aparición en los primeros planos satisfizo a los técnicos. Por ello, va el diestro catalán a filmar en el mes de julio, lo que ya se anunció como debut de Cabré. Sin embargo, esto no es conocido de todos: es un actor consumado, desenvuelto, sin violencias ni retorcimientos absurdos para agradar.

Comienza la película con unas escenas familiares. Son los cortijos sevillanos, cobijo de esa gran comunidad que vive en el campo, y en que el toro es atendido para su lidia. Criaderos de reses bravas.



Mario Cabré, protagonista cinematográfico

El padre de la niña fué a menos en su posición económica; pero su orgullo se mantiene y no cede ante nada. Cuenta la historia, que un hijo volvió un día muerto, después de efectuarse una tiente. Se piensa que hubo algo más que el descuido del gran aficionado. Desde entonces, la rivalidad de los dos ganaderos y sus familiares es más enconada, porque se culpa a alguien de esta desgracia ocurrida. Mario Cabré tiene su papel, como hijo del otro ganadero, en el acoso y derribo. Y en esos momentos se encuentran los dos jóvenes, que son sorprendidos por el padre de ella.

Con tal motivo se le prepara una encerrona al galán, con un toro ya preparado, que hace honor a su nombre: "Judas", a fin de que coja al joven ganadero. Pero la chica,

que lo quiere ciegamente, cae en la trampa y entonces surge Cabré, quien salva a la muchacha.

Esto da motivo para enfrentarse con el padre. Pero siempre encuentra obstáculos la nobleza que lleva el aspirante a la mano de dicho personaje. El carácter del ganadero, con ser totalmente opuesto al de la otra familia, tiene sus admiradores. Y ese es, precisamente, su rival más calificado, porque frena los amores de su hija con el principal actor.

Y como colofón, la boda. El ganadero accede a los deseos de los dos jóvenes, y en una agradable fiesta se unen las dos familias.

Con sus zajones y sombrero ancho, el nuevo esposo torea en una fiesta campera, donde los invitados aplauden frenéticamente las condiciones ocultas de quien se revela como un gran torero.

Galopan por el campo. Vuelve la normalidad, y ya no existen preocupaciones para el futuro. Los anchos sombreros ponen una nota brillante de color en la película. Es un despertar alegre;

pero de trabajo. Ganaderos en los negros caballos del Sur. Y entre los olivos surgen las manchas de unos toros que no hacen extraño alguno con las visitas de sus cuidadores.

Por este contratiempo, Mario Cabré se ausenta ahora de los ruedos. Ha sido mala época la elegida, porque pierde algunas corridas contratadas.

Se va por poco tiempo, para volver con su arte fino, sin acogerse a nada que sea copia de estilos. Con su estilo torea cuando lo requieren las empresas. Con su arte, como un consumado actor de la pantalla, hace su aparición en las pantallas.

NUESTRA CONTRAPORTADA

Jerónimo José Cándido



NACIO Jerónimo José Cándido en Chiclana. Por lo que respecta al día, mes y año de su nacimiento, no hay acuerdo entre los biógrafos. Velázquez y Sánchez da la fecha del 16 de abril de 1760; Don Ventura, la de 8 de enero del mismo

año, y José María Cossío, fundándose en que en la última corrida que toreó en Madrid el 8 de octubre de 1838 se hizo constar que tenía la edad de setenta y cinco años, tres meses y cuatro días, adopta la fecha correspondiente, que es la del 14 de junio de 1763, que es la que parece auténtica, pues no creemos que Cándido diera en la manía de quitarse años, y si hubiera caído en ésta, hubiera sido, suponemos, para quitarse más de tres años. Damos, pues, por buena la última fecha, y, en consecuencia, quedamos en que Jerónimo José Cándido nació en Chiclana el 14 de junio de 1763. Sus padres fueron: José Cándido, matador de toros, muerto a la una de la madrugada del día 24 de junio de 1771, a consecuencia de las heridas que le produjo el día anterior un toro de Barnos en la Plaza del Puerto de Santa María, y María Hernández.

Jerónimo José decidió seguir la profesión de su padre, y así se lo hizo saber al gran escritor y aficionado don José de la Tixera. Este escribió a Pedro Romero, y al poco tiempo entraña Jerónimo a formar parte de la cuadrilla del maestro de Ronda, Torea por primera vez como medio espada en 1792, y como tal sigue hasta 1800. Sustituye a Pedro Romero en varias corridas, y en 1810 torea en Madrid en lugar de su cuñado José Romero. Vuelve, ya hecho espada de primera fila, a torear en Madrid al año siguiente, y en 1812 su crédito aumenta. En septiembre de este año es atacado de reuma y marcha a Andalucía. Envíala y contrae segundas nupcias con Inés Pinzón, que murió pronto, y en 1816 contrae nuevo matrimonio en Chiclana con Juana Josefa Guerrero. Reaparece, ya curado, en Madrid, en 1816, y hasta 1822 fué figura excepcional. Perdió luego muchas facultades, hasta el punto de que, corrientemente, necesitaba dar diez o doce estocadas para matar un toro. Fué él el primer torero que estableció la práctica, que más tarde se convirtió en costumbre, de dar la vuelta al ruedo saludando a los espectadores para corresponder a los aplausos.

Se retiró pobre, y el rey le nombró subcomandante del resguardo de sales en Sanlúcar de Barrameda, y más tarde, ayudante de Pedro Romero en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Desapareció la Escuela, vuelve Jerónimo a torear, sin facultades y falto de valor. La última corrida que toreó en Madrid, el 8 de octubre de 1838, fué la de su definitiva retirada. Cobró por esta función mil reales.

Vivió muy modestamente en un albergue de la calle de Santa Brígida, número 25, y en Madrid murió el 1 de abril de 1839. Sus restos recibieron sepultura en el cementerio de la Puerta de Bilbao.

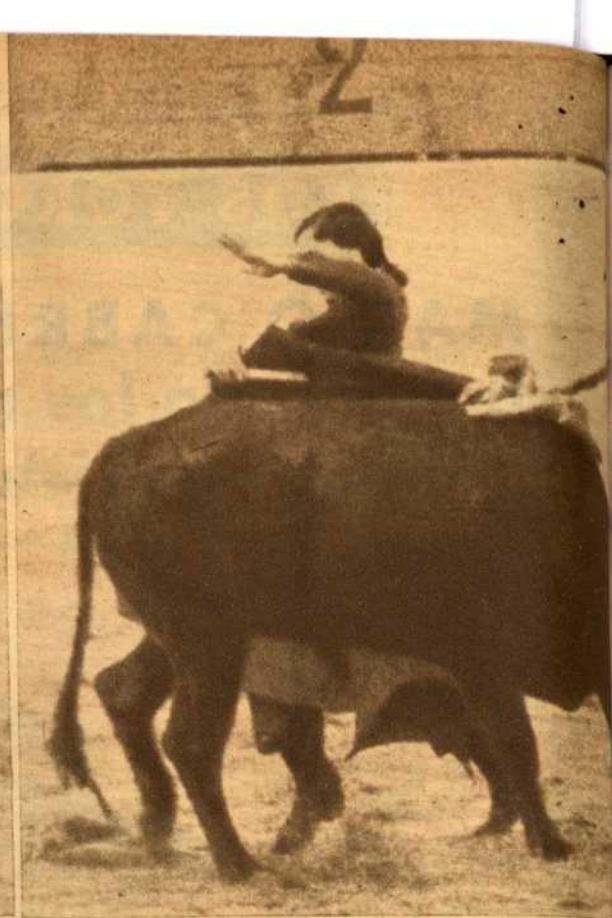
GANADERÍAS PRESTIGIOSAS



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ



EN VISTA ALEGRE

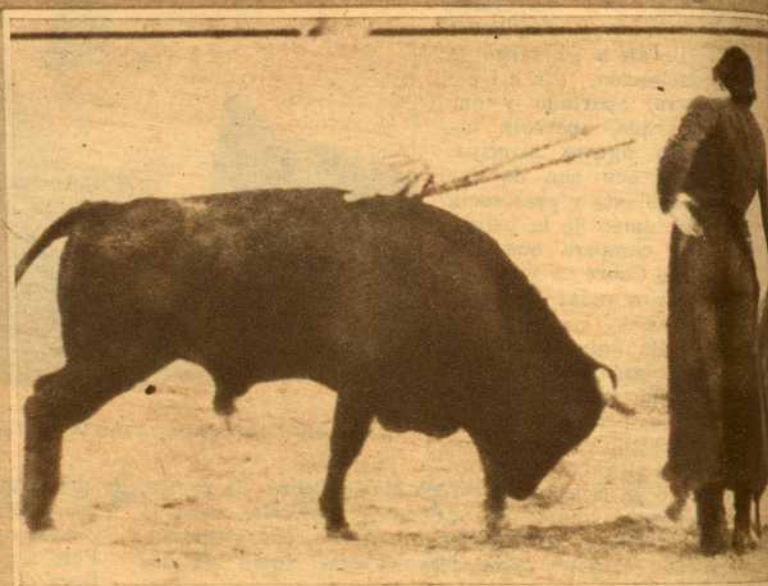
CONCHITA CINTRON

CON

la capa

y

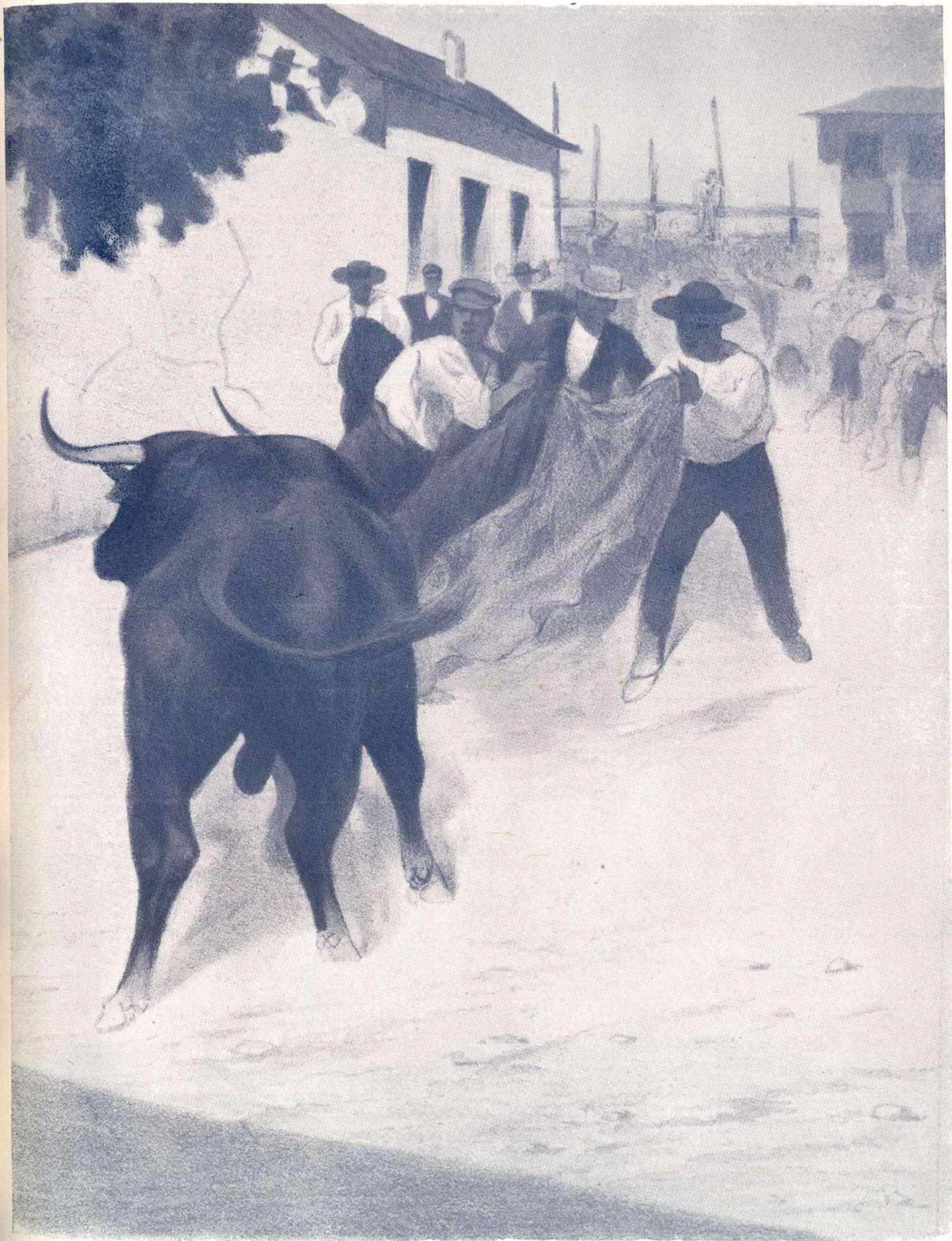
la muleta



Una muestra gráfica del arte personalísimo y singular de Conchita Cintrón, que el martes actuó en el redondel de Vista Alegre, matando dos novillos a estoque, después de torearlos con capote y muleta.

No hace falta echar mano del ditirambo porque atortunadamente las ocho fotografías de esta página pueden decir al lector más que nada. Son documentos de la gracia de esta artista suramericana, que maneja la seda y el cercal con el mismo donaire y temperamento que si hubiera nacido bajo el caliente sol andaluz.





Una capea
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: José Cándido
(Dibujo de Enrique Segura)